Las Aventuras de los Azotes de Lenk:

Una colección de relatos cortos paródicos

Por Yu May

Nota del Autor
La Pequeña Madre de los Nibelung
    Capítulo I: Perdido
La Pequeña Madre de los Nibelung
    Capítulo II: Encontrado
Belleza en el Vientre de la Bestia
    Capítulo I: El Gran Pez
Belleza en el Vientre de la Bestia
    Capítulo II: Un Voto Sagrado
Nisha Finalmente Recibe Su Merecido
    Capítulo I: El Duende y el Lobo
Nisha Finalmente Recibe Su Merecido
    Capítulo II: La Princesa y el Caballero
Lenk Conoce a Láquesis
La Aventura de Lenk en Heelfall
    Capítulo I: Captura
La Aventura de Lenk en Heelfall
    Capítulo II: Entrenamiento
La Aventura de Lenk en Heelfall
    Capítulo III: Promesa

Nota del Autor

Estos relatos cortos fueron escritos de manera independiente y están pensados para leerse como historias autónomas, en cualquier orden. Aunque el protagonista lleva el mismo nombre en todos ellos, no todos transcurren en un mismo universo o continuidad compartida. Considérelos como una serie de relatos y leyendas relacionados de forma laxa, más que como una novela cohesionada. Los relatos publicados en este libro han sido revisados y editados a partir de versiones que anteriormente se publicaron gratuitamente en Internet.

Cuatro de los relatos de esta colección fueron escritos en colaboración con Gojira y se incluyen aquí con el permiso del coautor.

Muchos de estos relatos contienen representaciones destacadas de **castigo corporal**. Estas escenas tienen como finalidad aportar realismo y dramatismo a la narración. El autor considera que son esenciales para el desarrollo de la trama y que reflejan fielmente la cultura y los valores del mundo de fantasía medieval retratado en la obra. Esta es una obra satírica de parodia dirigida a un público adulto. Se recomienda discreción al lector.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia.

La Pequeña Madre de los Nibelung

Capítulo I: Perdido

—¡Ya verá Medo! ¡Nunca volverá a llamarme cobarde!

Lenk avanzaba fanfarrón por el sendero que Medo le había indicado para adentrarse en el Bosque Eterno. Tras una acalorada discusión sobre si algún día le concederían un hada compañera, Medo lo había retado a encontrar a «Viejo Nudo», el huraño hombre-árbol que vivía en lo más profundo del bosque. Su misión consistía en robar uno de los bastones de madera de saúco de Viejo Nudo como prueba, lanzarle una semilla chispeante a la nuca y regresar ileso a la Aldea Nibelung, el hogar de los Hijos de la Niebla.

Al principio, Lenk se había negado. Recordaba perfectamente que Sarina les había advertido a él y a los demás niños que no se acercaran al Bosque Eterno a menos que ella los acompañara. Aunque todos los Nibelung eran niños bajo la protección del Sabio Árbol Anciano, veían a Sarina como a una hermana mayor, especialmente Lenk, que desde que tenía memoria la consideraba algo parecido a una madre.

Sabía que en realidad no era su madre. No podía serlo; apenas le llevaba unos pocos años. Lenk estaba seguro de que alguna vez había tenido una madre de verdad. Pero cada vez que preguntaba por ella o por su padre, los demás Nibelung respondían:

—El Sabio Árbol Anciano es nuestro padre.

De todos los niños, solo Sarina le había confiado una vez que sí recordaba que Lenk había tenido una madre. Cuando él le preguntó qué había sido de ella, Sarina contestó:

—Lo siento, Lenk. Pero está perdida.

Perdida. Estar perdido significaba estar perdido para siempre.

Lenk sabía que jamás volvería a ver a su madre. Sin embargo, rara vez se detenía a pensarlo. Después de todo, todos los

Nibelung tenían a Sarina para cuidar de ellos, su «Pequeña Madre».

Normalmente, Lenk jamás habría soñado con desobedecerla. Pero, poco a poco, los comentarios hirientes de Medo habían ido desgastando su determinación.

Las mejillas le ardieron al recordar cómo Medo había inflado los brazos, intentando parecer más grande.

—¿De verdad crees que el Sabio Árbol Anciano le daría un hada a un gallina como tú? ¡El Grande y Poderoso Medo jamás dudaría en reclamar uno de los bastones de Viejo Nudo como trofeo!

(Al Grande y Poderoso Medo le encantaba hablar del Grande y Poderoso Medo en tercera persona).

Lenk apretó los dientes mientras avanzaba entre la hierba silvestre.

Si aquello era lo que Medo consideraba una prueba de valor, resultaba demasiado fácil.

Había seguido las indicaciones al pie de la letra: norte, oeste, sur, oeste. Y, tal como Medo había dicho, allí estaba Viejo Nudo, profundamente dormido.

Con piel semejante a áspera corteza y cabello como follaje, la rechoncha criaturita dormía plácidamente bajo su árbol favorito, con una burbuja de mocos inflándose y desinflándose en la punta de su nariz chata y redonda.

Oculto tras la alta hierba, Lenk observó con cuidado. Su enfado hacia Medo comenzó a disiparse, reemplazado por una intensa culpa.

Viejo Nudo nunca le había hecho daño.

Pero… ¿y si Medo tenía razón? ¿Acaso el propio Sabio Árbol Anciano no le había dicho que no recibiría un hada hasta que llegara el momento oportuno y demostrara un verdadero valor?

Lenk se armó de determinación.

Después de todo, robar un solo bastón e interrumpir la siesta de Viejo Nudo no le haría ningún daño. Y demostraría de una vez por todas que Medo estaba equivocado: Lenk no era ningún cobarde.

Caminando de puntillas, se deslizó sigilosamente hacia los bastones tallados de madera de saúco apoyados contra los árboles, justo detrás del dormido Viejo Nudo.

Cuando sacó uno, los demás comenzaron a inclinarse. Lenk logró sujetarlos justo antes de que cayeran ruidosamente.

Exhaló aliviado.

Regresó a la espesura de la hierba, sacó una semilla chispeante de su bolsa y apuntó. Como no quería lastimarlo, la lanzó sin demasiada fuerza; apenas rebotó suavemente contra la nuca de Viejo Nudo.

Viejo Nudo dio un respingo y se levantó con un agudo chillido.

Lenk no pudo evitar sonreír mientras se daba la vuelta y echaba a correr por el sendero boscoso.

Lo único que tenía que hacer era recorrer el camino en sentido inverso siguiendo las indicaciones de Medo y…

A su espalda sonó un chasquido seco, como el golpe de un sacudidor de alfombras.

Lenk se volvió justo a tiempo para ver un proyectil que venía disparado directamente hacia él.

—¡Paf!

Una pesada semilla, varias veces más grande que la suya, le golpeó la parte posterior del muslo, justo debajo de la nalga izquierda.

Lenk trastabilló, aturdido. Pero al oír los furiosos gritos de Viejo Nudo, recuperó el equilibrio de un salto y salió corriendo.

Corrió con todas sus fuerzas, mientras su gorro caído se agitaba detrás de él. Al mirar por encima del hombro vio a Viejo Nudo pataleando con sus delgadas piernas y agitando un huesudo puño.

El anciano hombre-árbol no podía igualar la velocidad del muchacho, pero era capaz de disparar semillas por su hocico con fuerza explosiva. Cada proyectil salía con más potencia y precisión de la que cualquiera de los niños Nibelung habría logrado jamás, ni siquiera con una honda.

Lenk se agachó y zigzagueó entre los árboles hasta dejar atrás a Viejo Nudo.

¡Estaba a salvo!

Se quitó el gorro, apoyó las manos sobre las rodillas temblorosas y se inclinó hacia delante, jadeando. Le dolían los costados, mitad por el esfuerzo y mitad por contener la risa.

¡Qué aventura!

Se pasó los dedos por el cabello dorado para apartar el sudor frío, volvió a ponerse el gorro y examinó el bastón robado.

Aquella sería la prueba de su valor ante Medo.

Ahora solo tenía que desandar el camino hasta la Aldea Nibelung.

Pero al observar el bosque a su alrededor comprendió que, durante la frenética huida, se había desviado mucho del sendero.

—No importa. Solo tengo que ir al norte… luego al este… y después… ¿al sur? No, espera. ¡Era sur, luego este y después norte!

Mientras el sol descendía detrás de los árboles, el cielo se tiñó de un azul crepuscular.

El aullido de un lobo resonó en la distancia.

Lenk apenas había conseguido encontrar de nuevo el sendero antes de que se ocultara el sol. Un tenue resplandor de luna se filtraba entre el follaje.

Después de dudar de sí mismo y retroceder dos veces, había repetido cuidadosamente las indicaciones de Medo hasta dar con el camino correcto. Sabía la dirección aproximada de la

aldea. Mientras permaneciera en el sendero, no correría el riesgo de perderse en las zonas más espesas del Bosque Eterno.

Incluso cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, seguía dependiendo del tacto. Avanzaba paso a paso, tanteando el suelo con los pies.

Entonces encontró algo que no esperaba.

El sendero se bifurcaba.

Un camino se dirigía hacia el sur.

El otro, hacia el oeste.

Lenk meditó unos instantes. Sabía que la Aldea Nibelung estaba, en términos generales, hacia el sur. Pero también estaba convencido de que durante su huida se había desviado demasiado hacia el este.

Aguzó el oído.

Un sonido extraño llegó hasta él.

¿Era una melodía tocada con una flauta?

Y provenía del sendero del oeste.

Utilizando el bastón robado como si fuera el de un ciego, Lenk sonrió y emprendió el camino hacia el oeste.

Había estado tentado de pedir ayuda a gritos, pero al pensar en las burlas de Medo, decidió confiar en su ingenio.

El pecho se le hinchó de orgullo al imaginarse contándole a Sarina que había logrado orientarse solo por el bosque.

Para su sorpresa, distinguió un tenue resplandor más adelante.

Qué extraño.

Estaba convencido de que tendría que girar al sur al menos una vez para regresar a la aldea.

Pero, si no era la aldea… ¿qué otra cosa podía ser sino la luz de unas antorchas?

Al acercarse vio que aquella luz tenía un tono verde y frío, más parecido al brillo constante de una luciérnaga que al titilar de una llama.

El sendero occidental desembocaba en un claro dominado por un antiquísimo árbol caído, tan gigantesco que, de haber permanecido vivo, habría rivalizado con el Sabio Árbol Anciano.

Solo el enorme tocón, de casi dos metros de diámetro, servía ahora como la única lápida del viejo árbol.

Lenk aferró con fuerza el bastón. Estaba temblando.

No recordaba haber visto jamás aquel lugar.

Mientras contenía las lágrimas, advirtió algo sentado sobre el tocón que antes no había visto.

Tenía la silueta de un niño, como cualquiera de sus compañeros Nibelung.

¿Estaba tocando una flauta de caña?

Lenk lo saludó a voz en cuello.

Pero, al acercarse apresuradamente, tropezó y cayó de bruces sobre el barro y las hojas con un sonoro chapoteo.

Al oír la caída, la pequeña figura levantó bruscamente la cabeza, interrumpiendo la melodía.

Lenk notó vagamente que había algo extraño en su rostro.

Observó su ropa: harapos de cuero marrón adornados con ribetes de hojas verdes. A diferencia de los gorros tejidos de los Nibelung, el suyo era blando y caído, rematado por un penacho de tiras desgastadas. Su ala ancha proyectaba una profunda sombra sobre donde debería estar su cara.

Lenk se quedó inmóvil.

Un par de brillantes ojos rojos lo observaban fijamente.

No…

El sombrero no ocultaba el rostro del niño.

¡El niño no tenía rostro!

Aun así, la extraña criatura pareció inclinar ligeramente la cabeza.

—¿Estás perdido?

Aunque su voz era aguda, Lenk estaba seguro de que era la voz de un niño.

Escupiendo una hoja que se le había quedado pegada a los labios, Lenk se incorporó y sujetó con firmeza el bastón frente a él.

—¡No! ¡No estoy perdido! ¡Soy de la Aldea Nibelung! ¡Sé cómo volver! Solo… creo que tomé un camino equivocado.

El niño sin rostro pareció estremecerse.

—Qué lástima. Esperaba que pudiéramos ser amigos. Tienes un rostro amable.

Lenk relajó un poco su postura.

—¡Gracias! Tú tienes… eh… unos ojos rojos muy bonitos. ¿Eres amigo de alguno de los Nibelung?

La cabeza envuelta en sombras se balanceó lentamente.

—No. Tengo que quedarme en el bosque. Pero me gustaría tener un amigo.

—¿Quién eres?

El niño sin rostro permaneció unos instantes en silencio.

—Creo que no tengo nombre. Pero soy un niño, igual que tú.

Lenk se rascó la cabeza y soltó una risita.

—Bueno, Niño, ¡yo seré tu amigo! Mañana volveré a visitarte cuando salga el sol. ¡Puede que para entonces incluso tenga mi propia hada guía! Oye, ¿sabes qué camino debo tomar para regresar a la Aldea Nibelung?

El niño sin rostro asintió lentamente.

Lenk aferró con más fuerza el bastón.

—¿Puedes enseñarme el camino a casa?

Esta vez el niño asintió con entusiasmo.

De un salto bajó del tocón y salió corriendo hacia el sur mientras hacía señas con la mano.

—¡Sígueme, amigo!

Con un grito de alegría, Lenk echó a correr tras su nuevo amigo.

Algunas ramitas le rozaban el rostro mientras se esforzaba por no quedarse atrás.

—¡Más despacio, Niño! ¡No puedo seguirte!

Los ojos rojos parecían dejar un tenue rastro de luz en el aire cuando el niño giró sobre sí mismo.

—¡Debemos darnos prisa! ¡Debemos volar! ¡Pronto saldrá el sol!

Al recordar el desafío de Medo y el enorme problema en que se metería si Sarina descubría que había desobedecido, Lenk aceleró el paso.

Ignoró las ramas y los espinos que tiraban de su ropa y arañaban sus piernas desnudas.

Poco a poco, el resplandor verdoso del claro desapareció, hasta que ambos quedaron envueltos por una oscuridad absoluta.

Solo cuando una rama afilada le arañó la mejilla izquierda, Lenk se detuvo.

—¡Ay! ¡Espera, Niño! ¡No veo absolutamente nada!

—Lo sé.

—¡Pues deja de correr! Si me tomas de la mano…

Los ojos rojos reaparecieron en la oscuridad.

—Ya no tienes que correr. Hemos llegado lo bastante lejos.

El rostro de Lenk ardió de vergüenza al comprender que habían abandonado el sendero.

—Espera… ¿Dónde estamos? ¡Dijiste que me llevarías a casa!

—Esta es mi casa.

—¡No! ¡Mi casa es la Aldea Nibelung! ¡Tú dijiste…!

—Dije que conocía el camino hacia la Aldea Nibelung. Nunca dije que fuera a llevarte allí. Dije que te enseñaría el camino a casa. Ahora estamos en casa. Ahora podremos ser amigos.

Lenk sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—¿Qué… qué estás diciendo? ¡Nos has hecho perdernos!

Los ojos rojos se inclinaron ligeramente.

—Yo ya estaba perdido. Me perdí hace muchísimo tiempo. Ahora ya no puedo abandonar el bosque. Ahora tú también estás perdido.

Lenk se lanzó hacia aquellos ojos, intentando sujetar al niño por un brazo o por la muñeca.

Solo encontró sombras.

Se estrelló contra un grupo de ramas afiladas que rasgaron su túnica y le arrancaron el gorro.

Los ojos rojos parpadearon dos veces.

Después desaparecieron en la negrura.

—No te preocupes. Volveré a buscarte. Entonces podremos ser amigos… para siempre.

Sin pensar, Lenk llamó al niño sin rostro una y otra vez.

No obtuvo respuesta.

Entonces comenzó a gritar pidiendo ayuda.

Llamó al Sabio Árbol Anciano.

Llamó a todos los niños Nibelung.

Y, sobre todo, llamó a Sarina.

Gritó hasta quedarse completamente afónico.

Al final, se dejó caer al suelo, acurrucado, llorando desconsoladamente, hasta que ya no le quedaron fuerzas ni siquiera para seguir llorando.

Cuando las lágrimas cesaron, Lenk sintió un silencio opresivo, tan profundo como la propia oscuridad.

No se oía el susurro de las hojas.

No había rastro de animales.

No había nada.

«Estoy perdido. Ahora estoy perdido para siempre.»

Hasta ese último pensamiento pareció ser devorado por el silencio.

Entonces…

Oyó una canción lejana.

Lenk se incorporó de golpe.

—¡¡Ay!!

Se había golpeado la cabeza contra una rama.

Mientras se frotaba el chichón, pensó que quizá el niño sin rostro había vuelto para burlarse de él. Pero al escuchar con atención comprendió que no era la misma melodía.

Y tampoco era una flauta de caña.

Era el sonido, tan familiar para él, de una sencilla flauta de patata.

—¡Sarina!

Lenk se puso en pie de un salto y, apoyándose en el bastón, avanzó a tientas hacia aquella alegre melodía.

Entonces distinguió un diminuto punto de luz detrás de una hoja.

Después de tantas horas de oscuridad, aquel pequeño resplandor le pareció cegador.

Sin dudarlo, se lanzó hacia él.

Lenk cayó de bruces sobre el blando suelo del sendero. El bastón robado salió despedido y rodó hasta detenerse justo delante de Sarina.

La última nota que ella tocó se convirtió en un agudo silbido de sorpresa.

—¡Lenk! ¡Me encontraste!

La emoción quebró su voz y no pudo evitar sonreír ante lo absurdo de sus propias palabras.

—Estuve llamándote hasta quedarme sin voz. Después me puse a tocar mi canción.

Nuevas lágrimas brotaron de los ojos de Lenk mientras enterraba el rostro en el pecho de Sarina.

—¡Sabía que vendrías a buscarme!

Sarina le devolvió el abrazo y le acarició con ternura la cabeza. Luego tosió.

Su voz seguía sonando áspera, pero la expresión de su rostro no tenía nada de amable.

—Lenk, ¿en qué estabas pensando? ¡Podrías haberte perdido para siempre! Estaba tan preocupada por ti…

Lenk se apartó un poco para mirarla. Sus ojos se desviaron inmediatamente hacia el bastón.

—Lo siento, Sarina. Yo solo quería explorar el Bosque Eterno y encontrar…

—¡Oh, ya sé perfectamente lo que hiciste con Viejo Nudo! ¡Fue el primer lugar donde fui a buscarte!

Con la mano derecha, Sarina le pellizcó con firmeza una oreja y se la retorció suavemente antes de recoger con la mano libre el bastón robado.

Lenk lanzó un gritito y, por instinto, sujetó la muñeca de Sarina con la mano izquierda.

Por suerte, ella no tiró con fuerza mientras comenzaba a conducirlo de regreso por el sendero.

—Has tenido mucha suerte de que te encontrara, Lenk. Sabes perfectamente que ninguno de los niños puede acercarse al Bosque Eterno sin que yo lo acompañe. En cuanto lleguemos a casa, voy a darte unas nalgadas, jovencito.

Lenk hizo una mueca de dolor. Las lágrimas volvieron a llenarle los ojos.

—¡Ay! ¡Pero… Sarina! ¡Ya dije que lo siento!

Sarina le dirigió una mirada demasiado familiar.

—Todavía no lo sientes lo suficiente… ¡Todavía no!

Los hombros de Lenk se tensaron mientras se esforzaba por seguir el paso decidido de Sarina.

No era la primera vez que la «Pequeña Madre» lo sentaba sobre sus rodillas para castigarlo.

La culpa, que el día anterior apenas había empezado a sentir por haber molestado a Viejo Nudo, regresó ahora con toda su fuerza.

—…Sí, Sarina. Te prometo que no volveré a hacerlo. ¿Me llevarás con Viejo Nudo para que pueda pedirle perdón?

Durante un instante, los ojos de Sarina se encontraron con los de Lenk con un destello de compasión.

Después volvió a endurecer el gesto y continuó caminando.

Lenk notó que aflojaba un poco el pellizco en su oreja, aunque sin soltarla del todo.

—Bueno, eso ya es un comienzo. Al menos sabes que le debes una disculpa. Pero hoy no. Estará de mal humor durante unos días, y estoy segura de que estará mucho más dispuesto a escuchar tus disculpas cuando… bueno, cuando los dos hayan tenido tiempo de calmarse. Además, creo que por hoy ya has pasado más que suficiente tiempo en el Bosque Eterno.

Mientras pensaba en lo que le esperaba al regresar a la Aldea Nibelung, Lenk ya no estaba tan seguro de querer abandonar el Bosque Eterno.

Pero entonces recordó el silencio negro y mortal que reinaba en lo más profundo del bosque.

Y volvió a sentir el cálido consuelo que la canción de Sarina había despertado en su corazón.

Sintió el amor que Sarina le tenía, incluso mientras la Pequeña Madre de los Nibelung lo llevaba de la oreja de regreso a casa.

[Fin del Capítulo I]

La Pequeña Madre de los Nibelung

Capítulo II: Encontrado

Mientras el sol aún se elevaba, el hada compañera de Sarina iluminaba el sombrío sendero del bosque. Sarina ya había terminado su sermón y Lenk estaba demasiado avergonzado para hablar, así que el silencio solo se rompía por el constante thump, thump, thump del bastón de madera de saúco que Sarina usaba como bastón de caminar.

Al salir del Bosque Eterno a la luz del día, Sarina no soltó la oreja de Lenk. Con cada tirón, él era dolorosamente consciente de lo desaliñado que lucía: su gorro se había perdido para siempre, su túnica estaba rasgada en varios sitios y finos arañazos le cruzaban las piernas, los brazos y la cara.

El rostro le ardía de vergüenza al imaginar el espectáculo que ofrecería. Todos los demás Nibelung adivinarían, con solo mirarlo, qué le había pasado en el bosque y qué le esperaba ahora.

Como si quisiera castigarlo, oyó una voz de niña burlona que parecía surgir de la nada:

—¡Oye! ¡Sarina! ¿Encontraste a Lenk? ¡Vaya, está hecho un desastre!

Lenk abrió mucho los ojos y giró la cabeza, pero sintió un suave tirón en su oreja izquierda cuando Sarina respondió:

—Sí, pero está vivo y sin heridas graves. Eso es lo que importa.

Sarina inclinó la cabeza y Lenk siguió su mirada. Arriba, en el puesto de vigilancia, Fado asomaba su cabeza rubia, apoyada sobre los codos.

—¿Sin heridas graves? ¡No por mucho tiempo, supongo! ¿Vas a darle su azotaina ahora o esperarás a llegar a casa?

Fado pataleaba alegremente con los pies, como si todo lo que ocurría abajo fuera un espectáculo para su diversión. Incapaz

de mirar a Fado a los ojos, Lenk bajó la cabeza, preguntándose si todos esperaban con ansias verlo recibir su merecido.

Sarina le lanzó a Fado una mirada fulminante.

—Eso no es asunto tuyo, Fado. No es el primer Nibelung que atrapo vagando solo por el Bosque Eterno. ¡Como bien recordarás!

La sonrisa pícara de Fado desapareció al instante. Retrocedió y se cubrió el trasero con las manos.

—¡Sí, Sarina! ¡Me alegra que lo hayas encontrado! Me quedaré aquí arriba… ocupándome de mis propios asuntos.

Al parecer, ni siquiera a distancia nadie estaba a salvo de la mirada de advertencia de Sarina. Al oír el intercambio, los demás Nibelung acudieron corriendo. Tila, una niña enérgica de cabello castaño corto y diadema, soltó una risita al ver a Lenk. Mono dejó de arrastrar piedras para su jardín de rocas, se apartó el flequillo rojizo dorado de los ojos con incredulidad y corrió a llamar a sus hermanos, Shiri y Kyōda.

Lenk se preguntó, acalorado, si estaba a punto de recibir una útil lección de los tres idénticos «Hermanos Sabelotodo» sobre por qué nunca debió entrar en el Bosque Eterno. Todas las casas se vaciaron mientras la noticia corría entre los Nibelung y sus hadas. En un lugar tan pequeño como la Aldea Nibelung era imposible guardar secretos por mucho tiempo. Pero lo peor de todo fue que Medo se abrió paso hasta el frente del pequeño grupo, luego redujo el paso y se acercó fanfarrón, sonriendo de oreja puntiaguda a oreja puntiaguda.

—Bueno, bueno, bueno… ¡El héroe de la Aldea Nibelung regresa triunfante… con el rabo entre las piernas! ¡Ay!

Medo cerró la boca de golpe cuando Sarina levantó el bastón robado. Detuvo el golpe justo antes de estrellárselo en la cabeza, pero le presionó ligeramente la nariz con el extremo.

—Al parecer Lenk creía que si robaba un bastón a Viejo Nudo demostraría que estaba listo para tener su propio hada. Me pregunto quién le metió esa idea tan tonta en la cabeza.

Medo miró a Lenk con veneno.

—¿Me delataste ante Sarina? Espero que te deje el culo…

Sarina dio un golpecito casi juguetón en la nariz de Medo con el bastón, haciéndolo retroceder unos pasos.

—No, Medo. Lenk no te delató. ¡Acabas de delatarte tú solo!

—¡Oooo! —se oyó la voz de Fado desde arriba, incapaz de resistirse al drama, antes de que una mirada furiosa de Sarina la hiciera volver a esconderse—. ¡Perdón! ¡Ocupándome de mis asuntos!

Medo cruzó los brazos e hinchó el pecho.

—Bueno, ¿y qué? Solo era una broma. ¿Cómo iba a saber que se lo tomaría tan en serio? Como líder de los Nibelung…

Sarina levantó el bastón con un floreo y clavó el extremo en el suelo frente a ella.

—El Sabio Árbol Anciano solo te pidió que vigilaras la entrada de su arboleda por esas plantas monstruosas que han estado apareciendo. Eso no te convierte en nuestro jefe, Medo. Si quieres ser un líder, empieza por asumir responsabilidad. ¡Te veré en tu casa del árbol más tarde para hablar del asunto!

Las orejas de Lenk se levantaron al oír la noticia. Como el Sabio Árbol Anciano era su padre, ninguno de los niños Nibelung podía ser llamado «el líder». El apodo de Sarina, «la Pequeña Madre», era solo eso: un apodo, no un título formal. Incluso cuando azotaba a alguno de los más pequeños, nunca lo hacía por la fuerza. Un Nibelung travieso recibía su castigo de Sarina solo si era evidente que lo merecía, como alternativa acordada a tener que enfrentarse al propio Sabio Árbol Anciano. Y el Árbol Anciano había estado haciendo cada vez menos convocatorias.

Medo se había autoproclamado «el Líder» desde que el Sabio Árbol Anciano habló con él y Sarina unas semanas atrás, pero esta era la primera vez que Lenk oía hablar de monstruos cerca de la aldea.

Lenk casi podía sentir cómo todos los demás Nibelung se hacían la misma pregunta.

Medo tragó saliva y sostuvo la mirada de Sarina, dolorosamente consciente de que ahora todos los ojos estaban sobre él y no sobre Lenk.

—¿Por qué no lo discutimos aquí y ahora?

Sarina sonrió con una dulzura tan sincera que resultaba deslumbrante.

—No seas tonto, Medo. ¡No querrás que todos escuchen! Además, primero tengo que ocuparme de Lenk.

Cuando por fin llegaron a la casa del árbol de Lenk, Sarina le soltó la oreja y señaló la escalera.

—Sé valiente, Lenk. Sube a tu habitación y enfréntate a lo que te espera.

Avergonzado, Lenk solo pudo asentir y obedecer. Sintió un viento frío atravesar los restos rasgados de su túnica mientras subía la escalera. Nunca se había sentido tan expuesto.

Sarina se metió el bastón en el cinturón, trepó tras él y saltó con ligereza al porche desde el último peldaño. Al mirarlo con ojos tristes, Lenk se dio cuenta de lo pequeño que aún era a su lado.

Sarina apoyó el bastón contra la pared y señaló el tocón de madera que servía de asiento y mesa.

—Ya sabes qué hacer, Lenk.

Lenk tragó saliva, pero obedeció. Sobre su cómoda descansaba un robusto cepillo de madera de saúco con una rama roja tallada en el dorso: su propia artesanía.

Lenk tembló al tomarlo y se volvió hacia Sarina, que ya se había sentado con elegancia en el tocón y extendía la mano. Después de entregarle el cepillo, Lenk comenzó a inclinarse sobre su regazo, pero ella le puso una mano en el pecho para detenerlo.

—Espera, primero vamos a limpiarte.

Para su sorpresa, el hada de Sarina salió volando del escote de su túnica y comenzó a girar a su alrededor, con las alas tintineando como música. Lenk sintió un ardor en todos los arañazos de sus piernas, brazos y cara; cuando el calor desapareció, estaba completamente curado. Sarina empezó a cepillarle el cabello con suavidad y, por un momento, Lenk sintió una calma reconfortante… hasta que el cepillo se enganchó en una ramita enredada.

—¡Ay!

Sarina soltó una risita.

—Lenk, ¡estás hecho un desastre! Por suerte no te quedarán cicatrices. Lástima que mi hada no pueda hacer nada por tu túnica. ¿Tienes una de repuesto?

Lenk apartó la mirada, incapaz de mirarla a los ojos. Nunca sabía qué decir en estas situaciones.

Sarina suspiró, pero su voz era comprensiva.

—Lenk, quiero acabar con esto tanto como tú. Conoces mi regla: no azoto a ningún Nibelung a menos que lo acepte voluntariamente. A no ser que…

—¿A no ser que prefiera ir ante el Sabio Árbol Anciano? —saltó Lenk, dejando que la rabia quemara su vergüenza—. Pues quizás eso es lo que quiero. No me importa si me da una buena vara. ¿Por qué no ha hablado conmigo en un mes?

Los ojos de Sarina se abrieron de par en par, pero no solo de sorpresa. Lenk vio un destello de miedo, incluso de angustia, antes de que ella lo ocultara tras su compostura maternal.

—Lenk, no podemos molestar al Sabio Árbol Anciano por esto. Ahora mismo él está…

—¿Enfadado conmigo? —Lenk apretó los dientes y cerró los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. ¿Es por cómo lo molesté con mis pesadillas? Quizás Medo tenga razón. Es culpa mía por correr a llorar ante el Árbol Anciano cada vez que tengo una pesadilla pidiendo un hada. La última vez solo dijo que me enviaría un hada cuando estuviera listo para demostrar verdadero valor. ¿Qué significa eso siquiera? ¡Piensa que soy un cobarde!

Sarina negó con la cabeza, urgente.

—¡No! ¡No es eso en absoluto! El Árbol Anciano no está enfadado contigo. Y Medo solo es… ¡uf! Mira, el Sabio Árbol Anciano no puede ver a nadie ahora. No se encuentra… bien.

La rabia de Lenk desapareció, reemplazada por confusión.

—¿Qué? ¿Está enfermo o algo? ¡Es el Sabio Árbol Anciano, no puede enfermar!

Sarina se encorvó, abrazándose las rodillas.

—No… ojalá lo supiera.

Ahora le tocaba a ella evitar su mirada. Cuando Lenk vio una lágrima que Sarina intentaba ocultar sin éxito, de pronto se sintió como un idiota.

—¿Sarina? ¡Lo siento!

Sarina pareció volver en sí. Respiró temblorosa, se irguió y apartó lo que la atormentaba.

—Bueno, deberías sentirlo, ¡pero no por eso! Espera… ¿dijiste «pesadillas»? Sé de la del jinete y las llamas. ¿Estás teniendo más ahora?

Lenk evocó el terrible sueño con tanta claridad como si aún lo viviera: un hombre alto con armadura negra montado en un caballo negro, acercándose a toda velocidad.

—No… Sí… No estoy teniendo otras pesadillas, pero sí, tengo la misma una y otra vez…

—¿Cada noche?

Lenk asintió, con el rostro ardiendo de vergüenza.

—Esa… esa es la razón por la que me escapé al Bosque Eterno. Sabía que el reto de Medo era estúpido, ¡pero quería demostrar que era valiente! Que no le tengo miedo a un sueño tonto.

Sarina cruzó los brazos, sin ceder.

—Lenk, lo valiente habría sido decirle «no» a Medo. En cambio, te pusiste en peligro y preocupaste mucho a tus amigos. ¿Y qué

te había hecho el pobre Viejo Nudo? Eso fue lo que más me sorprendió. ¿Tu idea de valentía es acosar a un inofensivo hombre-árbol?

Lenk jugueteó con el dobladillo rasgado de su falda.

—No… No quería hacerle daño… —Su voz se apagó; no encontraba palabras para expresar lo estúpido que se sentía.

Sarina suspiró y dejó el cepillo a un lado, como si admitiera la derrota.

—Bueno, no puedo llevarte ante el Sabio Árbol Anciano. Sus instrucciones para Medo y para mí fueron claras. Así que supongo que estamos en un punto muerto. Si no lo sientes de verdad, tendremos que esperar a que el Sabio Árbol Anciano esté listo para…

Lenk le agarró el hombro para impedir que se levantara.

—¡Eso no es lo que quise decir! Lo siento, Sarina… por todo.

Sorprendida y complacida, Sarina sonrió y le palmeó el brazo.

—Te perdono, Lenk. Pero, sinceramente, tienes dos opciones: un viaje sobre mi regazo ahora mismo para la azotaina de tu vida, o un viaje ante el Sabio Árbol Anciano más tarde para la vara de tu vida. No te miraré por encima del hombro decidas lo que decidas, pero si fuera tú, elegiría el cepillo.

Lenk asintió.

—Tienes razón. Quiero acabar con esto. Pero no es porque le tenga miedo a una vara.

Sarina sonrió radiante y empezó a charlar.

—¡Deberías tenerlo! ¡Yo recibí una vara una vez, sabes! ¡Fue horrible! El Sabio Árbol Anciano bajó una de sus grandes ramas y me pidió que me tumbara sobre ella. Luego me levantó y me azotó con sus ramas más pequeñas hasta que quedé hecha un mar de lágrimas. ¡No pude sentarme en una semana! Pero me lo merecía. ¡Nunca más volví a pegarle a Medo!

Normalmente a Lenk le encantaba escuchar en silencio las divagaciones de Sarina. El hecho de que ella hablara tanto y él

escuchara tan bien los convertía en perfectos interlocutores. Pero Lenk llevaba una eternidad esperando su castigo. Desde el momento en que aceptó el reto de Medo había sentido un miedo creciente y medio reprimido por lo que Sarina diría al enterarse; y desde que ella lo encontró y lo agarró de la oreja, había aceptado que este era su destino inevitable.

Antes de que Sarina pudiera describir con todo lujo de detalles cómo era recibir una azotaina de un antiguo árbol sabio y viviente, Lenk le puso delicadamente un dedo en los labios.

—Sarina, fui yo quien te desobedeció. Fuiste tú quien me rescató. Es justo que seas tú quien ejecute mi castigo. Por favor… ¡no soporto más la espera!

Ruborizada, Sarina se llevó una mano a la boca, como disculpándose por ser tan distraída.

—¡Por supuesto!

Mientras Sarina se acomodaba y tomaba el cepillo, Lenk se tumbó sobre su regazo, apoyando el cuerpo en la superficie lisa del tocón. Sarina respiró hondo y dio unos golpecitos experimentales con el cepillo sobre la parte trasera de la túnica rasgada de Lenk; de pronto parecía más nerviosa que él.

—Lenk, te quiero, pero tengo que azotarte… ¿Estás listo?

Lenk apretó los dientes y asintió con un gruñido afirmativo.

—Mmm-hmm.

Sarina se secó una lágrima, ocultando un sollozo, rodeó la cintura de Lenk con la mano izquierda y levantó lentamente el cepillo con la derecha. Cuando el primer golpe cayó, Lenk se dio cuenta de lo rasgada que estaba su túnica y de la poca protección que le ofrecía. La superficie del cepillo aterrizó justo sobre un desgarrón que dejaba al descubierto el muslo superior y los calzones blancos. A ambos lados del rasgón, la gruesa lana verde amortiguaba un poco, produciendo un golpe sordo. Pero sobre el desgarrón, Lenk sintió la madera directamente contra la piel de la parte baja de su trasero: un ominoso presagio de lo que vendría.

Sarina apretó la mandíbula y aplicó diez de sus golpes más fuertes, cubriendo uniformemente la mayor parte del trasero

de Lenk. Con una mezcla de orgullo y fastidio, vio y oyó cómo Lenk permanecía completamente quieto y en silencio. No era ninguna sorpresa. Lenk siempre se mostraba resuelto al principio de una azotaina. Aunque Sarina admiraba su determinación, también deseaba que no se esforzara tanto por parecer duro.

Pero Sarina podía permitirse ser paciente.

Fuera de la casa del árbol de Lenk, Fado paseaba medio inocentemente. Claro que le caía bien Lenk y sentía lástima por él. Por otro lado, siempre era agradable saber que hoy alguien más aparte de ella estaba en problemas.

Además, Fado no podía evitar recordar que Lenk una vez había fabricado su propia honda y le había disparado una nuez dura directamente en el trasero. Por supuesto, la honda había sido confiscada y enviada al Sabio Árbol Anciano, y Sarina le había asegurado que Lenk recibió una buena azotaina por la broma a costa de ella.

Pero Fado no podía evitar preguntarse si Sarina azotaba a Lenk con la misma severidad con que azotaba a todos los niños Nibelung, incluida ella.

Si la azotaina aún no había empezado, tal vez podría ofrecerle a Sarina una mano amiga. O si ya había terminado, podría ofrecerle apoyo emocional a Lenk. ¿Quién podría objetar?

Pero justo cuando Fado iba a subir el último peldaño, oyó el primer trueno revelador.

Fado sonrió. ¡Cielos! ¿Había llegado justo cuando empezaba la azotaina de Lenk?

Era su deber vigilar desde el puesto de arriba de la casa de Sarina. Pero había cosas que simplemente había que investigar desde el suelo.

Con cautela, Fado levantó la cabeza lo justo para asomarse al piso de la casa del árbol. ¡Qué suerte! La cortina de la entrada estaba recogida y podía verlo todo con claridad, como si estuviera enmarcado para ella.

El trasero y las piernas de Lenk quedaban de cara a la puerta, mientras Sarina estaba sentada en ángulo perpendicular, tan concentrada que no había notado a Fado.

¡Lástima! Fado había perdido la oportunidad de ofrecer ayuda. ¡Sería grosero interrumpir! Solo tendría que esperar a que terminara el castigo.

Pero antes de que pudiera bajar de nuevo, vio cómo Sarina levantaba la falda de Lenk por encima de su cintura para dejar al descubierto sus calzones blancos.

Sarina apartó los restos rasgados de la túnica. Debajo de los calzones de Lenk ya empezaban a hincharse diez marcas rosadas brillantes, pero él seguía estoicamente callado. Sarina consideró su situación. No quería avergonzarlo ni humillarlo, ni tampoco dejarle cicatrices o moretones. Pero tenía que causarle una impresión duradera. Con un destello de inspiración, dejó deliberadamente el cepillo a la vista de Lenk, se acomodó y palmeó experimentalmente sus nalgas tensas con la mano abierta.

Le daría a Lenk unos minutos para que pensara en cómo se había sentido el cepillo sobre la túnica y en el escozor de su mano sobre los finos calzones. En los muchos años desde que había aceptado esta responsabilidad maternal, Sarina había aprendido que, cuando se trataba de azotar a un niño terco, lo lento y constante siempre ganaba la carrera.

Con cada palmada, Lenk sentía que el fuego se extendía gradualmente por su trasero, pero logró contener las lágrimas, apretando y aflojando los puños para resistir las ganas de gritar.

Tras un golpe especialmente fuerte, las piernas de Lenk se retorcieron por reflejo y sintió cómo la tela tensa de los calzones se subía. Mientras una gota de sudor le corría por la frente, se dio cuenta de que el calor acumulado era peor que el escozor de las palmadas. Casi deseó que Sarina le bajara los calzones solo para que el aire fresco lo aliviara. Pero entonces vio el horrible cepillo junto a su cara y la idea de sentirlo contra su trasero desnudo e indefenso lo heló de nuevo.

Fado se balanceaba en el peldaño de la escalera. ¡Esto era un sueño hecho realidad! Nunca más se preguntaría si Sarina trataba a Lenk con favoritismo. Si acaso, Sarina estaba azotando a Lenk con más severidad de lo que Fado había sentido… o presenciado jamás.

Era su trabajo saber todo lo que ocurría en la Aldea Nibelung. ¿Podía evitar que, casualmente, estuviera cerca cuando tenía lugar una de las legendarias azotainas de Sarina?

—¿Fado? ¿Qué estás haciendo?

Fado sintió un escalofrío y apenas contuvo un chillido. Abajo, Tila había subido sigilosamente al pie de la escalera y la miraba con sospecha.

Fado casi soltó una respuesta enfadada, pero se contuvo y susurró:

—¿Tila? ¡Ocúpate de tus asuntos!

—¡Buen consejo! ¿Estás espiando cómo Sarina azota a Lenk?

Fado puso cara de indignación ofendida, la que solo es posible cuando te pillan con las manos en la masa.

—¡Qué idea tan absurda! Solo iba de visita para felicitar a Sarina y dar el pésame al pobre Lenk.

Tila puso los ojos en blanco, pero no pudo ocultar una sonrisa.

—Oh, claro. Y yo me topé contigo justo cuando subías la escalera, sin duda. Y al oír claramente una azotaina en progreso, te apresuraste a apartar la mirada y volver a casa, por respeto al «pobre Lenk» y a la necesidad de intimidad de Sarina.

Fado se ruborizó mientras bajaba la escalera, ya nerviosa por lo que le pasaría al trasero si Tila se chivaba.

—¡Por supuesto! Después de todo… todos hemos recibido azotainas antes, ¿no? Sabemos por lo que está pasando el pobre Lenk ahora, así que… mejor guardamos este secretito entre nosotras.

Tila cruzó los brazos y sonrió con dientes.

—¡Por supuesto! «Por el bien del pobre Lenk», este será nuestro secretito.

Fado saltó al suelo y se puso rígida, preguntándose si el ruido había alertado a Sarina. Mientras se retiraba, se cubrió el trasero con manos temblorosas y vio la expresión burlona de Tila. En respuesta, Fado le lanzó una mirada asesina y fingió estirar los dedos y colocar las manos delicadamente detrás de la espalda.

Después de dejar que Fado se retirara, Tila miró a su alrededor. Ninguno de los otros Nibelung parecía estar cerca. Se preguntó qué atractivo podía tener aquello para tentar a Fado. ¿Realmente valía la pena el riesgo de recibir una azotaina solo por ver una?

De pronto, el silencio se rompió por el renovado sonido de palmadas regulares que provenía de la casa del árbol de Lenk. Tila comprendió que Sarina debía haber hecho una pausa en el suplicio de Lenk... ¡solo para volver a empezar!

Tila se acarició la barbilla, recordando la última vez que había terminado sobre las rodillas de Sarina. En aquella ocasión había ido a buscar la antigua Espada de las Nieblas escondida en el bosquecillo de rocas, ignorando los carteles que advertían que no se tocara salvo en emergencia.

Basándose en su propia experiencia, Tila supuso que Sarina probablemente estaría usando un cepillo o una cuchara de madera para dejarle clara la lección a Lenk.

Tila alargó la mano hacia el peldaño de la escalera. Un vistazo rápido no podía hacer daño.

Lenk luchaba por llevar una cuenta mental silenciosa de las palmadas, cualquier cosa para distraerse de la sensación de estar asándose a fuego lento, pero cuando Sarina superó las cien, aceleró el ritmo y Lenk perdió la cuenta.

Por fin, Lenk empezó a patear débilmente, conteniendo los gritos con gruñidos y gemidos. Ahora que por fin progresaba, Sarina sintió un alivio enorme. Si Lenk solo hubiera cometido

una travesura inocente, Sarina se habría dado por satisfecha mucho antes, llorara o no. Sabía que Lenk estaba arrepentido y que para entonces todo su trasero debía de estar de un rosa uniforme. Ya podía sentir el calor que irradiaba bajo la ropa interior, que se había subido al retorcerse y dejaba al descubierto las marcas rojas e hinchadas dejadas por los primeros diez golpes de cepillo.

Sarina hizo una pausa cuando por fin oyó a Lenk soltar un gritito ahogado. Normalmente odiaba los sermones largos, pero para llegar a Lenk se dio cuenta de que necesitaba hacer algo más que golpear a ciegas.

Lenk sintió un cosquilleo de miedo al verla tomar el cepillo de nuevo e intentó recuperar el aliento. Para su sorpresa, también oía a Sarina respirar con fuerza, como si los dos corrieran una carrera.

—Lenk —dijo ella con voz firme pero suave—, ¿entiendes por qué te estoy azotando ahora mismo?

Ahora que había terminado el primer asalto, Lenk era nuevamente consciente de su trasero vulnerable y abrasado.

—Te desobedecí y acepté un reto estúpido. Fui cruel con Viejo Nudo y le robé. Estuve a punto de perderme para siempre.

Sarina asintió, satisfecha con la respuesta.

—Así es —dijo, sin dejar que su voz traicionara ni un ápice de la compasión que sentía—. Actuaste como un matón y un tonto, justo como quería Medo.

Sarina se sintió culpable al ver cómo Lenk encorvaba los hombros y hundía la cara entre los brazos, como si el reproche doliera más que mil golpes de cepillo.

Había querido ser un gran héroe, y ahora solo era un niño travieso.

Sarina se prometió compensárselo. Sabía que bajo esa fachada de chico duro Lenk era un alma sensible, pero también estaba decidida a darle una lección de humildad que nunca olvidaría.

—Vamos a probar algo diferente. Contarás cada golpe que te dé con el cepillo. Luego te haré una pregunta. Espero que

pienses bien antes de responder —Sarina dio dos golpecitos firmes con el cepillo en cada nalga para enfatizar—, o puedes esperar una vara con el bastón robado cuando terminemos con el cepillo. ¿Estás listo?

Lenk asintió, sorbiendo por la nariz en un vano intento de ocultar las lágrimas de culpa.

Tila estaba embelesada. ¡La pasión! ¡El drama! Siempre le había caído bien Lenk y, de alguna manera, verlo soportar su valle de humillación solo lo hacía más admirable a sus ojos.

Unas semanas atrás, Tila había vislumbrado una cabeza rubia a través de su ventana mientras ella misma estaba sobre las rodillas de Sarina. Desde entonces sospechaba que Fado intentaba espiar azotainas por la aldea. ¡Ahora sabía por qué!

—¿No es increíble? —canturreó la voz de Fado.

Tila asintió distraída y susurró:

—Sí, Fado. Sarina sigue azotando y azotando, ¡pero Lenk se queda quieto y lo aguanta! ¿Cómo…?

Tila se quedó helada y miró por encima del hombro. Fado la observaba desde el pie de la escalera.

—¿Fado? ¿Qué haces aquí? ¡Nos van a pillar!

Fado sonrió y ni siquiera se molestó en bajar la voz.

—¿«Nos» van a pillar? ¡Yo no soy la que está invadiendo la intimidad del pobre Lenk! ¿Qué pensaría Sarina?

Los ojos de Tila saltaban entre el sonido de la azotaina arriba y su torturadora abajo, rezando para que sus susurros no llegaran a oídos de Sarina.

—¡Fado, hipócrita! ¡Tú misma estabas espiando hace solo un minuto!

—¡Tila, hipócrita! ¡Tú misma me estabas sermoneando por espiar hace solo un minuto!

Tila agitó una mano en señal de rendición desesperada.

—¡Vale, vale! Pero es nuestro secretito, ¿verdad? ¡Mira, ahora lo entiendo! ¡Tienes que ver esto!

Fado sonrió como si Tila la hubiera invitado a una deliciosa merienda y trepó por la escalera para colocarse junto a ella.

—En ese caso, mejor bajamos la voz las dos.

Tila se tensó al oír los peldaños de madera crujir bajo su peso combinado. Esto era más de lo que había planeado, pero se llevó un dedo a los labios para hacer callar a Fado. Las dos conspiradoras asintieron y levantaron lentamente la cabeza para presenciar la escena en la casa del árbol de Lenk.

El chasquido del cepillo contra la fina tela de los calzones de Lenk fue más agudo que el sonido anterior, aunque no tan fuerte como cuando Sarina lo había azotado sobre la túnica de lana. Lenk soltó un grito de guerra antes de morderse el labio para mantener la compostura.

—¡Uno, Sarina!

Sarina consideró su primera pregunta y decidió empezar por lo básico.

—¿Qué has aprendido hoy sobre el Bosque Eterno?

—¡No tenía ni idea de que fuera tan peligroso! ¡Nunca más haré caso a ese niño!

Sarina arqueó una ceja.

—¿Qué niño?

Lenk se estremeció al sentir el eco del primer golpe, donde el cepillo había levantado una nueva roncha. Era como un segundo golpe por sí solo. Entonces por fin registró la pregunta.

—¡El niño sin rostro y ojos rojos! ¡Lo conocí en el Bosque Eterno!

Sarina exhaló con alivio y fastidio.

—Sé de él. Así que así fue como te apartó del sendero.

Lenk asintió con vehemencia. Sarina se preguntó si tendría tiempo de encontrar y azotar a un espíritu etéreo del bosque ese mismo día. Miró a Lenk con renovado alivio. Saber lo cerca que había estado de perderse para siempre le daban ganas de abrazarlo fuerte y no soltarlo nunca. Por otro lado, también le daban ganas de empezar su azotaina desde el principio solo por haber sido tan tonto. Con un suspiro, Sarina optó por un término medio.

—Bueno, no te castigaré por no saber algo que no podías saber. Sin embargo…

Descargó un segundo golpe del cepillo en diagonal sobre la nalga izquierda, tan fuerte que Lenk se sacudió con un aullido.

—¡Cuenta dos! —ordenó Sarina, impasible.

Lenk logró gritar entre jadeos:

—¡Dos, Sarina!

Sarina levantó el cepillo para el tercer golpe.

—¿Vas a volver a explorar el Bosque Eterno sin mí alguna vez?

Respirando con dificultad, Lenk se tomó un momento para pensar la respuesta.

—¡No puedo prometer eso, Sarina!

La oreja de Sarina se crispó.

—¿Qué se supone que significa eso?

Lenk juntó las piernas, como temiendo ganarse un golpe extra.

—Me dijiste que pensara bien las respuestas, Sarina. ¿Qué pasa si otro se pierde en el bosque? ¡Tendría que ayudarlo como tú me ayudaste a mí!

Impresionada, Sarina asintió. No recordaba la última vez que un niño había respondido con tanta audacia mientras yacía indefenso sobre su regazo, pero no podía enfadarse.

—Buen punto. Pero no puedes ayudar a un Nibelung perdido si tú mismo te pierdes… Te diré algo: la próxima vez que vaya al Bosque Eterno te llevaré conmigo. Una vez que conozcas los

senderos, no es tan difícil orientarse. Pero hasta entonces, está prohibido. ¿Prometido?

Lenk relajó las piernas. Sus calzones empezaban a darle una cuña por culpa de sus forcejeos. Sarina podía ver que el rosa de su trasero se había oscurecido a un rojo pálido y pastoso. No era todavía el rojo brillante que a ella le gustaba ver, pero estaban progresando.

—¡Prometido, Sarina!

Sarina sonrió radiante y levantó el cepillo.

—¡Entonces trato hecho! ¡No olvides contar tres! ¡Sin más recordatorios!

Apuntó el tercer golpe directamente al centro de la parte baja del trasero. Donde los calzones tensos no cubrían del todo la carne, Lenk sintió la superficie firme del cepillo cubriendo ambos puntos de asiento. Con dos lágrimas frescas brotando, prácticamente gruñó:

—¡Haaa-tch! ¡Tres, Sarina!

Sarina sintió que su temperamento se encendía al recordar la historia que Viejo Nudo le había contado sobre las aventuras de Lenk.

—¿Qué le vas a decir a Viejo Nudo cuando te lleve a verlo?

—¡Le diré que lo siento! ¡Nunca más lo molestaré! ¡No me importa si vuelve a dispararme semillas chispeantes! ¡O si me golpea con un palo grande!

Intrigada, Sarina miró más de cerca el trasero de Lenk. Efectivamente, había un pequeño moretón irregular bajo su nalga izquierda, con la forma exacta de una semilla chispeante.

—¡No es mala idea! ¡Dejaremos que Viejo Nudo decida cuando te lleve a verlo!

Satisfecha de dejar el futuro trasero de Lenk en manos de Viejo Nudo, Sarina decidió perdonarle su comportamiento de matón y pasó al siguiente punto de su lista.

Descargó un cuarto golpe, también en el centro, pero esta vez un poco más arriba, de modo que envió una onda a través de la tela tensa de los calzones y dejó una marca ovalada en el punto de impacto. Lenk se concentró tanto en contener los gritos que olvidó la cuenta. Sarina esperó unos segundos y luego soltó un quinto y sexto golpe en rápida sucesión, uno en cada nalga.

—¡Tu cuenta, Lenk!

—¡Hmm! ¡Cuatro! ¡Cinco, seis!

Sarina presionó suavemente la cintura de Lenk, como para abrazarlo, pero también para recordarle su posición, lista para soltar una ráfaga rápida de golpes si era necesario.

—No, Lenk. Solo cuatro. Deja de fingir que no duele, concéntrate en tu cuenta y en tus respuestas.

Lenk apoyó la frente contra la madera. ¡No hay nada como el escozor de un trasero azotado para hacerte sentir estúpido!

—¡Cuatro, Sarina!

Sarina hizo la primera pregunta que le vino a la cabeza.

—¿Por qué le hiciste caso a Medo en primer lugar?

Sarina esperaba ganar algo de tiempo con la pregunta, tal vez hacer que Lenk pensara en la serie de decisiones tontas que lo habían llevado a estar a punto de morir. Pensó que la pregunta podría enfadarlo. En cambio, para su sorpresa, Lenk empezó a llorar, con los hombros temblando.

—Yo... yo tenía... ¡miedo!

—¿Miedo de Medo? ¡Ya no puede intimidarte! ¡Puedes con él!

Lenk negó con la cabeza, y sus lágrimas se convirtieron en sollozos profundos y temblorosos.

—Miedo... ¡de que me llamara cobarde! ¡Miedo de ser un cobarde!

Al instante, el corazón de Sarina se derritió. Dejó el cepillo a un lado, fuera de la vista de Lenk, y le acarició suavemente la espalda.

—No eres un cobarde, Lenk. Medo dice esas cosas porque ahora eres más fuerte que él.

—¡No es él! ¡Soy yo! ¡Tengo miedo de las pesadillas! ¡Tengo miedo de dormirme! ¡Tengo miedo del hombre a caballo! ¡Tengo miedo... de todo!

Lenk se derrumbó, llorando libremente hasta que la superficie del tocón quedó manchada de lágrimas.

Sorprendida, aliviada y preocupada al mismo tiempo, Sarina lo dejó llorar, acariciándole la cabeza y los hombros hasta que él se secó las lágrimas e intentó recomponerse. Lenk sintió que ella apoyaba la mano derecha en su trasero, pero esta vez con una caricia, como si quisiera aliviar las marcas rojas que había dejado allí.

—Lenk, quiero que sepas que eres el Nibelung más valiente que conozco. Me pongo nerviosa cada vez que tengo que azotarte... ¿Quieres saber un secreto?

El cabello dorado de Lenk se movió cuando levantó la cabeza, curioso. Al hacer contacto visual, Sarina le guiñó un ojo.

—Cada vez que azoto a Medo, llora como un bebé antes incluso de que dé el primer golpe. Así que la próxima vez que Medo te moleste, recuerda eso y verás si te ayuda.

Uno de los sollozos entrecortados de Lenk se convirtió en una risita, y por fin consiguió ralentizar la respiración.

—Pero ¿qué hay de mis pesadillas?

Sarina consideró qué podía decir. Sabía que Lenk no había nacido Nibelung. Nunca le había mentido sobre sus orígenes, pero tampoco se lo había contado todo: que su madre no era una Nibelung... que los Nibelung no tenían madres. Había estado esperando el momento adecuado.

Pero cada día Lenk se hacía más grande y fuerte. Pronto sería evidente que no era uno de los niños del bosque. Sarina quería levantarlo de su regazo y contárselo todo. Rogarle que la perdonara. Suplicarle que la azotara a ella en su lugar. Pero el Sabio Árbol Anciano había respetado el último deseo de la madre de Lenk de mantener su verdadero origen en estricto secreto el mayor tiempo posible, para alejar a su hijo de las

luchas y guerras del mundo exterior, al menos hasta que fuera lo bastante mayor para enfrentarse a ellas.

Con un nudo en el estómago, Sarina decidió dejar que el Sabio Árbol Anciano decidiera cuándo llegara el momento.

—No sé nada de tus pesadillas, Lenk, pero sea lo que sea que traigan, te prometo que no estarás solo para enfrentarlo.

Lenk meditó las palabras de Sarina, un poco confuso pero no menos reconfortado.

—Ahora —dijo ella con voz suave—, necesito bajarte los calzones para terminar tu azotaina como es debido.

Fuera de la casa del árbol, Fado y Tila luchaban por contener exclamaciones de sorpresa ante los furiosos golpes que Lenk aguantaba, risitas de regocijo al enterarse de que Medo era un llorón, lágrimas ante la desgarradora imagen de Lenk descargando su alma, y arrullos ante la tierna imagen de Sarina consolándolo.

Estaban seguras de que después de todo eso Sarina quedaría satisfecha. ¿Pero ahora una azotaina en el trasero desnudo? ¡Eso se reservaba solo para las ofensas más graves! Aunque, por otro lado, Lenk había roto una de las reglas cardinales de la Aldea Nibelung.

Y para su asombro, Lenk parecía aceptar su destino sin el más mínimo gemido de protesta. Las mejillas de Tila y Fado se apretaron mientras competían por una mejor vista. Entre las niñas de la Aldea Nibelung era unánimemente aceptado que Lenk era el más guapo de los chicos, a pesar de no ser él mismo un Nibelung.

Una voz aguda como canto de pájaro intervino:

—¡Oye! ¿Qué demonios estáis haciendo vosotras dos, bribonas?

Fado y Tila se balancearon peligrosamente en el peldaño compartido y soltaron una mano para cubrirse el trasero, como si Sarina fuera un espíritu vengativo que había venido a azotarlas en pleno aire. Se volvieron y encontraron a sus dos hadas compañeras. El hada de Tila tenía los brazos cruzados y

las alas revoloteando con firmeza. El hada de Fado tenía las manos en las caderas y daba golpecitos con el pie como si estuviera sobre un suelo invisible.

Tila y Fado se miraron, cada una esperando que la otra ofreciera una brillante explicación. Sus hadas no eran solo amigas; eran guardianas, consejeras, guías morales. Incapaces de defenderse, Tila y Fado miraron a sus hadas, esperando que alertaran a Sarina, tal vez incluso que les ordenaran subir la escalera y pedir educadamente que las azotaran delante de Lenk de inmediato.

Pero las dos hadas sonrieron con picardía y volaron para sentarse sobre las cabezas de sus niños Nibelung.

—¡Cómo os atrevéis a mirar esto… sin invitarnos!

El corazón de Lenk latía con anticipación. Había temido este momento, sabía que llegaría, pero aún había albergado la esperanza de que Sarina le ahorrara esta última indignidad. Pero la larga azotaina había erosionado su terquedad, de modo que ahora se encontraba listo para aceptar su destino. Sabía que esta era la parte final de su castigo y estaba decidido a soportarlo como un valiente Nibelung.

Sarina lo ayudó suavemente a ponerse de pie y metió la mano bajo la falda de su túnica para desatar los cordones que sujetaban sus calzones blancos. Las manos de Lenk volaron primero a los nudos.

—Por favor, Sarina… ¿Puedo hacerlo yo?

Sarina asintió y apartó educadamente la mirada, permitiendo que Lenk se bajara la ropa interior justo por debajo del trasero. Solo al deslizar los calzones se dio cuenta de lo incómodos que habían estado. Sujetó el dobladillo de la túnica por delante de la cintura, agradecido por el último jirón de modestia que le ofrecían los restos rasgados. Sintió que el rostro le ardía mientras permanecía allí, expuesto y vulnerable. Sin embargo, la brisa fresca que entraba en la casa del árbol resultó reconfortante contra su otro par de mejillas sonrojadas.

Lenk volvió a colocarse obedientemente en posición, levantando la parte trasera rasgada de su túnica como una

solapa ordenada para dejar al descubierto su trasero enrojecido. Justo cuando Sarina iba a comenzar, captó un destello de luz con el rabillo del ojo, como polvo de hada bajo el sol. Parpadeó y miró con atención hacia la escalera fuera de la puerta, pero al ver el trasero desnudo de Lenk ante ella, decidió concentrarse en la tarea y reanudar la azotaina, empezando con la mano, como si volvieran a comenzar desde el principio.

Sarina estaba satisfecha con las respuestas de Lenk a su interrogatorio. Si hubiera respondido con insolencia o excusas, habría planeado alargar el castigo todo lo necesario. Tal como estaban las cosas, Sarina estaba ansiosa por terminar el suplicio de Lenk, pero también decidida a no tener piedad hasta que su trasero brillara como una manzana roja.

Lenk ya sabía que le costaría trabajo sentarse durante los próximos días. Pero la vergüenza, la culpa, la humillación y el dolor contrastaban fuertemente con un nuevo conjunto de sentimientos: amor, seguridad… y valentía. Las lágrimas de Lenk regresaron. Apenas notó cuando Sarina hizo una pausa en las palmadas; el dolor acumulado de tantos golpes ya superaba su capacidad de distinguir cada uno.

Pero al sentir la madera fresca del cepillo acariciando su trasero y oír los golpecitos de advertencia, su último pensamiento fue de gratitud hacia Sarina y aceptación de su destino.

Después de agacharse justo a tiempo para evitar que Sarina las viera, Fado y Tila se atrevieron a levantar la cabeza lo suficiente para presenciar el gran final. Lenk aullaba y pataleaba mientras Sarina lo azotaba sin piedad con el cepillo, pero con solo una delicada manita sujetándolo en su sitio, ¡Lenk se negaba a moverse o protegerse gracias a pura fuerza de voluntad!

La diversión ilícita de su pequeña escapada había sido reemplazada hacía rato por una sensación de asombro y compasión. Las dos niñas querían correr al lado de Lenk para consolarlo o arrojarse a los pies de Sarina y confesar todo. Tila levantó más la cabeza, olvidando cualquier pretensión de esconderse, lista para gritar: «¡Por favor! ¡Azótame a mí en su lugar!».

Pero la fortuna intervino. Lenk pateó con tanta fuerza con el pie izquierdo que su bota salió volando por la habitación, atravesó la puerta abierta y golpeó a Tila en plena cara. Fado tuvo tiempo de ver lo que ocurría antes de que sucediera, pero no pudo reaccionar. Tila se agarró por reflejo a Fado, el peldaño en el que ambas estaban se quejó y se partió por la mitad, Fado se agarró por reflejo al peldaño superior, toda la escalera se desprendió de la plataforma y las cuatro cayeron al suelo en un revoltijo que terminó en un abrazo final de niñas, junto con las dos hadas que se aferraban desesperadamente al cabello de las chicas.

Lenk estaba tan concentrado en su castigo que no registró el alboroto, pero Sarina lo vio todo. Mirando hacia abajo a Lenk, examinó su obra. Con suavidad pero rapidez, levantó al niño sollozante de su regazo y le permitió apoyar la cabeza sobre el tocón.

Asomándose por el borde de la plataforma, Sarina reconoció a Fado y Tila, ambas inconscientes con expresiones aturdidas congeladas en la cara. Sarina hervía en silencio: «¡Qué día!».

Palmeó el pecho de su camisa para alertar a su hada y la envió a comprobar el estado de las dos espías. Como las hadas tenían magia curativa, no había nada más que Sarina pudiera hacer por ellas, así que decidió dedicar toda su atención a Lenk por el momento.

Lloriqueando, Lenk se secó las lágrimas con los antebrazos, aún intentando mantener la posición.

—¿Wah? ¿Qué pasó? ¿Pateé demasiado?

—No, tu escalera se cayó. ¿Tienes una de repuesto?

Lenk parpadeó, luego se sonó la nariz con la parte delantera de su túnica, luchando por recordar algo que no involucrara arrepentirse de sus fechorías y aceptar su merecido castigo.

—Sí, tengo una escalera de cuerda en la bolsa.

Sarina brilló de orgullo.

—¡Eres increíble, Lenk! Ve al rincón y espérame.

Los ojos de Lenk se dirigieron al bastón que descansaba en el rincón.

—¿Vas... vas a darme con el bastón ahora?

Sarina siguió su mirada hacia el bastón robado. Antes de la interrupción había estado muy tentada de darle una vara adicional o azotarlo con el bastón robado para premiar su robo con un toque final de justicia poética, pero Lenk había sido tan valiente, tan obediente y tan arrepentido que su corazón se derritió.

—No. Has soportado tu castigo con valentía, Lenk. Estoy orgullosa de ti.

Lenk levantó la vista hacia ella, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Gracias, Sarina. Siento lo que hice para merecerlo.

Sarina sonrió y le pasó un brazo por los hombros para guiarlo al rincón, antes de tomar ella misma el bastón robado y engancharselo en el cinturón. Tenía la ligera sospecha de que le vendría bien.

—Estás perdonado. Pero no olvides que aún le debes una disculpa a Viejo Nudo. Se lo devolveremos mañana. Si para entonces sigues sintiéndote culpable, puedes preguntarle si cree que mereces una vara. No te obligaré a pedírsela. Depende de ti. Quédate aquí y piensa en todo lo que ha pasado hoy hasta que venga a liberarte.

Lenk asintió mientras se subía los calzones, sintiéndose extrañamente reconfortado y perdonado a pesar de la perspectiva de una vara. Sarina se permitió disfrutar una última vez de la imagen de su pequeño amigo favorito cumpliendo su penitencia antes de volverse para atar la escalera de cuerda.

Cerró la puerta tras ella, sin querer exponer todavía a Lenk al terrible conocimiento de que había sido espiado. ¿Qué hacer, qué hacer?

Para alivio de Sarina, su hada informó que tanto Fado como Tila no habían sufrido heridas permanentes, aunque ambas estaban echando una siesta no programada.

Sarina apretó los labios ante el absurdo espectáculo de las cuatro traviesas amontonadas en la loma herbosa.

—¿Y sus hadas compañeras?

—Despiertas, pero con las alas un poco revueltas.

Sarina dejó caer la escalera de cuerda y no pudo evitar sonreír cuando el extremo de la escalera golpeó ligeramente el trasero levantado de Fado. ¡Señales y presagios de lo que estaba por venir! ¡Lástima que Fado no estuviera despierta para apreciarlo!

—Voy a acostar a Lenk. Las chicas podrán disculparse con él como es debido cuando las tres despierten de su siesta.

El hada de Sarina hizo crujir los nudillos y estiró los brazos imitando el gesto de azotar un trasero del tamaño de un hada.

—No olvides darles también una buena azotaina a sus hadas. Espiar a Lenk ya es bastante malo por sí solo, ¿pero un hada guardiana llevando a su Nibelung por mal camino? ¡Sea cual sea el castigo que les des, yo lo duplico! De hecho, no veo razón para esperar mientras sus Nibelung se recuperan.

Sarina soltó una risita ante la idea de tener un espíritu afín como guardiana. Lenk la miró con curiosidad cuando ella volvió a entrar en la casa del árbol, pero no se atrevió a preguntar ni a discutir, con el recuerdo reciente de la azotaina aún tan fresco en su mente.

—He tomado mi decisión. Voy a pedirle a Viejo Nudo que me dé con la vara. ¡Y también quiero pedirle al Sabio Árbol Anciano que me dé una vara!

Sarina dio un respingo, esperando que Lenk estuviera bromeando.

—No hace falta que seas un glotón del castigo, Lenk.

Lenk le lanzó una mirada decidida que no admitía discusión.

—¡No tengo miedo!

Sarina se encogió de hombros y le revolvió el cabello.

—Bueno, supongo que dejaremos que ellos decidan.

Lenk bostezó y se frotó los ojos caídos mientras Sarina lo liberaba del rincón y lo guiaba hacia la cama.

Sarina alargó la mano hacia el cuello de su túnica para quitársela por la cabeza.

—¡Tu ropa está hecha jirones! ¡Te la coseré!

Lenk se agarró al dobladillo de la túnica, ruborizado.

—¡No! Por favor, Sarina, ¡déjame a mí!

Sarina soltó la prenda, sintiéndose tonta.

—Ups. Lo siento, Lenk. La fuerza de la costumbre. Saldré a darte privacidad.

Fue un momento agridulce. Ella había vestido a Lenk cuando lo dejaron a su cuidado siendo un bebé. En un abrir y cerrar de ojos, sintió cómo aquellos días se habían ido para siempre.

Lenk dejó la ropa rasgada fuera de la puerta y asomó la cabeza por detrás de la cortina. Sarina se preguntó si aún era tímido para estar desnudo, hasta que vio que se había cambiado a una túnica y un gorro de repuesto.

—¿Sarina? Gracias... por todo.

Sarina respondió plantándole un beso en la frente y lo dejó para que tomara su siesta. Oyó el plof cuando él se lanzó en plancha sobre la cama después de su noche sin dormir en el Bosque Eterno.

Mientras Sarina bajaba la escalera, oyó a su hada reuniendo a las hadas de Fado y Tila, pellizcándolas a cada una por un ala mientras las guiaba.

—¡Oye! ¡Escuchad! ¡Qué vergüenza las dos! ¿Un hada tentando a su Nibelung a semejante perdición? ¡Es una deshonra para toda la raza de las hadas!

Justo cuando Sarina empezaba a levantar a Fado por la cintura, la rubia Nibelung se removió y murmuró con voz temblorosa:

—... Cinco minutos más, mami...

Sarina sonrió y le plantó un rápido azote en el trasero.

—¡Oh, excelente! ¡Estás despierta!

Fado chilló como un cachorro cuando el golpe la despertó. Acababa de salir de un sueño vívido en el que estaba inclinada sobre una rodilla y azotada delante de toda la Aldea Nibelung; Fado estaba demasiado asustada para hablar mientras registraba vagamente que su pesadilla se había convertido en realidad.

Para alivio de Fado, Sarina la dejó en el suelo, solo para darle otro firme azote y señalar hacia la casa del árbol de Fado.

—Marcha derecha a casa y espérame allí. Si tienes tanta curiosidad por cómo azoto a Lenk, no hace falta que espíes: ¡te lo mostraré en persona!

—¡Por favor, no me azotes delante de todos los demás Nibelung! —suplicó Fado.

Sarina fingió considerar la idea, como si Fado acabara de darle una idea maravillosa.

—Mmm… ¡Esa sería una forma justa de enseñarte a respetar la intimidad de los demás!

Sarina sacó el bastón de su cinturón, lo golpeó contra su palma abierta y se lo entregó a Fado: ¡la condenada debía llevar el hacha a su propia ejecución!

—Después de azotarte a ti y a Tila, os daré la oportunidad de disculparos con él en persona. Veremos si él cree que merecéis la dignidad de la intimidad. Pero en cualquier caso, recibiréis una vara adicional después de disculparos con Lenk. ¡Ahora marcha, Fado!

Fado obedeció, ya resignada a su destino, rezando desesperadamente para que Lenk le mostrara misericordia.

El hada de Sarina señaló con el pie a la todavía inconsciente Tila.

—Si vas a esperar a que esa se despierte, yo empezaré a darles una lección a estas dos.

Las dos hadas culpables temblaron tan violentamente que enviaron una lluvia de polvo de hada volando. Sarina asintió y

observó con orgullo cómo su hada se llevaba a las dos hadas descarriadas, que se cubrían sus diminutos y brillantes traseros.

Sarina suspiró con decepción al ver a Tila, todavía inconsciente y con una sonrisa tonta.

—Tut, tut, Tila. Sospechaba que Fado andaba espiando las azotainas de otros Nibelung. Pero de ti esperaba más.

Sarina había estado considerando pedirle a Tila que la acompañara y asumiera más responsabilidades en la Aldea Nibelung. ¡Simplemente había demasiados Nibelung metiéndose en líos últimamente!

Mientras cargaba con el cuerpo flácido de Tila sobre el hombro, Sarina repasó su lista de tareas: primero Fado y Tila, luego sus hadas, luego Medo (y él siempre era un puñado), luego Fado y Tila tendrían que disculparse con Lenk, lo que significaría otra azotaina para Fado y Tila, ¡lo que significaría otra azotaina para sus hadas!

Tila gimió y cambió de posición sobre el hombro de Sarina, como si estuviera sufriendo una azotaina imaginaria en el mundo de los sueños.

Sarina le plantó un juguetón azote de advertencia en el trasero levantado de Tila.

—Quédate quieta, Tila, ¡te estoy llevando a casa!

—… Lo siento, Sarina… —murmuró Tila adormilada.

Sarina puso los ojos en blanco y sonrió con cansancio. Era imposible seguir enfadada con un Nibelung arrepentido tumbado boca abajo esperando una azotaina, por travieso que hubiera sido.

Epílogo

Sarina tuvo un par de días muy ocupados. Empezó azotando a Fado mientras Tila se recuperaba. Cuando Tila despertó del todo, deseó no haberlo hecho al ver el espectáculo. Sarina le ordenó a Fado que tallara un letrero de madera que decía: «Me gusta espiar cuando otros Nibelung reciben azotainas». Eso le dio a Fado mucho tiempo para imaginar su futuro destino

mientras Sarina le administraba a Tila la primera azotaina del día. Tras una conversación seria, las dos niñas llorosas prometieron no volver a hacerlo nunca. Fado incluso confesó todas las azotainas que había espiado en secreto, con la esperanza de demostrar su sinceridad.

Sin embargo, Sarina volvió a sentar a Fado sobre su regazo para una segunda ronda con una cuchara de madera, y Tila todavía tuvo que tallar su propio letrero mientras esperaba su turno. El hada de Sarina no le permitió olvidar que debía repetir todo el ejercicio con las dos hadas descarriadas, pero Sarina ahorró tiempo azotándolas a las dos a la vez; su palma y la cuchara de madera cubrían fácilmente los dos diminutos traseritos.

Las chicas tuvieron que llevar los letreros alrededor de la cabeza mientras eran escoltadas a la casa del árbol de Lenk para disculparse y aceptar el veredicto de Lenk. Después de superar su sorpresa inicial, Lenk recibió permiso para ayudar a Sarina a azotar a las dos traviesas (y a sus hadas) con el cepillo de madera de saúco. Eso fue más que suficiente para que olvidara su irritación inicial. Cuando Sarina bromeó preguntando si Tila y Fado merecían una vara pública, Lenk estuvo dispuesto a dejarlas marchar sin vara alguna.

Sin embargo, Fado y Tila estaban profundamente arrepentidas por cómo habían tratado a Lenk. Tila pidió recibir una larga y dura azotaina en el trasero desnudo delante de toda la Aldea Nibelung para servir de ejemplo a los demás niños. Eso era un poco más de lo que Fado había negociado, pero cuando Sarina elogió a Tila por su madurez y valentía, Fado también se ofreció voluntaria para el castigo público. En ese punto, las dos hadas simplemente aceptaron que probablemente recibirían azotainas día y noche por parte del hada de Sarina solo para mantenerse al día. Fado y Tila fueron enviadas de puerta en puerta con sus letreros, anunciando la hora, el lugar y la razón de su castigo público a todos los Nibelung y hadas.

La azotaina pública de Fado y Tila se retrasó hasta el día siguiente. Sarina por fin consiguió llegar a la casa de Medo por la tarde y lo encontró paseando furiosamente. Al principio Medo argumentó con vehemencia que era demasiado importante para recibir una azotaina, pero Sarina insistió en que la azotaina no le serviría de nada si no tenía el valor de

enfrentarla. Para su agradable sorpresa, Medo pidió una azotaina y le ofreció su propio cinturón a Sarina. A pesar de su comportamiento de matón, Sarina sabía que Medo realmente quería ayudar a los demás Nibelung. Por supuesto, eso no le impidió dejarle el trasero hecho un tomate hasta que prometió no volver a molestar nunca más a Lenk.

Al día siguiente, Sarina acompañó a Lenk a disculparse con Viejo Nudo en el Bosque Eterno. Siguiendo la sugerencia de Lenk, Viejo Nudo estuvo demasiado encantado de inclinar a Lenk sobre su rodilla ramita como venganza por haber interrumpido su siesta. Lenk descubrió con pesar que la palma del viejo hombre-árbol era dura como un cepillo de madera y cada uno de sus dedos tan flexible y delgado como una vara. Lenk también se quedó de pie con las manos en las rodillas para recibir seis golpes del bastón de madera de saúco de Viejo Nudo. Cuando Viejo Nudo empezó a pontificar sobre cómo, en sus tiempos, los retoños traviesos también eran castigados recibiendo semillas chispeantes explosivas, Sarina intervino antes de que Lenk pudiera ofrecerse voluntario para castigos aún más creativos. El viejo hombre-árbol pareció satisfecho y le regaló a Sarina el bastón robado para que mantuviera a raya a los niños traviesos que se colaran.

Mientras ella y Lenk regresaban a casa de la mano, Sarina vislumbró al solitario niño espíritu de ojos rojos del Bosque Eterno, flotando sobre un cráneo enterrado en las sombras. Como Lenk estaba con ella, Sarina decidió ignorar al espíritu por ahora, pero tomó nota mental de preguntarle al Sabio Árbol Anciano sobre posibles métodos para capturar y azotar a Niños Calavera.

De vuelta en la Aldea Nibelung, Sarina le suplicó a Lenk que la ayudara a terminar la vara de Tila y Fado, y Lenk aceptó con reticencia. Odiaba ver a ningún otro Nibelung sufriendo, pero sabía que Sarina estaba abrumada. Imagina la sorpresa de Lenk cuando no solo Fado y Tila, sino también Medo, llegaron al círculo de piedras para aceptar una azotaina pública. Al descubrir que Lenk actuaría como ayudante de Sarina, Medo casi se echó atrás enfurruñado, pero una mirada de Sarina y unas risitas y comentarios burlones fueron suficientes para convencerlo de quedarse: y en más de un sentido.

De pie con las manos detrás de la cabeza, su letrero alrededor del cuello proclamando su vergüenza y el trasero al descubierto, Tila observaba nerviosa cómo Sarina tomaba a Fado sobre su regazo y Lenk tomaba a un pálido Medo sobre el suyo en medio del círculo de piedras, rodeados de curiosos espectadores. Tila vio que Sarina le guiñaba un ojo, antes de dar el primer azote a Fado. No era exactamente alentador, pero al recordar el valor de Lenk ante su propio castigo merecido, Tila sintió un alivio. Estaba lista para enfrentar lo que venía.

Con dos azotadores obligados a turnarse para castigar a cinco azotados, el castigo público duró toda la tarde, y Sarina simplemente insistió en empezar el castigo desde el principio: primero con la mano, luego con el cepillo, la cuchara de madera, el cinturón, un manojo de varitas finas proporcionado por el propio Sabio Árbol Anciano, una pala tallada por los Hermanos Sabelotodo y, por último, la vara final con el bastón de madera de saúco. El hada de Sarina se aseguró de que las hadas de Fado y Tila recibieran azotainas continuas, como habían estado recibiendo durante el último día y noche (los traseros de hada son sorprendentemente resistentes gracias a su magia curativa).

Al final, todos los Nibelung felicitaron a Medo, Fado y Tila por haber aguantado sus golpes, e incluso Lenk y Medo se estrecharon la mano. Mientras observaba la imagen de los tres traseros desnudos y bien azotados marchando de regreso a casa, Sarina se felicitó por un trabajo bien hecho.

El trabajo de la Pequeña Madre nunca terminaba, ¡y ella no lo querría de otra manera!

[Fin]

Belleza en el Vientre de la Bestia

Capítulo I: El Gran Pez

«Ayúdenme. Estoy atrapada dentro del vientre de Lord Dag-Gadol.

—Lapis

P.D.: ¡No se lo digan a mi padre!»

Habían pasado un día y una noche desde que Lenk y Neviah encontraron el mensaje dentro de una botella mientras pescaban en el Lago de Avalón. Lenk pensó que se trataba de una broma hasta que se topó con dos pescadores merrow (una ocupación muy adecuada para dos «hombres-pez», pensó Lenk al ver sus escamas y aletas). Tras mostrarles la extraña nota, descubrió que Lapis era el nombre de su princesa y que llevaba dos días desaparecida. Lord Dag-Gadol, resultó ser un gran pez sagrado, famoso por su sabiduría entre todos los merrow.

Después de una semana explorando los territorios alrededor del Dominio Merrow en busca de pistas sobre el paradero del mágico Zafiro Merrow, esta era la única señal que Lenk había encontrado hasta ahora. Tras algo de persuasión, los dos pescadores merrow decidieron que un chico capaz de pescar tantos peces no podía ser tan malo… para ser avalonio. Así que accedieron a guiarlo hasta el palacio del Rey Merrow.

Con el corazón decidido, Lenk sabía que tenía que salvar a la princesa a cualquier precio… incluso ignorando las instrucciones de la Princesa Lapis y contándoselo a su padre, el Rey Merrow de Bon XVI.

Los gruesos bigotes de bagre del rey temblaron mientras examinaba la nota.

—¡Ho, esta carta! ¡Es de la Princesa Lapis! Hmmm… Veamos… ¿Está dentro de Lord Dag-Gadol? ¡Eso es imposible! Nuestro dios guardián, Lord Dag-Gadol, jamás se comería a mi querida Princesa Lapis. Pero desde que llegó ese extraño, Madoc

Dracomere, Lord Dag-Gadol ha estado un poco verde alrededor de las branquias…

Lenk esperó mientras el rey parecía meditar. Esperó unos segundos más. Y luego unos cuantos más. Justo cuando Lenk iba a abrir la boca, el rey se enderezó, haciendo que su enorme barriga se agitara con fuerza.

—La evidencia parece clara. Por supuesto que irás a buscar a Lapis. Puedes pasar por aquí hasta el altar de Lord Dag-Gadol. Yo me quedaré con esta carta. Tú guarda la botella en la que venía. Trátala con respeto… ¡Merrow!

Al rey le costó varios intentos mover su tremenda mole del asiento y apartarse lentamente, abriendo el camino hacia el altar oculto detrás de su trono acuático.

El rey exhaló con fuerza por el heroico esfuerzo de mover su gordo trasero.

—¡Muweep! ¡Ahí tienes, muchacho! ¡Ahora, corre! Ah… y si descubres que la Princesa Lapis ha desobedecido y ha vuelto a jugar dentro de la boca de Lord Dag-Gadol, dile que está en graves problemas. ¡Y que puede esperar una buena azotaina de su papá en cuanto llegue a casa!

El Rey Merrow levantó una delgada mano palmeada y la bajó con énfasis, pero sus brazos no alcanzaban más allá de su enorme barriga.

—Hmmm… aunque, pensándolo bien, tal vez no haya desobedecido. Espero que no esté dentro del vientre de Lord Dag-Gadol. Odio tener que azotarla… ¡Ese era el tipo de cosas que solía encargarle a su madre!

Lenk, que solo escuchaba a medias, asintió con furia mientras intentaba pasar junto a la prodigiosa cintura del rey.

—¡Sí, señor! ¡Estoy feliz de ayudar! ¿Y qué hay del Zafiro Merrow?

El rey detuvo su esfuerzo por bajar del trono, dejando a Lenk peligrosamente atrapado entre una roca y un lugar blando y regordete.

—¿Hmm? ¡Sí, sí! ¡Es un artefacto magnífico! Además, ahora que lo pienso, como eres un joven tan servicial, ¿podría imponerte una pequeña petición? Si… ¡y solo si! Pero, como digo, si descubres que mi querida Princesa Pez Globo se ha escapado de casa para volver a jugar dentro de la boca de Lord Dag-Gadol, ¿serías tan amable de… castigarla en mi lugar? ¡No es que crea que sea culpable! Es una niña encantadora, ¡igual que su madre! Solo menciono esta posibilidad por respeto a los grandes esfuerzos que ya has hecho y por deferencia a tu necesidad de actuar en mi nombre, como su padre, in loco parentis, ¡por supuesto! Si surge la necesidad y ella realmente, verdaderamente lo merece, tienes mi permiso para azotarla.

Lenk asintió con furia, luchando por pasar junto al rey hacia la salida.

—¡Sí, señor! ¡Solo si desobedeció! ¡Entendido! ¿Y sobre el Zafiro Merrow?

—¡Oh! Ya habrá tiempo para hablar de eso una vez que mi maravillosa princesita puffi esté a salvo. ¡Esto es excelente! Me preguntaba cuándo aparecería un joven capaz preguntando por el Zafiro Merrow. ¡Ni siquiera me molesta que seas avalonio!

Neviah se preguntaba de qué demonios hablaba el Rey Merrow, pero antes de que pudiera preguntar, Lenk se abrió paso junto al enorme glúteo máximo del rey, gritando:

—¡Sí, señor! ¡Rescatar a la Princesa Merrow, encontrar la joya, llevarla a casa!

—Y azotarla… ¡solo si es necesario! —añadió el Rey Merrow, bajando la cabeza al pensar en que alguien tuviera que castigar a su querida hija.

—¡Correcto! ¡Solo si es necesario! —respondió Lenk, ignorando al rey mientras corría por el ornamentado pasillo arqueado hacia el sanctum oculto.

El altar de Dag-Gadol era un gran estanque prístino rodeado de altas formaciones rocosas imposibles de escalar. Al acercarse, Lenk se sorprendió cuando un pez gigantesco, más grande que cualquier ballena, surgió del agua y apoyó la cabeza en el muelle de madera elevado, como un cachorro amistoso y expectante pidiendo una golosina.

Neviah rebotó ligeramente contra la parte trasera de la gorra de Lenk.

—¡Vamos, Lenk! ¡Sé educado!

Sin saber muy bien cómo dirigirse a un pez divino gigante, Lenk hizo una reverencia.

—Eh… ¿Gran Dag-Gadol? Busco a la Princesa Lapis. ¿La has visto?

La madera del muelle crujió bajo el peso del pez, que sacudió claramente la cabeza de arriba abajo: ¡Sí!

Lenk saltó en el aire con un alegre «¡Whoop!» de triunfo, antes de recordar hacer otra reverencia respetuosa.

—En ese caso, ¿puedo verla?

Con un grave y retumbante gemido, Dag-Gadol sacudió la cabeza de lado a lado: ¡No!

Molesto, Lenk levantó la cabeza de golpe, olvidando ser deferente, y miró a Neviah buscando respuestas.

—Bueno… ¿entonces qué se supone que debo hacer?

—¡Lenk! ¡Cuidado! —chilló el hada.

Mientras Lenk miraba hacia otro lado, Dag-Gadol había lanzado la cabeza hacia delante. Sus labios golpearon húmedamente a Lenk con tanta fuerza que el chico cayó de espaldas sobre su trasero. Al oír un terrible gruñido, Lenk agarró la empuñadura de su espada, solo para ver que Dag-Gadol retrocedía al agua y rodaba de lado. Lenk se dio cuenta de que el sonido no era un rugido de batalla, sino que provenía del estómago del gran pez.

Frotándose el coxis magullado, Lenk se levantó y se limpió la baba de la cara.

—¿Estás… hambriento?

Dag-Gadol asintió de nuevo con otro gemido parecido al canto de las ballenas, pero esta vez Lenk notó una cualidad triste y dolorosa en el grito del gran pez. No era de extrañar que los merrow lo veneraran.

Lenk miró el bacalao avalonio seco y salado que colgaba de su bolsa, destinado a su cena. Lord Dag-Gadol lo observaba con hambre. Lenk lo balanceó delante de él. El vientre del pez gruñó de nuevo, pero no se movió.

—Eh… ¿Pescadito, pescadito, pescadito? —canturreó Lenk, sintiéndose más estúpido a cada segundo.

Al oír la voz cantarina de Lenk, Dag-Gadol golpeó la cabeza contra el muelle con tanta fuerza que Lenk tuvo que sujetarse con la mano libre. Sintió una ráfaga de aire caliente que olía a huevos podridos cuando el gran pez abrió la boca de par en par, lo suficientemente grande como para tragarse un caballo entero del rancho de Melonie de un solo bocado. Lenk sintió náuseas, pero Dag-Gadol lo miró con ojos urgentes e inteligentes.

Neviah agitó las alas, emocionada.

—¡Oh! ¿Recuerdas la nota? «¡Estoy atrapada dentro del vientre de Lord Dag-Gadol!» Pero ¿cómo vamos a…? ¡Espera! ¡Lenk! ¿Qué estás haciendo…?

Antes de que Neviah pudiera reaccionar, Lenk saltó hacia las fauces del gran pez. Neviah corrió tras él justo cuando la boca se cerró de golpe, con su luz de hada como única fuente de iluminación.

Neviah golpeó con sus puñitos la gorra de Lenk, con la fuerza de un gatito.

—¡Lenk, eso fue una locura! ¿En qué estabas pensando?

—¡Estaba escuchándote! —respondió Lenk con total sinceridad.

Antes de que Neviah pudiera entrar en modo sermón completo, luces amarillentas enfermizas, cada una del tamaño de una cabeza humana, comenzaron a brillar a su alrededor, contrastando fuertemente con la carne rojo-rosada de la boca y la lengua de Dag-Gadol.

Lenk se protegió los ojos del brillo inquietante.

—¿Qué son esas?

—¡Úlceras jari-jiri! Las causan parásitos. Pero… ¡nunca había visto ni oído de unas tan grandes!

—¿Son peligrosas?

—Las úlceras en sí no, pero las dejan infestaciones de jari o jiri que entierran sus huevos en la carne. Una normal podría darte una descarga eléctrica que pica como una avispa, ¿pero de ese tamaño? —Neviah chilló de asco y se escondió bajo la gorra de Lenk—. Si ves algo que parezca una medusa voladora, ¡no lo toques! ¡Te electrocutará!

—Gracias, Neviah —Lenk sonrió mientras envainaba su espada y sacaba su bastón de madera de cuarto. Había encargado a un herrero cocorico que lo modificara para llevarlo fácilmente. En lugar de una sola rama, tenía un mango metálico en el centro con ranuras que encajaban dos bastones más pequeños, perfectamente equilibrado para usarse desde el centro o desde cualquiera de los extremos.

Lenk dio unos cuantos golpes de práctica para calentar los brazos.

—¡Veamos si un jiri puede electrocutar la madera!

¡Hablando del diablo! Una gran úlcera en el fondo de la garganta de Dag-Gadol se hinchó y reventó, revelando una criatura parecida a una medusa chorreante, con piel azul translúcida brillante y largos tentáculos colgantes como hilos.

Sin querer darle tiempo al monstruo flotante para orientarse, Lenk lo golpeó con el bastón y vio un chispazo de electricidad. Mortalmente herido, el jiri cayó al suelo con un silbido amenazante, liberando una segunda descarga al tocar la lengua temblorosa de Dag-Gadol.

—¡Pobre Lord Dag-Gadol! ¡Debe estar sufriendo mucho! —pensó Lenk en voz alta.

Neviah asomó la cabeza bajo la gorra de Lenk.

—¿Y nosotros? ¿Cómo vamos a salir de aquí?

Lenk se encogió de hombros y miró hacia atrás.

—Volver no es opción. Tendremos que explorar más adentro y encontrar a la Princesa Lapis. Si aún está viva, tal vez sepa cómo hacer que Dag-Gadol abra la boca.

Neviah hizo una mueca.

—¿Explorar más adentro? ¿Hasta dónde piensas llegar…?

Antes de que pudiera terminar la pregunta, Lenk saltó garganta abajo de Dag-Gadol y su última pregunta se perdió en un largo chillido.

Aterrizaron con un suave thump al final del esófago, que se abría horizontalmente a una gran caverna con paredes cubiertas de gruesos pliegues de carne ondulada: el revestimiento de su estómago. Abajo, un ácido amarillo-verdoso siseaba suavemente. Lenk rio, con el corazón acelerado por la adrenalina. Al oír a Neviah teniendo un ataque bajo su gorra, le dio unas palmaditas suaves.

—No te preocupes, Neviah. ¡Estamos vivos! ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Una voz delicada respondió, aparentemente de la nada.

—Bueno, ya era hora de que alguien viniera a rescatarme. ¡Tú! ¿Quién eres?

A pesar de lo frágil que sonaba la voz, Lenk notó un claro tono sarcástico. No se parecía a ninguna voz humana. Tenía el mismo sonido fino y susurrante que las voces de los pescadores merrow que había conocido, pero mucho más aguda.

Lenk se rascó la cabeza buscando el origen de la voz.

—¡Soy Lenk, del Bosque Nibelung!

La voz respondió con aire regio, como si rebotara en las paredes del estómago de Dag-Gadol.

—Soy Lapis, Princesa de los Merrow.

Lenk se asomó con cuidado por el borde del esófago y vio varios salientes redondeados naturales más abajo. De pie en uno de ellos, con la espalda contra la pared, había una joven

merrow de la edad de Lenk. Su primera impresión fue que su cabeza parecía la de un tiburón, pero cuando ella se volvió, se dio cuenta de que era una ilusión óptica. De frente, su bonito rostro era el de una joven frágil, aunque bastante furiosa, con orejas en forma de aleta. Pero por detrás, su «cabello» era como la cresta del cráneo de un tiburón martillo, con un segundo par de ojos. ¡Literalmente tenía ojos en la nuca!

Lenk sonrió y extendió una mano para ayudarla a subir.

—¡Ah! ¡Ahí estás, Princesa Lapis! Encontré tu carta en una botella. ¡Tu padre está muy preocupado por ti!

Los ojos de la Princesa Lapis se abrieron de par en par antes de bufar y levantar la nariz.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que mi padre te pidió que vinieras a salvarme? ¡Nunca le pediría eso a nadie! ¿«Carta en una botella»? ¡No tengo idea de qué hablas! ¿Mi padre está preocupado por mí? ¡Me da igual! De todos modos, ahora no puedo volver a casa. Y tú…

La princesa Lapis pateó con su pie palmeado y ladró:

—¡Lárgate de aquí! ¿Entendido?

Al patear, perdió el equilibrio y resbaló unos metros por la pared del estómago.

—¡Ooooh, nooooo! ¡Idiota!

Aterrizó de cola en un saliente inferior, solo a unos metros por encima del líquido humeante y burbujeante del fondo del estómago. La princesa se levantó, frotándose la cola detrás de sus dos aletas caudales parecidas a faldas.

—¡Qué mocosa! —chilló Neviah, pero Lenk levantó un dedo: su señal para completo silencio. Señaló otras úlceras brillantes en la pared, con parásitos tan cerca de eclosionar que se movían dentro.

Lenk se bajó con cuidado al primer saliente, esperando poder alcanzarla desde allí.

La Princesa Lapis lo vio descender y dejó rápidamente de frotarse el trasero, adoptando un aire altivo y autoritario.

—¿Sigues merodeando por aquí? ¡Te dije que te largaras!

Mientras su voz resonaba en la caverna, Lenk vio que algunas úlceras temblaban, como si las criaturas dentro despertaran. Agitó la mano desesperadamente para silenciarla.

—¡Shhh! ¡Estoy aquí para ayudar! Si tú…

No acostumbrada a que un chico plebeyo la mandara callar, la Princesa Lapis continuó su perorata.

—¡Estoy bien! ¡He estado entrando en el vientre de Lord Dag-Gadol desde que era pequeña! ¡Le encanta que alguien le limpie los dientes y de verdad me escucha! Pero…

Ajena a las úlceras temblorosas, la princesa bajó la cabeza y su enfado se desvaneció.

—Lord Dag-Gadol ha estado muy extraño últimamente… Normalmente me escupe si caigo demasiado profundo, pero es como si tuviera la garganta atrapada. Hay medusas eléctricas y extraños agujeros por todas partes…

Al mencionar las medusas, Lenk señaló desesperadamente la pared de úlceras cercana.

La Princesa Lapis puso los ojos en blanco.

—¡Por supuesto que sé de ellas! ¡Llevan días persiguiéndome por la garganta de Dag-Gadol! Además, mi piedra preciosa estaba… pero…

Al mencionar su «piedra preciosa», la Princesa Lapis se tapó la boca con la mano y le lanzó a Lenk una mirada venenosa.

—¡Eso no es asunto tuyo! De todos modos… ¡Tú! ¡Vete a casa ahora mismo! ¿Entendido?

Neviah susurró al oído de Lenk:

—¿Una piedra preciosa? ¡Tiene que ser el Zafiro Merrow! ¡Tienes que convencerla de que nos deje llevárselo a la Princesa Isolde!

Lenk hizo una mueca. Si la piedra preciosa era el Zafiro Merrow y la Princesa Lapis temía que Lenk quisiera robársela, sus preocupaciones estaban bien fundadas. Lenk había esperado

en privado que el Rey Merrow le ofreciera la piedra como regalo por rescatar a su hija, pero si pertenecía a la princesa y no al rey, eso complicaba sus planes.

Lenk bajó una mano para ayudarla a subir.

—Por favor, vuelve conmigo a ver a tu padre. Si has perdido algo, puedo volver yo solo y encontrarlo. ¡Te prometo que te lo devolveré!

Neviah se acurrucó detrás de su oreja y susurró tan bajo que solo Lenk pudo oírla:

—¿Qué estás haciendo? ¡Si le prometes eso, no podremos llevarnos la piedra!

Neviah sabía que el sentido del honor de Lenk hacía que su palabra fuera sagrada. Por un lado, deseaba que Lenk simplemente mintiera y dijera lo necesario para convencer a la princesa. Por otro, era su responsabilidad actuar como su conciencia. No podía, en buena fe, decirle que rompiera su palabra.

Lenk movió la oreja para silenciar la interrupción de Neviah.

Ajena a la conspiradora de Lenk, la Princesa Lapis parpadeó, conmovida por la oferta caballerosa, y levantó una delicada mano como si esperara que él la besara.

—¿Estás tan preocupado por mí? ¡Entonces te concederé el honor de cargarme!

Con una sonrisa triunfal, Lenk la agarró por la muñeca y se preparó para subirla, pero la Princesa Lapis tiró de su brazo con todo su peso. Pillado por sorpresa, Lenk resbaló del saliente húmedo y cayó de golpe contra el suelo del estómago con un slap húmedo. Escupió un asqueroso y picante pegote mientras levantaba la cara del suelo, solo para ver a la Princesa Lapis mirándolo desde arriba con aire de mando.

—Sin embargo… no me iré hasta encontrar lo que busco. ¡Más te vale creerme!

Lenk se limpió la boca, sintiendo náuseas por el sabor.

—De acuerdo. ¿Dónde fue la última vez que viste esa… cosa importante?

La Princesa Lapis lo miró de arriba abajo, como evaluándolo, antes de sonreír.

—La última vez que la vi fue hace una semana cuando…

Al oír eso, Neviah ya había tenido suficiente. Salió volando de la gorra de Lenk y se plantó delante de la nariz de la princesa.

—¿La perdiste aquí hace una semana? ¡Pero los merrow dijeron que solo llevabas un par de días desaparecida! ¿Por qué no se lo dijiste a tu padre o a los demás merrow?

Sorprendida por la aparición de un hada furiosa, la Princesa Lapis se quedó sin palabras.

—¡Bueno! Supuse que si esperaba lo suficiente, Lord Dag-Gadol podría devolverla tosiendo… o… bueno, luego su enfermedad empeoró y apenas ha comido en días. ¡No sabía qué más hacer!

Neviah pateó el aire.

—¡Ugh! ¡O sea que no querías admitir que la habías perdido! ¡Pensé que esa cosa era importante para ti!

Ante eso, el temperamento de la Princesa Lapis estalló.

—¡Espera, eso no es justo, tú… cosa luciérnaga! ¡Es muy importante para mí! Era la piedra de mi madre…

La Princesa Lapis se mordió el labio y añadió rápidamente:

—Mira, hace una semana, mientras lo alimentaba, de repente me tragó. Me sorprendí tanto que la dejé caer dentro. Me puse muy triste cuando Lord Dag-Gadol se la tragó… ¡Pero nunca había bajado más allá de su úvula hasta hace dos días! Fue entonces cuando aparecieron las medusas y me persiguieron hasta la garganta inferior. He registrado bien la garganta, así que estoy bastante segura de que ha pasado al estómago y luego al intestino delgado de Lord Dag-Gadol.

Neviah voló en furiosos espirales alrededor de la cabeza de la princesa.

—¡Oh, genial! ¿Y se supone que debemos contener la respiración y nadar por sus tripas?

Lenk se divertía viendo a otra persona sufrir la ira de su hada guardiana por una vez.

La Princesa Lapis se protegió la cabeza de los inofensivos golpes del hada.

—¡Ay! ¡No te atrevas a ponerme una mano encima! Mira, ¡no tenemos que hacerlo! ¿No ves que Lord Dag-Gadol está peligrosamente deshidratado? Sus tripas estarán secas y vacías. ¡Lo único que tiene que hacer Lenk es cargarme a través del estómago y entraré y saldré!

Lenk dudó al ver el líquido burbujeante y chisporroteante acumulado en el fondo del estómago de Lord Dag-Gadol.

—Pero princesa, el ácido del estómago me corroerá si intento cargarte.

Lapis resopló.

—No seas ridículo. No es tan fuerte. Solo te hará cosquillas un poco.

Lenk miró a Neviah con curiosidad. El hada examinó el ominoso charco con recelo.

—Bueno, si es ácido estomacal normal, una exposición breve no te quemaría. ¿Pero y si el sistema digestivo de Lord Dag-Gadol es más fuerte que el de una persona normal?

La Princesa Lapis agitó una mano con desdén.

—¡Bah! ¡Llevo años alimentando a Lord Dag-Gadol! —El dorso de su mano golpeó accidentalmente el diminuto trasero de Neviah con la fuerza suficiente para desviarla unos centímetros.

—¡Oye! —gritaron Lenk y Neviah al unísono mientras Lenk protegía a su hada.

La Princesa Lapis miró al hada con arrepentimiento. No había querido que el gesto fuera más que juguetón.

—¡Lo siento mucho! No quise… Quiero decir, todo el mundo sabe que el ácido estomacal no es lo bastante fuerte como para derretirte. ¡Piensa! ¿Por qué no ha hecho un agujero en el estómago de Lord Dag-Gadol? Y, de todos modos, ¡no podemos volver sin mi piedra preciosa!

Lenk tragó saliva nervioso, pero miró a Neviah y le dio un silencioso asentimiento. Nerviosa, Neviah devolvió el gesto y regresó bajo la gorra de Lenk. En silencio, los dos amigos habían llegado a un acuerdo. Para conseguir la piedra, Lenk tendría que confiar en la experiencia de la Princesa Lapis.

Sentándose, Lenk se quitó las botas de cuero y las metió en su mochila.

La Princesa Lapis entrecerró un ojo, como si estuviera loco.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Si mis botas se empapan de ácido, se desharán en unos días, por débil que sea. Y de todos modos no protegerían mucho mis pies. —Lenk se colgó la mochila al pecho, se inclinó y dejó que la Princesa Lapis trepara a su espalda y le rodeara el cuello con los brazos.

Al levantarla y rodearle las piernas con los brazos para sujetarla, la Princesa Lapis soltó un adorable «¡Yip!».

Cuando Lenk metió un dedo del pie tentativamente en el ácido, no sintió un dolor agudo. Para su alivio, solo le hizo cosquillas un poco.

—¿Ves? Te dije que no sería tan malo —dijo la Princesa Lapis con suficiencia.

Lenk puso los ojos en blanco y avanzó con paso firme por el charco. Calculó que incluso en el punto más profundo solo le llegaría al pecho superior. Sin embargo, al llegar a la mitad, notó que la sensación de cosquilleo en los pies había aumentado gradualmente hasta convertirse en un suave ardor.

Con un impulso, corrió hacia el otro lado, ignorando las protestas de la Princesa Lapis, que le rodeó el cuello con los brazos con fuerza.

—¿Qué haces? ¡Más despacio! ¡Más despacio, antes de que me caiga!

Lenk luchaba por respirar mientras el escozor subía por sus pantorrillas y muslos.

—¡No tan fuerte! ¡Te tengo, solo déjame…!

Pero la Princesa Lapis no escuchaba. Lo abrazó tan fuerte por el cuello que tiró de su peso hacia atrás, haciendo que su trasero y aletas caudales se hundieran en el ácido detrás de ellos. Al mínimo contacto, los ojos de la Princesa Lapis se abrieron como platos.

—¡Yik! ¡Quema! ¡Date prisa! ¡Date prisa!

Mientras luchaba por mantener el equilibrio, Lenk sintió que su agarre resbalaba en la pierna derecha de Lapis.

—¡Por favor, no me sueltes! —gimió Lapis justo cuando el ácido superó el pecho de Lenk y cubrió ambas piernas. Al retorcerse, su pierna se soltó del agarre de Lenk y su torso inferior se hundió en el ácido.

Por reflejo, Lenk cerró los ojos, sumergió toda la cabeza bajo el ácido, ajustó su agarre para que las piernas de Lapis descansaran sobre sus hombros y se impulsó hacia arriba y adelante hacia la orilla del otro lado del estómago. Aún con los ojos bien cerrados, Lenk ahuecó las manos bajo las caderas de la Princesa Lapis, justo debajo de sus nalgas inferiores, y la levantó por encima de su cabeza para lanzarla físicamente a salvo. Ella gritó mientras volaba por el aire, aterrizando de cara al otro lado, con la cola en alto y aún chisporroteando por el breve contacto con el ácido.

Lenk oyó un crujido sobre su cabeza mientras avanzaba a ciegas hacia la orilla, escupiendo.

Neviah entró en acción.

—¡Lenk! ¡Los jiri se están despertando! ¡Van a por ti!

En cuanto intentó abrir los ojos, Lenk sintió algo húmedo y pegajoso golpeándole la cabeza, seguido de una descarga eléctrica que le recorrió el cuerpo. ¡Un jiri le había atacado la cara! Sacando su bastón de madera de saúco, Lenk hizo lo

único que se le ocurrió: empujó la cabeza hacia delante para sumergir al monstruo en el ácido con él, luego golpeó con el extremo del bastón el cuerpo de la bestia aturdida para liberarse.

Luchando a ciegas, oyó a Neviah gritar una advertencia:

—¡Más vienen! ¡El primero detrás de ti y a tu derecha!

Balanceando el bastón detrás de él mientras avanzaba por el ácido, Lenk sintió que su golpe conectaba contra otra bestia voladora. ¡El nivel bajaba! ¡Ya casi estaba!

—¡Dos más! ¡El primero a tu izquierda! ¡El segundo justo encima de ti, va a por tu cuello! —Lenk logró golpear al primero con un amplio arco a la izquierda, luego hizo un gesto rápido para golpear con el extremo del bastón su propio cuello y empujar hacia arriba, justo antes de que el último jiri pudiera enredarle el cuello con sus tentáculos.

Cuando sintió que su pie pisaba la orilla opuesta, algo le agarró el brazo y lo jaló hacia delante. La voz borrosa de Lapis lo llamó:

—¡Te tengo, lento! ¡Por aquí!

Oyó un sonido de succión y algo húmedo y carnoso rozó sus brazos y piernas antes de caer de bruces sobre un suelo esponjoso.

La voz de Neviah sonó como un canto angelical.

—¡Se están retirando! ¡Lo logramos, Lenk! ¡Oh no! ¡Tus ojos! ¡Déjame curarte! ¡Oh, Lenk! ¡Pobrecito!

Lenk sintió el polvo de hada de Neviah salpicarle los ojos y se arriesgó a abrirlos. Sintió que el escozor del ácido desaparecía al instante alrededor de los ojos y suspiró aliviado. Entonces se dio cuenta de que sus ojos eran literalmente la única parte de su cuerpo que no ardía como loco. Se atrevió a mirar rápidamente. Sus pies y piernas estaban rojo remolacha, y el resto de su cuerpo era de un rosa brillante, desde la ingle y el trasero hasta el pecho.

Al sentir una segunda oleada de ardor, Lenk comprendió que su ropa estaba empapada de ácido. Con un rugido, se arrancó la

túnica y los calzones, ignorando los chillidos de Lapis, que se cubrió los ojos mientras sus mejillas se ponían azul cielo.

—¿Estás loco? ¿Qué estás haciendo?

Ni siquiera tenía aliento para gritar. Lenk se quedó a cuatro patas, temblando mientras la segunda oleada de ardor se desvanecía y era reemplazada por una nueva sensación. En el Bosque Nibelung, Lenk había sufrido una vez una fuerte quemadura solar en la espalda por trabajar demasiado tiempo al sol, y Medo le había dado una palmada burlona. Todo su torso inferior, desde la punta de los dedos de los pies hasta el pecho superior, además de los antebrazos, se sentía exactamente igual. Los hombros y la cara también le picaban, aunque no tanto.

Luchando contra el dolor, Lenk intentó evaluar racionalmente los daños. Sus piernas aún funcionaban, pero eso no disminuía en absoluto su deseo de gritar.

Oyó a Neviah intervenir:

—Menos mal. Son mayormente superficiales. Las quemaduras se curarán solas... en unos días.

—... Gracias, Neviah —respondió Lenk educadamente, negándose a descargar su rabia en quien no lo merecía. En ese preciso momento, una voz aguda y estridente de merrow interrumpió sus pensamientos—. ¿Podrías ponerte algo de ropa, por favor? ¡Estás en presencia de una doncella!

Lenk parpadeó y se volvió para encontrar a la Princesa Lapis frotándose las piernas y el trasero con una mano mientras fallaba en cubrirse ambos ojos con la otra.

Lenk revisó su mochila, no buscando ropa, sino esperando aún tener una poción curativa de Ciudad Castillo. La magia de Neviah era útil en situaciones de vida o muerte, pero era un recurso precioso y servía de poco para quemaduras normales.

—¿Neviah? ¿Dónde estamos? ¿Seguimos en el estómago?

—Creo que esto es la entrada al intestino delgado. Su alteza real te arrastró a través de una puerta de aspecto asqueroso. ¡Ugh! ¡Sigue abriéndose y cerrándose pulsando!

Lenk miró hacia atrás y, efectivamente, la «puerta» era un anillo circular de músculo que se abría al estómago. Lenk alcanzó a ver el lago de ácido estomacal antes de que volviera a cerrarse.

Lapis resopló, mirando con furia a Neviah.

—¡No es una puerta! ¡Es el esfínter pilórico de Lord Dag-Gadol! ¿Es que no sabes nada?

Neviah volvió al modo ataque, zumbando alrededor de la cabeza de Lapis como un avispón.

—¡Oh! ¡Por supuesto! ¡Qué tonta soy por llamar «puerta» al esfínter pilórico de Lord Dag-Gadol! ¡Claro, ahora que lo pienso, este «suelo» y este «techo» son solo los pliegues del revestimiento intestinal, así que por qué no caminamos todos por el techo!

Lenk ignoró a las ruidosas mujeres mientras rebuscaba en sus suministros. Para su alivio, tenía dos pociones curativas rojas y el ácido no había empapado sus pertenencias. Sacando un trapo, limpió las últimas gotas de ácido y le ofreció a Lapis tanto un trapo como una botella de poción curativa.

—¡Ponte! ¡Algo! ¡De ropa! —chilló ella, arrebatándole el trapo y frotándose furiosamente el trasero, que parecía haber tenido la exposición más larga al ácido.

Deseando tener un baño entero de poción curativa, Lenk concentró la que tenía en los pies y piernas, que habían sufrido más daño. El rojo furioso se volvió rosa brillante y empezó a picar de nuevo.

¡Maravilloso! Eso significaba que la poción curativa estaba funcionando lo suficiente para que volviera a sentir dolor en las piernas. ¡Unos días así y estaría como nuevo!

Lenk encontró un juego de ropa de repuesto y se vistió, agradecido de haber guardado su único par de botas antes.

Ahora que por fin estaba decente, la Princesa Lapis le lanzó una mirada ardiente, con las mejillas (las dos) aún azul brillante.

—¡Qué poco considerado! ¿Cómo pudiste soltarme así?

Lenk la miró de arriba abajo, esperando que no estuviera tan herida como él. Al ver las quemaduras azul vívido en sus piernas y trasero, se preguntó si los merrow tendrían la piel más fina que los nibelung como él.

—Te resbalaste de mi agarre.

Los ojos de Lapis se encontraron con los suyos y, con una mueca, se volvió para ocultar su trasero de mayor inspección.

—Si eres un hombre, ¡actúa como tal! ¡Asume la responsabilidad!

Lenk inclinó la cabeza.

—Lo siento por soltarte. ¡Me alegra que estés a salvo!

Ante una disculpa tan sincera, Lapis se relajó y volvió a su tono burlón anterior.

—¿Y qué hay de eso de agarrarme por el… y lanzarme a la orilla como si fuera una captura para el mercado? ¿En qué estabas pensando?

Lenk mantuvo firme contacto visual hasta que Lapis lo miró.

—No tuve tiempo de pensar. Actué. Tenía que sacarte del ácido.

Sin poder pensar en más argumentos, Lapis sintió que sus piernas temblaban al recordar lo cerca que había estado. No pudo sostenerle la mirada y miró su trasero chamuscado, sintiéndose de pronto agradecida de estar viva, quemaduras en las aletas o no.

—Bueno, ¡podría haber sido peor! ¡Eso fue increíble! ¡No puedo creer que lo hayamos logrado! ¡No tenía idea de que el ácido estomacal de Lord Dag-Gadol fuera tan poderoso!

Cuando Lapis se volvió para sonreírle a Lenk, Neviah apareció de la nada delante de ella.

—¿No tenías idea? ¡Eso no era ácido estomacal normal! ¡Dijiste que lo sabías todo sobre Lord Dag-Gadol!

Lenk negó con la cabeza.

—No es culpa suya. Sabía que era un riesgo cuando lo acepté. Además, tal vez sea peor de lo habitual porque está muy deshidratado. —Ante eso, Neviah pareció calmarse y regresó volando junto a Lenk.

Lapis levantó las cejas (o mejor dicho, las delicadas escamas que tenía en lugar de cejas).

—Sí, eso tiene sentido. Sabía que Jabu-Jabu tenía un sistema digestivo fuerte, pero esto fue mucho peor de lo que esperaba.

Neviah volvió a plantarse nariz con nariz con Lapis.

—¿Más fuerte de lo que esperabas? ¿Sabías que Jabu-Jabu tenía un sistema digestivo fuerte? ¿Qué se supone que significa eso?

La Princesa Lapis parpadeó y movió la cabeza con arrogancia.

—Bueno, Dag-Gadol ha estado vomitando, así que he intentado evaluar su condición probando el contenido ácido de la bilis. Sabía que algo le estaba causando úlceras, solo que no tenía idea de la magnitud.

Por fin, una grieta fina apareció en la estoica resolución de Lenk.

—Espera, ¿así que sabías que era peor de lo habitual y no te molestaste en mencionarlo? ¡Dijiste que el ácido estomacal normal no debería ser peligroso!

Lapis hizo un mohín y respondió con el tono de una maestra sabia explicándole algo obvio a un alumno particularmente torpe.

—¡Lo cual es perfectamente cierto! Sabía que corríamos un riesgo, solo… ¡asumí que no sería tan malo!

Neviah estaba a punto de responder, pero Lenk habló primero.

—¿Arriesgaste mi vida sin saber la verdad? ¡Deberías habérmelo dicho!

Lenk respondió tan rápido que sorprendió al hada, acostumbrada a que Lenk fuera lento para expresarse. También reconoció inmediatamente el tono de voz de Lenk.

Suave, controlado, pero peligroso, como cuando estaba a punto de entrar en una pelea.

Desafortunadamente para la Princesa Lapis, ella no conocía a Lenk tan bien como Neviah. Como Lenk no levantó la voz, Lapis no detectó la ira contenida detrás de sus palabras.

Estaba avergonzada de haber sido pillada en su mentira y demasiado terca para admitir que había hecho algo mal. Cruzó los brazos.

—Bueno, si estás tan molesto, ¿por qué no vas y se lo cuentas a mi padre, el Rey de los Merrow?

Se dio una palmada juguetona en el trasero.

—Tal vez incluso me dé una azotaina por mentir.

Lapis hizo una mueca al sentir un cosquilleo residual de la palmada juguetona. ¿Por qué tenía que tener la piel tan fina?

Pero al mirar a los ojos de Lenk, sintió un tipo de cosquilleo muy diferente.

De pronto se dio cuenta de que él hablaba en serio.

Lenk estiró los brazos, sintiendo otra protesta furiosa de sus quemaduras.

—No, no voy a delatarte, Princesa Lapis.

Neviah se dio cuenta de lo que estaba a punto de pasar antes que Lapis. Sin querer interrumpir, se alejó volando para buscar un buen asiento desde donde ver el espectáculo.

Lapis exhaló aliviada, hasta que sintió que Lenk la agarraba firmemente por la muñeca con la mano izquierda. Lenk la llevó más lejos de la puerta al lago de ácido (también conocido como esfínter pilórico), hasta que se detuvieron a salvo en un saliente. Lapis estaba a punto de explicar que ese saliente se llamaba «duodeno» y exigir que Lenk la soltara de inmediato, antes de que Lenk se volviera hacia ella con una mirada que la hizo cerrar la boca de golpe.

—Tu padre ya sabe que te escapaste. Fue él quien me envió a buscarte. Creo que también sabe que has estado jugando en la

boca de Dag-Gadol, pero era difícil saberlo. Pero ahora tengo una idea bastante clara de por qué me rogaste en tu carta que no se lo contara a tu padre.

Los ojos de Lapis se movieron de izquierda a derecha, buscando una escapatoria.

—¿Él… él sabe? ¿Le mostraste mi…?

Se aclaró la garganta, intentando parecer tranquila.

—… Quiero decir, ¿qué carta?

Lenk dejó caer su mochila al suelo para usarla como cojín, se sentó encima y no soltó la muñeca de Lapis ni un instante.

—Una carta en una botella que decía: «Ayúdenme. Estoy atrapada dentro del vientre de Lord Dag-Gadol. Firmado: Lapis. P.D.: ¡No se lo digan a mi padre!». Sí, lo sabe, y no está contento. Tal vez haya otra Lapis atrapada en el vientre de un pez divino gigante en alguna parte que tampoco quiere que su padre se entere. Todo lo que sé es que tu padre me pidió que te buscara, te llevara a casa sana y salva y te diera una buena azotaina por desobedecer… si era necesario.

—Lenk, no puedes hablar en serio —dijo ella con voz temblorosa, mientras su mano libre volaba a cubrir su trasero quemado y azul.

Con un suave tirón, Lenk guio a Lapis hacia delante y la colocó sobre su regazo, sujetándola con la mano derecha para dejar libre la izquierda. Hizo un punto de soplarse la palma como para calentarla, para que Lapis pudiera verlo.

Forcejeando débilmente contra el brazo derecho de Lenk y dándose cuenta de que estaba a merced de este feroz chico, la mente de Lapis corrió buscando cualquier ruta de escape.

—¡Espera! Se supone que debes llevarme a casa sana y salva, ¿verdad? ¿No podemos esperar hasta entonces? ¡Estoy segura de que eso es lo que papá quiso decir!

Era el mejor ardid que se le ocurría, pero tal vez, solo tal vez, una vez que Lenk la llevara a casa, su padre se ablandaría y la dejaría solo con una regañina. Así habían sido las cosas desde que su madre falleció.

Lenk levantó la mano izquierda bien alto.

—No te preocupes, te daré la azotaina que te mereces una vez que te lleve a casa sana y salva.

Lapis tembló de alivio e intentó levantarse del regazo de Lenk, solo para sentir que su mano derecha la sujetaba fácilmente en su lugar.

Lapis apenas sintió la primera palmada. Sintió el impacto, pero el escozor no registró. Pero lo oyó resonando en las paredes cavernosas detrás de ella como un trueno y, al darse cuenta de qué era, se quedó en silencio por la impresión. Luego sintió el escozor cuando la quemadura furiosa en su trasero protestó.

Lenk hizo una pausa, dándole a Lapis un momento para considerar en cuántos problemas estaba metida y dejar que la realidad calara: eso era lo que sentía una buena palmada. Lapis ya sentía lágrimas asomando en sus ojos.

—Pero no voy a esperar hasta que lleguemos a casa para darte tu primera azotaina, Princesa. Las instrucciones de tu padre fueron azotarte si era necesario. ¡Necesitas aprender una lección ahora mismo!

—¡Lenk, por favor! ¡No puedes hacer esto! —lloró ella, mirando por encima del hombro para que Lenk viera su labio tembloroso. ¡Los ojos de cachorrito triste siempre funcionaban con papá cuando se metía en problemas en casa!

Al ver que Lenk levantaba la mano para dar la segunda palmada, gritó:

—¡No! ¡Soy una prin…! —Pero era demasiado tarde.

Antes de que pudiera recordarle a Lenk que era, efectivamente, una princesa, la segunda palmada cayó y la Princesa de los Merrow comprendió finalmente su situación. Su actitud altiva, que funcionaba tan bien entre los demás merrow, no le servía de nada aquí. No la había protegido de los peligros en el vientre de Dag-Gadol y no la protegía ahora mientras estaba tumbada sobre la rodilla.

La palmada más ligera habría sido suficiente para enviar una ola de dolor a través de su trasero chamuscado, pero los músculos de Lenk estaban endurecidos por el ejercicio diario.

Esta vez, Lapis fue plenamente consciente del escozor de la palmada, que se sumaba al latido residual de la sensible quemadura por ácido.

Cuando la mano de Lenk conectó con su trasero por tercera vez, el cuerpo de Lapis se tensó ante el feroz impacto y su rostro se contrajo mientras intentaba soportar la primera y segunda oleada de dolor que recorría todo su trasero, aletas caudales y piernas.

Lenk vio que su mano izquierda dejaba una marca blanca brillante en sus nalgas antes de que rápidamente se volviera de un azul océano más profundo. A primera vista, Lenk había esperado que la carne de una merrow se sintiera viscosa y con olor a pescado. En cambio, descubrió que el trasero de Lapis era fresco y húmedo, pero también suave al tacto.

Por su parte, Lapis encontró que la mano de Lenk se sentía sorprendentemente cálida y áspera comparada con la palma de su madre. Finalmente, Lapis comprendió que estaba en problemas. Pero sus instintos reales se negaban a aceptar lo que ya sabía en el fondo.

En su corazón, Lapis sabía que merecía una azotaina y estaba lista para aceptarla, tal vez rezar para que Lenk le mostrara misericordia si mostraba contrición.

Pero la Princesa Lapis pensó que sabía mejor: ¡Tenía que haber una forma de salir de esto!

—¡Esto no es justo! ¿Y qué si te quemaste un poco? ¡Yo también me quemé, sabes!

Lenk hizo una pausa y miró a Lapis con curiosidad.

—¿No es justo? ¡Tienes razón! ¡No quiero ser injusto contigo!

Rebuscó algo en su mochila debajo de él.

Lapis sintió un cosquilleo de emoción. Cuando los ojos tristes no funcionaban, ¡usar su voz mandona siempre lo lograba!

—Sí... ¡Tú no estás en posición de azotarme, avalonio!

—Y tú no estás en posición de contestarme, Princesa — respondió Lenk con severidad, sacando un grueso cepillo de

madera de su mochila. En el dorso llevaba el sigilo nibelung que representaba al Sabio Árbol Anciano, tallado y pintado de rojo a mano.

Los ojos de Lapis se abrieron con horror al darse cuenta de para qué servía. Ningún merrow tenía cabello, pero aun así, la Reina Merrow había tenido un cepillo de nácar, regalo de la familia real de Avalón. Y mientras su madre vivió, las frecuentes travesuras de la Princesa Lapis habían hecho que su trasero conociera muy bien el dorso de un cepillo robusto.

Un insulto murió en sus labios y soltó un chillido cuando Lenk la azotó a un ritmo más rápido. Cada golpe sordo del cepillo era mucho más intenso que las palmadas anteriores y podía sentir las ondas extendiéndose por su trasero azul como grandes olas oceánicas.

Lenk hizo una pausa en la azotaina para sermonearla:

—¿Qué hiciste mal, Princesa?

La mente de Lapis corrió. Los ojos tristes de cervatillo no habían funcionado. Los insultos no habían funcionado. Afirmar su autoridad no había funcionado. ¡Piensa, Lapis, piensa!

Recordó la última vez que había estado sobre las rodillas de su madre, cómo se había disculpado profusamente, prometiendo que había aprendido la lección, y su madre finalmente había cedido.

Intentando ocultar la mezcla de dolor y miedo en su voz temblorosa, Lapis respondió con lo que esperaba fuera un tono educado y sereno.

—Lo siento, Lenk. No debería haberme escapado y ponerme en peligro. Sabía que estaba desobedeciendo a mi padre al jugar en la boca de Dag-Gadol. ¡Y sabía que debería haberle dicho a alguien cuando perdí la… el regalo de mi madre!

Lenk consideró su disculpa, con la mano aún sosteniendo el cepillo de forma amenazante. Lapis sabía que el destino de su trasero pendía de un hilo, esperando que su disculpa fuera suficiente para terminar la dolorosa lección que estaba recibiendo. Sintió un par de golpecitos de advertencia suaves en cada nalga por turno. Incluso esos fueron suficientes para despertar el ardor continuo.

El fuego y el calor eran fenómenos relativamente extraños para los merrow. Cuando una madre merrow quería dar una advertencia severa a un niño travieso, amenazaba con «¡ponerte la cola en llamas!».

Cuando era muy pequeña, Lapis había ignorado una vez la advertencia de su madre de no tocar las velas encendidas mientras visitaban la corte de Avalón. Al quemarse el dedo, la pequeña princesa descubrió el significado de la palabra «fuego», y cuando fue llorando a su madre con el dedo quemado, volvió a aprender el significado de la palabra sobre las rodillas de su madre.

El recuerdo de esa llama de vela estaba fresco en la mente de Lapis mientras sentía cada suave golpecito del cepillo.

—Princesa Lapis. Respóndeme con sinceridad. ¿Crees que tu padre estaría satisfecho con la azotaina que acabo de darte como castigo por desobedecerle?

Con dos lágrimas frescas brillando en sus mejillas, la Princesa Lapis sonrió con coquetería. ¡Esta era su oportunidad de terminar su suplicio!

—Sí, estoy segura de que estará muy contento con el trabajo que has hecho castigándome. He aprendido mi lección sobre escaparme.

¡Era cierto! A papá nunca le gustaba ver a su princesa azotada. Claro, la reina podría haber continuado bastante más en la situación de Lenk, pero ¡la Princesa Lapis no estaba mintiendo!

Lenk sonrió.

—Muy bien.

Justo cuando Lapis suspiraba de alivio, él la pilló desprevenida azotándola de nuevo con el cepillo, esta vez en ambas nalgas inferiores, donde la quemadura por ácido era más severa.

—Te he castigado lo suficiente por escaparte, tal como tu padre me pidió. Pero ahora voy a azotarte de nuevo por ser grosera y por mentirme sobre el ácido, hasta que estés realmente, verdaderamente arrepentida.

Lenk azotó su nalga izquierda y derecha en rápida sucesión. Justo cuando el significado de las palabras de Lenk empezaba a calar, Lapis sintió que el cepillo se hundía en su carne. Podía distinguir incluso la impresión de la imagen tallada en el dorso. Y entonces el ardor se intensificó.

Eso fue todo. De pronto, Lapis recordó lo que era ser una niña sobre las rodillas de su madre. Todos los pensamientos sobre su posición como princesa se quemaron lentamente. Sobre el regazo de Lenk, Lapis no era más que una niña traviesa.

Mientras Lenk daba los siguientes diez golpes, ella lloró, rugió, suplicó, pero Lenk ralentizó el ritmo con el cepillo, lo que solo le dio tiempo para sentir cada golpe dejando un ardor persistente.

No había podido contener las lágrimas desde el principio, pero Lapis había logrado resistir el impulso de derrumbarse por completo. Al sentir que su resolución empezaba a quebrarse, Lapis finalmente recordó lo único que no había intentado: disculparse de corazón.

—¡Pero… lo siento! ¡De verdad, lo siento!

Lenk detuvo el siguiente golpe con el cepillo a mitad de camino, de modo que el cepillo golpeó suavemente su objetivo (lo que aún era más que suficiente para despertar las quemaduras).

—¿Oh? Eso es un buen comienzo, Lapis. En ese caso, sosten esto por mí y no lo sueltes.

Lapis miró con curiosidad el cepillo mientras Lenk lo bajaba frente a su cara y la ayudaba a cerrar los dedos alrededor del mango.

—¿Huh? ¿Por qué me das esto?

—Por si lo necesito más tarde. Si realmente lo sientes, me lo devolverás cuando te lo pida.

Lapis tragó saliva y agarró el cepillo con fuerza con ambas manos, temiendo lo que pasaría si lo dejaba caer.

Lenk ajustó su posición para que el torso inferior de Lapis descansara sobre su pierna derecha, con la cintura sujeta bajo

su brazo derecho. Probó el nuevo ángulo dando palmaditas casi cariñosas en su trasero con la mano izquierda.

—Dime, estas aletas caudales, ¿alguna vez te azotan en ellas?

Lapis miró por encima del hombro. Desde este ángulo, su cara descansaba contra la tela suave de la mochila de Lenk y apenas podía distinguir la mano izquierda de Lenk dando palmaditas curiosas en sus aletas caudales. Lapis tembló al recordar esa misma vista exacta sobre las rodillas de la Reina Merrow.

—Bueno, cuando era realmente traviesa, mamá solía azotarme en las aletas, piernas y trasero con la mano, luego levantaba mis aletas sobre mi espalda y terminaba con el cepillo solo en el trasero.

—¿Ah sí? ¡Pues parece que hacía un trabajo minucioso! Me gustaría conocerla. ¡Tal vez podría darme algunos consejos!

Los ojos de Lapis se llenaron de lágrimas frescas, olvidando el dolor en su trasero.

—Tú… no puedes conocerla… Ella… ¡ya no está!

Lenk se rascó su cabello rubio.

—¿También está desaparecida?

Neviah se cubrió la cara con las manos. Cada vez que Lenk abría la boca, encontraba la forma de meter la pata.

En su enfado, las lágrimas de Lapis se evaporaron mientras ladraba:

—¡Está muerta, idiota!

Lenk se sonrojó por su error.

—¡Oh! ¡Lo siento mucho, Princesa Lapis! ¡No lo sabía!

Hubo un silencio incómodo.

Lapis de pronto fue consciente de su extraña posición. Aquí estaba, en lo profundo de las tripas de Lord Dag-Gadol, tumbada sobre las rodillas de un terco chico campesino del mundo exterior, que se disculpaba con ella con una sinceridad

estúpida y dulce, como si él fuera el que estuviera en problemas.

—Suspiro… Te perdono, Lenk.

Lenk examinó su entorno.

—Sabes, pensándolo mejor, tal vez esto debería esperar hasta que te lleve a casa.

Lapis se negó a moverse de su posición sobre la rodilla derecha de Lenk.

—¡Oh, no! ¡Eres inútil! ¿Dijiste que tenías que hacerlo en nombre de mi padre? Bueno, mi madre siempre me azotaba en nombre de papá, ¡y de ninguna manera ella dejaría algo a medias! ¡Si eres un hombre, termina lo que empezaste!

Lenk se sintió perdido.

—Pero… tu madre no era un hombre, ¿verdad?

Arriba, Neviah estaba doblada de risa contenida. ¡Lapis por fin empezaba a caerle bien!

Lapis frunció los labios, mitad divertida, mitad molesta.

—¡Por supuesto que no! ¡Pero si estuviera aquí, eso es exactamente lo que te diría!

Lenk asintió.

—¡Oh! En ese caso, Princesa Lapis, ¿dirías que tu madre te azotaría con la mano y el cepillo por cómo te comportaste hoy?

La chica-pez se quedó helada, teniendo un momento de comprensión repentina al darse cuenta exactamente hacia dónde iba esto. Hacía un momento se había sentido mucho más lista que Lenk. Sin embargo, aquí estaba el inescapable cepillo, justo en sus manos. Recordó sus palabras sobre cómo le demostraría que realmente lo sentía devolviéndoselo cuando se lo pidiera.

—¿S-sí?

Lenk palmeó de nuevo sus aletas caudales, intentando recuperar el ritmo perdido.

—En ese caso, intentaré actuar como si la Reina Merrow estuviera aquí observándome. ¿Estás lista, Princesa Lapis?

Lapis sorbió por la nariz.

—Sí… ¡señor! —añadió el honorífico, recordando las instrucciones de su madre de siempre responder educadamente mientras estaba en esa posición.

Con una sonrisa, Lenk comenzó de nuevo, concentrando sus palmadas en las aletas caudales de Lapis. Si su trasero demasiado humano era como una almohada, las aletas caudales eran como dos mantas flexibles. Las golpeó lentamente a cada una hasta que se pusieron de blanco a azul zafiro, luego las apartó suavemente, como descorriendo cortinas para revelar una pálida luna azul brillante.

Al sentir que Lenk apartaba sus aletas caudales, Lapis levantó suavemente el trasero para que él pudiera meterlas bajo su cintura antes de volver a acomodarse. Lenk quedó impresionado por la resolución de Lapis. Su primera impresión había sido que era una llorona y una mocosa, pero ahora le estaba mostrando un nuevo lado de sí misma, que era extrañamente sumiso y valiente a la vez.

Sin embargo, Lenk también estaba decidido a no dejarla levantarse hasta que Lapis derramara lágrimas frescas de arrepentimiento. Se reprendía a sí mismo por haber hecho preguntas tan estúpidas y se sentía motivado por el desafío de superar el alto nivel establecido por la madre de Lapis.

Lenk examinó su objetivo. Efectivamente, las marcas azules de las quemaduras por ácido se veían dolorosas, pero los lados de sus nalgas estaban más pálidos gracias a la protección que sus aletas caudales habían proporcionado tanto contra el ácido como contra la palma de Lenk. Lenk decidió igualar el color hasta que cada centímetro del trasero de Lapis coincidiera con el azul zafiro de sus quemaduras, y comenzó con un golpe descendente en el lado lejano de la nalga izquierda de Lapis.

Lapis apretó los dientes para contener sus protestas mientras las lágrimas regresaban. No se sentía menos tonta que Lenk y estaba igual de ansiosa por demostrar su resolución, pero sentía una carga añadida: vergüenza. El ritmo lento y constante de la azotaina le había dado tiempo para pensar en todo, y la

sensación fresca de las palmadas aterrizando en los lados de sus nalgas y muslos hacía que pareciera que su castigo empezaba de nuevo desde el principio.

El centro de su trasero, que había sufrido más daño tanto por quemaduras como por golpes, ahora latía constantemente. Sintió que su enfado volvía a subir, sintió el deseo de gritar maldiciones y comentarios cortantes. Otra parte de ella estaba tentada a llorar lágrimas de cocodrilo y apelar a su misericordia.

¡Solo quería que esta azotaina terminara ya!

Pero, en su mente, Lapis tuvo una visión. Había tres versiones de sí misma en diferentes caminos y podía elegir su camino. Podía elegir no actuar como una mocosa. Podía elegir no actuar como una princesa. Podía elegir hablar desde el corazón. Lloró libremente mientras gritaba:

—¡Por favor! ¡Perdóname, Lenk! ¡Seré… seré una buena chica!

Lenk dio una palmada final en el centro de su trasero antes de hacer una pausa.

—Te perdono, Lapis. Ahora, pásame el cepillo.

Los ojos de Lapis se abrieron parpadeando y el cepillo en sus manos parecía oculto detrás de una cascada brumosa de sus propias lágrimas. Sollozando, levantó el cepillo por encima de su cabeza y se lo ofreció obedientemente a su disciplinador. Los ojos de tiburón martillo en la parte posterior de su cabeza le daban una excelente visión periférica. Mientras se derrumbaba llorando libremente, enterrando la cara entre sus manos, vio lo que ningún niño excepto un merrow podría ver jamás: una vista cristalina de su propio trasero mientras Lenk levantaba el cepillo alto y lo bajaba una y otra vez, dejando ronchas que florecían como un campo de violetas azules.

Como anfibios, los merrow almacenaban agua extra en su piel para mantenerse hidratados fuera del agua. Mucho después de que un niño normal hubiera llorado todas sus lágrimas, las lágrimas de Lapis fluían libremente como dos cascadas. Se retorcía, se agitaba, temblaba, pateaba, pero no se cubría el trasero ni huía. Vio, oyó y sintió cada uno de los diez últimos golpes que Lenk le dio con el cepillo.

Después de que Lenk contara silenciosamente el décimo golpe con el cepillo, tuvo piedad de Lapis. Su disculpa había sido sincera y, estuviera o no de acuerdo la Reina Merrow con Lenk, decidió que Lapis había recibido más que suficiente.

—Está bien. Puedo notar que realmente lo sientes por el sonido de tu voz. Ahora, hay una cosa más que necesito darte.

Lapis levantó la vista nerviosa y gimió:

—¿Es… otra azotaina?

Lenk la levantó y la giró suavemente para que se sentara en su regazo, le dio un cálido abrazo y luego se apartó dándole palmaditas en la espalda.

—Tranquila, Princesa Lapis. Ya terminó.

Al sentir sus puntos de asiento bajar al regazo de Lenk, Lapis soltó un chillido y saltó un poco en su lugar, antes de rodear los hombros de Lenk con los brazos para soportar su peso y dejar que su trasero chamuscado colgara ligeramente por encima y sobre el borde de su regazo.

—Creo… ¡creo que mamá estaría satisfecha con eso!

De pronto consciente de lo infantil que se sentía, Lapis se sonrojó y se levantó, rompiendo el abrazo de Lenk.

—¡Bueno! ¿Ahora qué vas a hacer?

Habiendo disfrutado enormemente del espectáculo, Neviah regresó al lado de Lenk.

—¿Vamos a llevar a la Princesa Lapis a casa ahora?

Lenk examinó su entorno.

—Hemos llegado hasta aquí, deberíamos intentar encontrar la Zor… eh, la piedra preciosa de Lapis. Tal vez podamos averiguar qué está causando la enfermedad de Lord Dag-Gadol.

Lapis sorbió para ocultar una lágrima, luego fingió que su trasero tierno y hormigueante no le afectaba en absoluto.

—¡Por fin dices algo con sentido! ¡Y no se te ocurra tener ideas de quitármela! ¡Pareces demasiado interesado en la piedra de mi madre!

Lenk se llevó una mano al corazón.

—Tienes mi palabra. Nunca te la robaría.

Neviah gruñó. Su chico era un idiota tan sincero que la enorgullecía ser su hada.

Ansioso por actuar, Lenk agarró la mano de Lapis y marchó a paso rápido, arrastrándola detrás de él.

—¡Vamos, Princesa!

Los ojos de Lapis se abrieron de par en par, pero mientras se frotaba el trasero con la mano libre, su boca se curvó en una sonrisa tonta.

—¡Oh! ¿No podrías cargarme, por favor? Quiero decir… ¡no me arrastres así! ¡No soy un juguete con cuerda!

Neviah levantó la voz.

—¿Quieres otra azotaina? ¡Intenta mantenerte en movimiento!

Pero antes de que Neviah pudiera terminar, Lenk se detuvo y levantó suavemente a Lapis en brazos.

Las alas de Neviah se crisparon.

—Lenk, no tienes que dejar que te mande.

Lenk se encogió de hombros, completamente ajeno a cómo Lapis apartaba la mirada de él con timidez, sonrojándose intensamente.

—Me lo pidió amablemente. Además, ¡así puedo moverme más rápido!

Finalmente, Lapis pudo mirar a Lenk a los ojos.

—Lenk… ¿todavía vas a azotarme de nuevo después de llevarme a casa sana y salva?

Lenk frunció el ceño, como si la respuesta fuera obvia.

—Sí, Princesa.

Lapis sintió un cosquilleo de emoción que coincidía con el cosquilleo en sus piernas y cola.

—… ¡Oh! ¡Por supuesto!

Rodeó los hombros de Lenk con los brazos para apoyarse de nuevo, antes de añadir con voz ronca:

—¿Prometes que no lo olvidarás? ¡Espero que cumplas tu palabra!

Lenk levantó las cejas.

—Bueno, si lo olvido, ¿me lo recordarías?

—¡Hummph! ¡Imagínate olvidar algo tan importante! ¿Eres un hombre de palabra o no?

Lenk sonrió radiante.

—Honraré mi palabra. ¡Prometo que no lo olvidaré!

Lapis hundió la cabeza en el pecho de Lenk, recordando las palabras que su madre le dijo hace mucho tiempo, cuando le entregó el Zafiro Merrow. «Esta piedra representa el corazón de nuestro pueblo. Tu padre me la dio como regalo de compromiso. Nunca se la ofrezcas a un hombre, a menos que sea a un hombre al que puedas respetar, un hombre que honre su palabra… y por favor no la pierdas, ¡o te daré una azotaina!»

Lapis inhaló, captando el extraño aroma salado del salvaje chico avalonio. ¡Por fin, aquí había un hombre de palabra!

[Fin del Capítulo I]

Belleza en el Vientre de la Bestia

Capítulo II: Un Voto Sagrado

En su búsqueda compartida para encontrar la piedra preciosa de la Princesa Lapis, Lenk y Lapis vivieron una serie de aventuras emocionantes y conmovedoras. Después de que los dos amigos fueran emboscados y separados por un monstruoso Bigocto que rampaba dentro de los intestinos de Lord Dag-Gadol, Lenk empezó a sospechar que había magia oscura de por medio. Lenk recorrió el intestino delgado del pobre Lord Dag-Gadol hasta encontrar la fuente: un repulsivo monstruo gelatinoso con tentáculos que Neviah reconoció como un jarinade, el origen de la infestación.

Al ver que la bestia tenía a la Princesa Lapis en sus garras, Lenk cargó gallardamente al ataque. Desafortunadamente, no podía tocarla con su espada sin electrocutarse. Lenk pensó que estaba perdido hasta que Lapis reveló que ella también tenía algo en sus propias garras. ¿Un bumerán?

—¡De verdad! Las cosas que se encuentran aquí abajo. Menos mal que Lord Dag-Gadol es tan glotón —rugió Lapis mientras Lenk esquivaba desesperadamente los ataques del monstruo, usando el bumerán para atacarlo a distancia.

Tras derrotar a la abominación, recuperaron la piedra preciosa de Lapis, que efectivamente era el místico Zafiro Merrow. («¡Qué sorpresa!», añadió Neviah con sarcasmo.)

Afortunadamente, el poder de la piedra mágica los teletransportó fuera de las tripas de Lord Dag-Gadol sin necesidad de terminar el tour por el tracto digestivo del pez divino, salpicándolos a ambos en las aguas del lago.

Con la aventura terminada, la Princesa Lapis bostezó como si hubieran terminado un paseo ordinario por el parque en una primera cita, luego nadó hacia Lenk para mirarlo directamente a los ojos, balanceándose con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—¡Tú! Te veías genial… Más genial de lo que esperaba, de todos modos… ¡Solo un poco! Bueno, en fin, me salvaste, así que supongo que te recompensaré. ¿Qué deseas? Solo dime…

Lenk señaló la joya brillante, tres zafiros engastados en un marco de oro.

—Quiero esa Piedra Espiritual.

Lapis sintió que el estómago le daba un vuelco.

—¿Te refieres a la Piedra del Agua, verdad? Mi madre me la dio y me dijo que solo se la entregara al hombre que será mi esposo. ¡Podrías llamarla el Anillo de Compromiso de los Merrow! ¡Está bien! Te daré mi posesión más preciada… ¡el Zafiro Merrow!

—¿… Anillo de compromiso? —preguntó Neviah, pero ya era tarde. Lenk aceptó la joya con entusiasmo y la levantó en alto, triunfante.

Lapis le guiñó un ojo y salió del agua.

—No se lo digas a mi padre… —Luego, se adelantó saltando delante de Lenk, tarareando una dulce melodía para sí misma.

Neviah esperó hasta que Lapis estuviera fuera del alcance del oído y se volvió hacia Lenk.

—Lenk… ¿sabes qué es un anillo de compromiso?

Lenk guardó la piedra y su sonrisa tonta desapareció.

—¿Huh? No entendí muy bien de qué hablaba, ¡pero por fin he recolectado las tres Piedras Espirituales! ¡Mi misión para ayudar a la Princesa Isolde a derrotar a Madoc casi ha terminado!

Neviah suspiró.

Lenk levantó una ceja.

—¡No te preocupes, Neviah! Sé que es la posesión más preciada de la Princesa Lapis. En cuanto la Princesa Isolde termine de usarla, le devolveré el «anillo de compromiso» de Lapis sano y salvo.

Neviah no respondió. Lenk de pronto se preguntó si se estaba perdiendo algo.

—Eh... ¿Neviah? ¿Debería saber qué es un anillo de compromiso?

Neviah rebotó juguetonamente en su gorra una vez antes de volar delante de él.

—Habrá tiempo de sobra para eso más tarde.

Ojalá cuando seas unos años mayor, pensó Neviah.

Lenk y Neviah corrieron por el pasillo de regreso al palacio del Rey Merrow, solo para encontrar el enorme trasero del rey bloqueando la salida. Podían oír su voz amortiguada desde detrás del arco.

—Ya veo. Así que sí desobedeciste después de todo. Estoy muy decepcionado, ¡Princesa Lapis! ¿Qué diría tu madre?

Lenk se rascó la cabeza.

—Eh, ¿Su Majestad? ¿Podría dejarnos pasar, por favor?

—¿Hmm? ¡Oh! ¡Nuestro héroe ha llegado! ¡Un momento, muchacho! ¡Un momento! ¡Muweep! ¡Muuuhweeep!!!

Neviah hervía en silencio mientras oía al rey gruñir e intentar mover su mole lejos de la salida, sin saber si estaba más molesta con el arquitecto o con el corpulento rey.

—Dime, ¿quién diseñó este palacio?

—¡Muweep! ¿Oh? ¡Yo diseñé la mayor parte! La mayoría de los merrow no confían mucho en el papel, ¡pero soy un buen dibujante cuando estoy fuera del agua! ¿No es precioso el enrejado?

Neviah observó cómo el trasero del rey se apretaba unos centímetros a través del precioso enrejado del arco.

—¡Espectacular! ¡Perfecto! ¡Eres un pez fuera del agua!

—¡Gracias! —rio el Rey Merrow mientras aparecía una rendija de luz en la puerta, dejando entrar la suficiente para iluminar la grieta entre sus dos magníficas nalgas, que aún obstruían nueve décimas partes del arco. Lenk contuvo la respiración y se abrió paso junto a las caderas del rey, por fin de vuelta en el Dominio Merrow.

Una vista mucho más agradable lo recibió al otro lado del arco. La Princesa Lapis estaba de pie sobre el estrado de piedra frente al trono de su padre, con las manos recatadamente delante de ella sujetando un pequeño objeto blanco que Lenk no distinguía. Alrededor del estrado parecía haberse reunido toda la población merrow. Tal vez habían venido a oír noticias del rescate de Lapis y se habían quedado para escuchar su confesión completa.

Al ver a Lenk aparecer detrás de su padre, Lapis se tensó antes de bajar la cabeza.

—¿Lenk? ¡Estás aquí! Justo le estaba contando a papá todo lo que pasó… ¡y quiero decir todo!

Al ver que su padre señalaba con un delicado dedo palmeado, Lapis suspiró y giró sobre el estrado para enfrentar a su pueblo.

—Todos, lamento las molestias y preocupaciones que les he causado. No asumí la responsabilidad adecuada por la Piedra Espiritual del Agua. Les oculté la verdad. Me escapé. Desobedecí deliberadamente a mi padre y… ¡volví a jugar dentro de la boca de Lord Dag-Gadol!

Los merrow adultos chasquearon la lengua y negaron con la cabeza, y algunos niños jadearon al mencionar jugar dentro de la boca de Lord Dag-Gadol.

Los hombros de Lapis temblaron mientras continuaba su disculpa formal.

—Y si no fuera por este valiente avalonio, seguramente habría perecido. También fallé en mostrarle la cortesía adecuada.

Lenk estaba a punto de interrumpir y explicar que era nibelung, no avalonio, antes de que Neviah rebotara sobre su cabeza y lo hiciera callar.

Olvidando su compostura regia, la princesa miró hacia abajo las marcas azul-violeta brillantes en su cola, un testimonio público del castigo que había pagado por su grosería.

El Rey Merrow consideró la imagen de su hija arrepentida y castigada.

—Bueno, parece que Lenk cumplió mi petición, ¡y a fondo! Muy bien, Princesa Lapis… ¡vete a tu habitación!

Lapis se volvió hacia su padre.

—¡No, papá!

El público murmuró y el Rey Merrow se removió incómodo.

—Eh… ¿por favor obedece? Nunca sabía qué hacer en estas situaciones sin su media naranja, la querida y difunta Reina Merrow.

Lapis miró a Lenk, urgiéndolo en silencio a subir al estrado, antes de bajar la mirada avergonzada de nuevo.

—Te obedeceré, papá, pero primero debo expiar. El castigo que Lenk me dio dentro del vientre de Lord Dag-Gadol fue provocado por mi propia terquedad. Él prometió que me castigaría cuando llegáramos a casa sanos y salvos, y yo prometí aceptar mi destino. En nombre de los merrow, debo honrar esa promesa.

Miró furtivamente detrás de ella a los padres y niños reunidos al pie de los escalones de piedra, todos sus súbditos.

—Y el pueblo del Dominio Merrow, jóvenes y viejos, debe ver que su Princesa no está por encima de la ley.

El Rey Merrow suspiró aliviado y se acomodó cómodamente.

—¡Ah! ¡Por supuesto! ¡Continúa, Lenk, muchacho!

Mientras Lenk subía los escalones de piedra para reunirse con Lapis en lo alto del estrado, ella se volvió hacia él y le extendió el pequeño objeto blanco en su mano: un ornamentado cepillo de nácar.

—Esto pertenecía a mi madre. Creo que puedes adivinar para qué lo usaba. Quiero que lo uses ahora.

Neviah asomó la cabeza bajo la gorra de Lenk para susurrar:

—Lenk, ¿de verdad vas a…?

Pero Lenk levantó un dedo para indicarle silencio a Neviah, colocándose casualmente la gorra mientras aceptaba el cepillo de Lapis. Lenk sintió que se le cerraba la garganta. ¿Qué demonios se suponía que debía decir en esta situación? Casi había olvidado la promesa de azotar a Lapis de nuevo y estaba considerando perdonarla. Incluso en sus momentos más furiosos, había imaginado esta escena en algún lugar apartado, nunca imaginando una multitud de testigos.

La Princesa Lapis no esperó y asumió mansamente la posición, apoyando sus manos palmeadas en las rodillas. Lenk vio que algunos niños corrían deliberadamente alrededor del estrado para ver mejor el trasero de Lapis. Lenk vio que los ojos de Lapis se humedecían y sus mejillas se sonrojaban al contemplar la escena ante ella: toda una multitud, su pueblo, allí para presenciar su azotaina pública.

Lenk sintió esos mismos ojos siguiéndolo mientras rodeaba la cintura de Lapis con su brazo derecho para sostener su peso. Ella temblaba. Intentó sujetarla con suavidad, esperando que pudiera percibir por su tacto que no estaba enfadado con ella.

Mientras sostenía el cepillo en alto, Lenk sintió que tenía que decir algo para ayudar a Lapis a enfrentar esto. Su hábito de guardar silencio no serviría.

—¿Todos? Quiero que sepan que la Princesa Lapis también fue muy valiente. Sin ella, probablemente habría muerto. Sé que lo que hizo antes de hoy estuvo mal, pero ninguno de ustedes debería avergonzarse de cómo actuó su Princesa hoy.

Ante esto, los niños murmuraron y algunos adultos de rostros severos sonrieron, agitando sus aletas en lo que Lenk esperaba fuera un gesto amistoso. Lenk ignoró los comentarios murmurados de la multitud abajo y susurró a Lapis, para que solo ella pudiera oírlo:

—Eso te incluye a ti, Princesa.

Lenk sintió que su temblor se relajaba y una sonrisa cruzó el rostro de Lapis antes de ocultarla tras una fingida molestia.

—Bueno, ¿vas a tenerme en suspenso todo el día? ¡Todo el Dominio Merrow está esperando por ti! ¡Acaba con esto!

Lenk asintió y palmeó el ya chamuscado trasero de Lapis con la parte plana del cepillo de nácar. Se dio cuenta de que, aunque era más pequeño que su propio cepillo de madera tallado a mano, su material era sólido y pesado. Cada golpe cubriría un área más pequeña y concentrada, y se preguntó si dejaría moretones.

Lenk tragó saliva. Por un lado, después de toda la ceremonia formal, no quería que ningún merrow pensara que estaba dejando ir a Lapis con ligereza. Por otro, ya sentía lástima por ella. ¿Cómo sabría siquiera si estaba golpeando demasiado fuerte? El trasero azul de una merrow era difícil de comparar con el trasero melocotón de un avalonio o un nibelung.

El primer golpe resonó, haciendo eco por encima de las cabezas de la multitud. Lenk vio una marca moteada púrpura elevarse en el punto donde el cepillo había aterrizado sobre el punto de asiento izquierdo de Lapis. Lenk solo pudo esperar que los merrow no se moretonearan más fácilmente que los humanos.

Lenk llegó a un compromiso. Retendría su fuerza completa, pero llevaría a cabo un castigo más largo, esperando escuchar señales tanto de la multitud como de Lapis para decidir cuándo había sido castigada lo suficiente. Aligeró la fuerza de los golpes, pero se aseguró de cubrir cada centímetro del trasero y muslos superiores de Lapis. Para entonces, el color del trasero real de Lapis se había profundizado a un azul real vívido. Lenk sintió que ella luchaba por mantenerse quieta y sintió el peso de su vientre presionando contra los dedos de su mano derecha en busca de apoyo. Luchaba con valentía, pero los efectos persistentes de las quemaduras debían de ser agonizantes.

Lenk hizo una pausa, esperando que esto se considerara un castigo justo por sus crímenes, o al menos para darle un respiro.

—Princesa Lapis, ponte de pie y enfréntate a tu padre.

Lapis obedeció, con lágrimas frescas derramándose libremente y brillando al captar la luz fresca. Detrás de ellos, Lenk oyó a la

multitud de voces adultas murmurar lo que esperaba fuera aprobación, incluso algunas voces infantiles arrullando con admiración. El Rey Merrow bajó la mano de sus ojos, aparentemente luchando por presenciar la imagen de su consentida niñita en apuros.

—¡Muy bien! Bueno, nunca fui muy buen disciplinario, ¡pero supongo que su madre estaría muy complacida con el trabajo que has hecho, joven! ¡Y muy complacida contigo! ¡Este es un día feliz para los merrow!

Finalmente, la multitud de merrow expectantes elevó sus voces en un grito de guerra trémulo, sus voces musicales más acostumbradas a hablar bajo el agua. Con un suspiro de alivio, Lenk ofreció el cepillo de vuelta a Lapis, solo para que ella cerrara los dedos de él alrededor del mango.

—No, tonto. Quédatelo, por supuesto. ¡Seguramente lo necesitarás de nuevo en el futuro!

Neviah deseó que Lenk hubiera podido ver la mirada perpleja en su rostro.

—Pero yo ya tengo un cepillo.

Lapis puso los ojos en blanco, luego lo besó suavemente en la mejilla, rodeando su brazo derecho ligeramente sobre el izquierdo de él mientras bajaban los escalones de piedra.

—Bueno, entonces guárdalo como muestra de mi gratitud. La próxima vez que tengas que azotarme, preferiría que usaras el cepillo de mamá, aunque supongo que puedes sacar ese garrote que llamas cepillo si me pongo difícil.

Lenk sonrió mientras los merrow adultos le daban palmadas en la espalda y se preguntó por qué algunas merrow adolescentes se reían de forma tan absurda.

—¿Azotarte? ¿Cuándo voy a tener que azotarte de nuevo?

Lapis rio y apretó suavemente el brazo de Lenk.

—Qué dulce de tu parte decir eso, pero creo que ambos sabemos que soy del tipo terca. ¡Pero por tu bien, prometo portarme lo mejor posible… por un tiempo!

Lenk asintió distraídamente, luchando por escuchar a Lapis por encima del sonido de las extrañas palabras de aliento y comentarios susurrados de la multitud merrow:

—¡Buen trabajo, muchacho! ¡Nuestra Princesa por fin encontró a un hombre lo bastante hombre para domarla!

—¡Dios mío, qué guapo es! ¡Imagínense! ¡Nuestro propio principito avalonio!

Una adorable niñita merrow saltaba delante de ellos.

—¡Espero encontrar algún día un compañero merrow tan valiente como tú, avalonio! ¿Tendrán muchos, muchos hijos cuando se casen?

Lenk rio tímidamente.

—Bueno, en realidad soy nibelung. Supongo que no he pensado mucho en esas otras cosas. Creo que sería bonito crecer y tal vez tener hijos algún día. ¡Pero primero tengo que completar la misión de la Princesa Isolde!

Al instante, un silencio cayó sobre la multitud. Lenk sintió que el agarre de Lapis se tensaba en su brazo, pero esta vez lo pellizcó tan fuerte que sintió el brazo entumecido. Ella se volvió lentamente hacia él.

—¿Princesa Isolde? La conoces, ¿verdad? ¿Qué relación tienes con ella?

Sonrió tan dulcemente que puso nervioso a Lenk. ¿Había alguna tensión entre los dos reinos de la que no estaba enterado? Lenk deseó no ser tan ignorante de las costumbres avalonianas y merrow.

—Me ha enviado en una misión importante para reunir las tres piedras espirituales. Por eso busqué el Dominio Merrow en primer lugar. ¡El destino de todo Avalón descansa sobre mis hombros!

—¿Y esa es la única razón por la que aceptaste la piedra de mi madre? ¿No la querías como regalo mío?

Neviah jadeó e intentó volar al oído de Lenk, ¡pero ya era tarde!

Lenk agarró a Lapis por ambos hombros y respondió con urgencia.

—¡Oh no, fue un regalo maravilloso! Tienes mi eterna gratitud. Y en cuanto ayude a la Princesa Isolde a detener a Madoc Dracomere de hacer… lo que sea que esté planeando, ¡volveré directamente contigo!

Ante esto, la multitud pareció asentir con aprobación y volvió a sus celebraciones. Habían empezado a colgar decoraciones y esparcir flores delante de él y Lapis. Lenk se preguntó si estas peculiares costumbres merrow eran solo para celebrar el rescate de Lapis. Casi parecía que se preparaban para algún tipo de extraña festividad.

La Princesa Lapis asintió, aparentemente aliviada, antes de plantar un beso en la mejilla de Lenk.

—Bueno, conozco bien a la Princesa Isolde. Es una buena amiga y un modelo de sabiduría. ¡Dudo que intente robar algo tan preciado para mí! … Espero que la piedra de mi madre te ayude en tu misión… ¡Ji ji!

Lenk sonrió radiante y abrazó fuertemente a Lapis, feliz de haber hecho una amiga tan buena. Lapis se sonrojó intensamente, antes de apartar juguetonamente a Lenk y cruzar los brazos.

—¡No delante de todo el mundo, tonto!

Lenk asintió tan vigorosamente que Neviah rebotó de un lado a otro dentro de su gorra, incapaz de llamar su atención. Saludó a Lapis mientras corría hacia la cascada que ocultaba la entrada al Dominio Merrow.

—Está bien. ¡Adiós, Lapis!

Esta despedida fue mucho más pronto de lo que Lapis esperaba. Su fingida molestia desapareció. Levantó una mano en un delicado adiós, antes de dejar caer toda pretensión y correr tras Lenk para despedirlo en la cascada.

—¡No me hagas esperar demasiado! ¡Tendremos la ceremonia de boda en la próxima luna llena!

Lenk se detuvo en la cascada.

—¿Una ceremonia? Huh. No será larga y aburrida, ¿verdad?

Después de ser zarandeada dentro de la gorra de Lenk, Neviah prácticamente se lanzó hacia su oído. ¡Todo estaba pasando tan rápido!

—¡Espera, Lenk! ¡Oye! ¡Escucha!

Lapis negó con la cabeza.

—No. Será corta y dulce… ¡y hermosa!

Neviah se detuvo. Observó cómo Lapis colocaba tiernamente una mano en la mejilla de Lenk antes de atraerlo a un medio abrazo, medio llave. Neviah supo al instante que Lapis intentaba compensar haber rechazado el abrazo anterior de Lenk. Intentaba crear un recuerdo que durara.

Ajeno a todo, Lenk devolvió el abrazo con sinceridad. El agarre fuerte de Lapis sobre él se derritió mientras se hundía en sus brazos.

Neviah sintió que la urgente advertencia moría en sus labios. A pesar de sus defectos, Lapis merecía tener este momento. Neviah tendría que darle la noticia a Lenk en otro momento.

Lenk sonrió radiante.

—¡Volveré contigo tan pronto como pueda, Princesa Lapis!

[Fin]

Nisha Finalmente Recibe Su Merecido

Capítulo I: El Duende y el Lobo

Lenk llevaba semanas atrapado en forma de lobo, con la voz reducida a feroces gruñidos. Mientras corría por el bosque a cuatro patas, con sus sentidos del olfato y el oído más agudos que nunca, recordó el momento en que despertó en la prisión del mago Van Sandt, esperando su destino, y de pronto fue liberado por un pequeño duende travieso llamado Nisha. Ella manejaba magia oscura y parecía disfrutar burlándose de Lenk por su maldición.

Recordó sus palabras burlonas mientras escapaban:

—Ahora eres todo un bestia, ¿verdad? ¡Ja! No te preocupes, no te abandonaré como han hecho tus supuestos amigos humanos.

Lenk no podía responder ni una palabra, pero sentía la vergüenza y la frustración crecer dentro de él.

Sin otro aliado en el mundo, Lenk había seguido la guía de Nisha desde aquel día. A ella parecía divertirle llevarlo por el campo en una búsqueda inútil, burlándose de él todo el tiempo.

—¡Vamos, perrito! ¡Arre! —reía, sentada sobre su lomo y dándole palmadas en la grupa como si fuera su caballo. Una vez, él había gruñido y acelerado con tanta fuerza que Nisha se levantó de su espalda. Al sentir que su trasero golpeaba contra él con un audible ¡plof!, Nisha solo soltó un suave «¡Oh!» de sorpresa. Al mirar atrás, Lenk la vio aferrada a su pelaje con fuerza, con una expresión de orgullo herido. Fue la única pequeña victoria de Lenk en semanas. Ella le había dado una palmada a él; él había encontrado la forma de devolvérsela, incluso sin manos.

Sus instintos de lobo eran afilados, pero no podía evitar sentir una pérdida por no poder comunicarse con los humanos. Los largos días de forrajear por el campo y merodear por los

alrededores de Castle Down por fin habían dado frutos. Nisha había oído rumores sobre una espada mágica que podía romper la magia negra de Van Sandt.

Olfateando el aire para detectar a los Shadowfell —los monstruos creados por las pobres almas esclavizadas por la magia oscura de Van Sandt—, podía oler el leve aroma de la magia oscura de Nisha y oír el suave susurro de su largo cabello, que brillaba con una luz mágica interior. No podía evitar preguntarse si Nisha hablaba en serio sobre liberarlo o si solo jugaba con él para divertirse.

Cuando por fin llegaron a su destino —un templo de piedra en ruinas envuelto en niebla—, Nisha por fin habló de la maldición de Lenk.

—¿Así que ahora estás descontento siendo lobo? Hmm, tal vez pueda ayudarte… pero ¿qué gano yo, me pregunto?

El corazón de Lenk se hundió al pensar que estaba a merced de alguien que parecía disfrutar de su desgracia.

Apareciendo y desapareciendo entre las sombras a su alrededor, Nisha sacó la cabeza directamente del suelo frente a él. Bueno, no del suelo mismo, sino de la sombra que él proyectaba.

—¿Qué dices, perro? Yo te ayudo a encontrar un pequeño trinket mágico, te ayudo a volver a caminar en dos patas y luego tú me ayudas a encontrar otro pequeño trinket mágico que llevo buscando un tiempo, ¿trato?

Bajando la cabeza, Lenk solo pudo ladrar y sacudir la cabeza en un silencioso asentimiento. «Lo prometo», pensó.

Con su poder de levitación y su capacidad para moverse a través de las sombras, Nisha era perfectamente capaz de seguir su ritmo. Aun así, se acomodó en su lomo y le dio una fuerte patada en los costados.

—¡Vamos, lento! ¡Se supone que eres el héroe! —se burló, pero a pesar de sus palabras crueles, Lenk sentía que ella lo estaba llevando hacia donde necesitaba ir.

Por fin llegaron al interior del templo, las ruinas de una antigua civilización olvidada. Nisha desmontó y miró a Lenk con un nuevo respeto.

—Sabes, para ser un animal sucio y lleno de pulgas, no estás nada mal —dijo, aún burlona pero con un toque de admiración genuina.

Registraron el templo, Nisha gritándole cada vez que encontraba una trampa u obstáculo, y Lenk obligado a usar dientes, garras y fuerza bruta para avanzar entre las ruinas, hasta que por fin encontraron el bosquecillo sagrado que buscaban: el sanctum interior. Sobre un pedestal de piedra descansaba lo que parecía una antigua espada cubierta de enredaderas, pero Lenk podía sentir una luz tenue emanando de ella.

Al tocarla con el hocico, Lenk sintió que la maldición se levantaba. Podía sentir cómo se transformaba de nuevo en su forma humana. Nisha lo observaba atentamente, con una expresión indescifrable.

Agarrando la empuñadura de la espada y sacándola con facilidad de la piedra, Lenk se volvió hacia ella, sintiendo una mezcla de alivio y gratitud.

—Gracias, Nisha. No podría haberlo hecho sin ti.

Ignorando su gratitud, Nisha miró fijamente la hoja brillante.

—La espada te aceptó como su amo…

Sintiendo que se había puesto un poco tonto, Lenk miró hacia abajo el arma. La había sacado tan fácilmente que no se le había ocurrido que se trataba de una reliquia poderosa.

Cuando levantó la vista, Nisha sostenía un cristal oscuro y ornamentado frente a su cara.

—Esto es la encarnación de la magia maligna que Van Sandt te lanzó. Definitivamente es diferente de la magia de sombras de nuestra tribu.

Por reflejo, Lenk extendió la mano libre para tomar el cristal y examinarlo. ¿Así que esto era la fuente de sus males?

—¡Cuidado! —espetó Nisha, dándole un manotazo en el dorso de la muñeca como si lo hubiera pillado robando dulces—. ¡Si lo tocas, volverás a convertirte en bestia!

Envainando la magnífica espada, Lenk se frotó el escozor de la muñeca derecha.

—¿Qué hacemos con él?

—Esto es demasiado peligroso. Lo mejor sería dejarlo aquí, ¿no? Pero, por otro lado… si lo guardamos, podrías transformarte en bestia cuando quisieras.

Las orejas de Lenk se levantaron.

—¡No quiero volver a ser lobo nunca!

Nisha entrecerró sus ojos naranja con pesar.

—Oh, no seas tan corto de miras. No me digas que no disfrutaste la emoción. ¿No vas a extrañar la fuerza, la velocidad? ¡Tienes que ver lo útil que podría ser!

Lenk luchó por encontrar un argumento, incluso una palabra para responder. Al no conseguirlo, guardó silencio. No le gustaba hablar si no tenía nada que valiera la pena decir.

Sintiendo que había ganado, Nisha equilibró el cristal sobre su dedo como un juguete infantil.

—Sí, ya que Van Sandt tuvo la amabilidad de regalarnos esto, ¡deberíamos estar agradecidos y usarlo todo lo posible! Si lo necesitas, solo llámame. Quiero mantener un perfil bajo, así que me esconderé en tu sombra cuando seas humano, pero puedo transformarte cuando yo quiera.

—Quieres decir cuando yo quiera —replicó Lenk fríamente.

—¡Justo como dije! —rio Nisha con un encogimiento de hombros mudo que parecía decir «¡Qué tonta soy!». Pero Lenk notó que sus expresivos ojos estaban concentrados. Había dicho exactamente lo que quería decir.

Esa era la forma de Nisha. Sus palabras, sus pensamientos, sus miradas. Era como si dijera tres cosas diferentes al mismo tiempo, y eras un tonto si no sabías cuál quería decir.

—¡Puedes ser lobo cuando quieras! Además, gracias a esto, podrás usar mi magia de distorsión de sombras cuando quieras cambiando a forma de lobo.

Se deslizó entre las sombras y reapareció detrás de su hombro.

—Oye, pero escucha, Lenk… Tengo que pedirte un favor.

Haciendo girar el cristal en el aire cerca de su mano, para que su luz se reflejara en los ojos de ambos, lo miró como si le pidiera a su papá que le comprara un juguete especial.

—¿Te importaría acompañarme a buscar algo llamado el Espejo del Crepúsculo? Es un espejo mágico negro escondido en algún lugar de Avalón. Sí, el Espejo del Crepúsculo… nuestro último posible lazo con Van Sandt.

Lenk sostuvo su mirada pero mantuvo el cristal en su visión periférica. Estaba lo bastante cerca para que tuviera que prestarle atención, pero no lo suficiente para correr peligro de tocarlo.

—¿Eso era de lo que hablabas antes? ¿Tu pequeño trinket mágico?

Ella le guiñó un ojo.

—¡Chico listo! ¡Lo recordaste! Y aquí yo pensando que no retenías tu memoria humana siendo lobo. A veces parecías tan denso que supuse que tu mente se estaba apagando. ¿O eso es normal en ti? Pero sí, me ayudarás a recolectar mi pequeño trinket, ¡eso si no quieres volver a preocuparte por convertirte en lobo nunca más!

Lenk sintió un destello de furia ardiente, exactamente el mismo que sentía como lobo cuando lo cazaban los Shadowfell.

—No hace falta que me amenaces, Nisha. Prometí ayudarte y lo haré. Soy un hombre de palabra.

Nisha retrocedió de un salto, su sonrisa pícara reemplazada por la expresión de una niñita asustada. Parpadeó y, sacudiendo su cabello, intentó recuperar la compostura y gruñó:

—Yo no amenazo, chico lobo. Fue una promesa. No te ayudé por simpatía. Te necesito y vas a pagar tu deuda conmigo. Eso es todo.

Lenk entrecerró los ojos.

—¿Eso fue todo para ti? ¿Solo un medio para un fin?

La sonrisa de Nisha se desvaneció y sus ojos brillaron con un toque de culpa.

—Bueno, tal vez no solo eso. Eras… bastante divertido de molestar, supongo. —Miró al suelo. Lenk se preguntó si había sido demasiado duro con ella. Extendió una mano para ponerla en su cabeza. Justo cuando estaba a punto de agradecerle la ayuda que le había dado, Nisha se deslizó de nuevo en su sombra—. Aunque, pensándolo bien, era mucho más divertido molestarte siendo lobo. ¡Creo que ahora quiero un paseo a caballo!

Los pelos de la nuca de Lenk se erizaron. Levantando la mano izquierda, agarró la empuñadura de la espada y empezó a sacarla. Nisha apareció en su visión periférica, con el cristal apuntando a su ojo, cuando…

La luz del sol brilló detrás de su cabeza. Tuvo que cerrar los ojos con fuerza y aun así el mundo era un doloroso resplandor rojo. Cuando los abrió, no era el sol. Era la espada atada a su espalda. La luz sagrada se atenuó y, al mirar hacia abajo, encontró a su atacante tendida a sus pies.

El rostro de Lenk se ensombreció. Pero al mirar a Nisha, notó que algo era diferente. Su piel brillaba débilmente y su color había cambiado. Le tomó un segundo darse cuenta exactamente de qué. Antes era negro y blanco, y ahora era blanco y negro. ¿No era lo mismo? No, claro que no. Estaba invertido.

—¡Típico! —escupió ella—. Un hechizo de protección. Ustedes, los hombres de Avalón, son todos iguales. ¡Ningún aprecio por la sutil distinción entre hechicería y magia de sombras! ¡Solo todo con luz sagrada!

—¿Estás herida? —preguntó Lenk con preocupación.

Ella frunció el ceño.

—Si lo estuviera, sería culpa tuya, ¡avalonio! —Examinó su cuerpo brillante, que lentamente volvía a su patrón de color original—. Gracias a la diosa. Debe ser un hechizo de protección simple. Ya estoy volviendo a la normalidad. Hablando de eso… —se apresuró a buscar el cristal caído. Lo agarró de la hierba y se volvió hacia Lenk con la velocidad de un gato—. Veamos qué podemos hacer para devolverte a tu forma verdadera, ¡chico lobo! —Nisha saltó ligeramente en el aire, preparándose para levitar con su magia de sombras. Antes de que Lenk pudiera pensar, ya había desenvainado su espada y saltado de vuelta a una postura de combate.

Pero entonces ocurrió lo más extraño. Ella se elevó unos treinta centímetros en el aire, con una mirada de triunfo malvado que cambió a confusión. Durante una fracción de segundo que pareció una eternidad, quedó suspendida en el aire, luego cayó de bruces sobre la hierba y el musgo húmedo que cubría los suelos de piedra de las ruinas del templo.

¡PLAF!

Una nube real de polvo se levantó del impacto. Cuando se disipó, Nisha maldijo en un idioma que Lenk no conocía, pero reconoció como su lengua natal.

—¡Mudora! ¿Mi vuelo? No importa, solo… —apoyó las manos en el suelo y empezó a golpear la piedra y el musgo frenéticamente—. ¡No! ¡No, no, no!!!

Lenk comprendió al instante. Su magia de sombras, que antes le permitía moverse sin ser detectada en la oscuridad, ahora había desaparecido. No estaba golpeando la piedra. Intentaba deslizarse hacia la oscuridad.

Se puso de pie y sacudió la cabeza, su coleta naranja golpeándole la cara.

—¡Mi cabello! ¡No puedo manipularlo! ¡Maldita Ava! ¡Que Esh, Ahavah y Chavvah se sienten todos en un triángulo dorado!

—¿Crees que es permanente? —preguntó Lenk con cautela. Esto parecía un golpe de buena suerte, pero entonces Nisha no le serviría de mucho así.

Ella pateó el suelo y tiró de su cabello, pero este seguía bailando sin vida, sin su brillo interior.

—¿Cómo se supone que lo sepa, idiota? ¡No es mi magia!

Mientras Lenk se acercaba, no podía evitar recordar todas las veces que ella lo había molestado y pateado mientras estaba atrapado como lobo. Se plantó frente a ella, con los ojos fijos en los suyos, y preguntó:

—Bueno, ahora sabes cómo se siente estar indefensa. ¿Recuerdas todas las veces que me trataste como a un perro?

Nisha resopló y puso los ojos en blanco.

—Oh, por favor, no vas a sacar eso otra vez, ¿verdad? Solo me estaba divirtiendo un poco.

Los ojos de Lenk se entrecerraron mientras daba un paso más cerca.

—¿Divirtiéndote? ¿Crees que era divertido tratarme como a un animal? ¿Patearme y burlarte de mí cuando ni siquiera podía defenderme?

Nisha cruzó los brazos y lo miró con furia.

—Estás siendo ridículo. Solo era un juego. Además, solo eras un lobo estúpido. ¿Qué esperabas de mí? ¿Modales de corte?

Lenk sintió que su temperamento se encendía, pero respiró hondo e intentó mantenerse calmado.

—Esperaba que me trataras con algo de respeto. Que entendieras que seguía siendo yo, aunque estuviera atrapado en esa forma. En cambio, me trataste como a un juguete. Y ahora que estoy libre, veo que has perdido algo que era importante para ti. Tal vez sea una señal de que deberías pensar en cómo tratas a los demás.

Nisha bufó y miró hacia otro lado.

—No necesito tus sermones, héroe. Y desde luego no necesito tu perdón. Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir y no me arrepiento.

Lenk negó con la cabeza y se volvió para marcharse. Mientras se alejaba, no pudo evitar sentir una punzada de tristeza. Había esperado que Nisha entendiera cuánto la habían herido sus

acciones, pero parecía que seguía siendo tan terca y egoísta como siempre. Mientras se alejaba, se preguntó si había algo que pudiera hacer para que ella viera su error. Pero por ahora, solo podía esperar que eventualmente entrara en razón.

El corazón de Lenk se sentía pesado mientras caminaba delante de Nisha, aún perdido en pensamientos sobre su conversación. No podía evitar sentir tristeza porque su amistad se había tensado por su comportamiento. Bueno, tal vez «amistad» no era la palabra correcta. ¿«Relación»? ¿«Asociación»? Tal vez no había palabra en avalonio para describir lo que fuera esto, meditó Lenk.

Mientras caminaba, los recuerdos lo inundaron de su infancia en el Pueblo Odhrán, donde había sido criado por su padre adoptivo Russel. Lenk recordaba cómo Russel lo había castigado cuando rompió varias ollas como broma para presumir ante los otros niños. El castigo había sido duro, pero Lenk nunca olvidó la lección. «Qué raro», se preguntó Lenk. «¿Qué me hizo recordar eso?»

Mientras caminaba, oyó el sonido de Nisha luchando por seguirle el paso. Todavía sin su magia de sombras, era evidente que le costaba mantener el ritmo.

—No puedo creer que esté atrapada aquí como una mortal sin ninguno de mis poderes —se quejó amargamente.

Lenk se detuvo un momento para recuperar el aliento y Nisha le ladró inmediatamente con un gruñido:

—¡Exijo que me cargues ahora mismo!

—Tendrás que aprender a caminar con tus propios dos pies como el resto de nosotros.

Nisha lo miró con el ceño fruncido.

—Te haré saber que no acepto órdenes de nadie, y menos de un simple humano como tú.

Lenk puso los ojos en blanco.

—Bien, como quieras. Pero no voy a cargarte más. Tendrás que seguir el ritmo.

Nisha cruzó los brazos haciendo pucheros, negándose a moverse.

—Me niego a caminar. Está por debajo de mí.

—No soy tu perro —dijo él con firmeza—. Necesitas empezar a mostrarme algo de respeto.

Nisha resopló.

—¿Respeto? ¿Y qué vas a hacer al respecto, héroe? ¿Azotarme como a una niña traviesa? Solo eres un niñito tonto con una espada. Tienes suerte de que siquiera me moleste en tenerte cerca.

Lenk sintió que la sangre le hervía. ¿Cómo podía ser tan irrespetuosa después de todo lo que habían pasado juntos? Sabía lo que tenía que hacer.

El rostro de Lenk se endureció.

—Nisha —dijo con severidad—, creo que es hora de que te dé una lección.

Nisha rio.

—¿Vas a darme una lección? Ni siquiera podrías atrapar un pez sin mi ayuda.

Lenk la ignoró y se sentó en un tocón cercano.

—Ven aquí —dijo, haciéndole un gesto para que se acercara.

Nisha dudó, pero finalmente se acercó. «El idiota quiere sentarse a charlar. Bien. Le seguiré la corriente y mientras parlotea, sacaré el cristal de mi cabello y…»

Sin dudarlo, la agarró del brazo y la tumbó sobre su regazo.

Los ojos de Nisha se abrieron con sorpresa cuando él levantó la mano izquierda y la bajó con fuerza sobre su trasero.

¡PLAF!

Nisha tensó todo el cuerpo en un estado de shock absoluto. En realidad no dolía tanto. Bueno, no estaba segura de si dolía o no. Simplemente no podía creer que eso acabara de pasar. «No. No me acaba de azotar. ¡Eso es imposible!»

Mientras Nisha ponderaba esta pregunta filosófica, Lenk frotó suavemente la mano sobre su trasero, que era sorprendentemente suave al tacto. La esposa de Russel, Ulrike, le había enseñado que era una buena forma de «asegurarse de que estén despiertos y prestando atención» antes de empezar a azotar en serio. Decidiendo que Nisha definitivamente estaba despierta, Lenk echó la mano hacia atrás y dio una segunda palmada fuerte, cuyo sonido resonó por el templo.

Nisha jadeó, sorprendida por el escozor de la mano de Lenk en su trasero. Volvió la cabeza para mirarlo con furia, pero él la observaba con firmeza, esperando a que comprendiera completamente su situación.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Nisha indignada, luchando por levantarse.

Lenk presionó su espalda, sujetándola con sus fuertes manos en su lugar. Nisha podía sentir sus músculos tensándose mientras se preparaba para administrar el castigo.

La azotó dos veces, alternando las palmadas entre su nalga izquierda y derecha con dos amplios movimientos de brazo.

Cuando la mano de Lenk cayó sobre su trasero, Nisha soltó un jadeo. El impacto envió un escalofrío por su cuerpo y sintió el escozor de toda su mano y los cinco dedos extendidos. No podía ver el daño, pero imaginaba una huella casi perfecta de su gran mano izquierda en su nalga izquierda. Apretó los dientes e intentó contener cualquier sonido.

La mano de Lenk aterrizó de nuevo en su trasero, no con tanta fuerza como antes, pero el escozor se intensificó igual. Nisha se retorció y pateó las piernas, intentando escapar, pero el agarre de Lenk era demasiado fuerte.

—Te mereces esto —dijo Lenk con firmeza, con voz baja y severa—. Necesitas aprender a tratarme con respeto. No fue culpa mía que la espada tuviera algún tipo de magia

protectora. Fuiste tú quien probablemente la activó cuando intentaste apuñalarme por la espalda.

Nisha se mordió el labio, conteniendo desesperadamente una réplica. Sus palabras herían su orgullo, porque una parte de sí misma estaba de acuerdo con él. Llevaba una hora furiosa consigo misma. Pero era más fácil estar furiosa con Lenk. «¿Llamas a eso una azotaina? Azotas como una abuela.»

—Gracias —respondió Lenk, con cuatro palmadas más nítidas y constantes—. Conozco a algunas abuelas en el Pueblo Odhrán y eso es todo un cumplido.

Nisha resopló ante la broma. Le sorprendió que un tipo fuerte y silencioso como él pudiera ser tan rápido con las palabras como con los pies. Soltó una risita al sentir que sus nalgas rebotaban y se agitaban bajo las últimas palmadas. «Esto no está tan mal», pensó. Podía aguantarlo. Pero entonces otro pensamiento la golpeó. No era con toda la fuerza que Lenk podía golpear. Lo sabía bien por haber sentido la fuerza completa de los primeros cuatro golpes temblorosos. Entonces, ¿por qué se estaba conteniendo ahora? ¿Para que pudiera escuchar su sermón? Pero eso significaba…

Las risitas de Nisha murieron en su garganta. Volvió el cuello y pudo ver a Lenk bajo una nueva luz. No se estaba conteniendo por debilidad. Era… practicado. «¿No es este el primer trasero que azota este hombre?», pensó Nisha con un escalofrío de horror.

Manteniendo su ritmo constante, Lenk recordó las sabias palabras de Russel. «Agarrar un palo y mover el brazo no te convierte en espadachín, chico. Hay un arte en estas cosas. Con la espada tenías que aprender timing, precisión… Gracia. Es como un baile.»

«Supongo que pelear con espada es muy parecido a azotar», había bromeado Ulrike mientras los observaba entrenar. Lenk había aprendido la sabiduría de esas palabras tanto recibiendo como dando una azotaina. No podías simplemente mover el brazo de arriba abajo salvajemente y esperar buenos resultados.

Inclinando el brazo izquierdo hacia abajo, Lenk apuntó un fuerte golpe al fondo de la nalga izquierda de Nisha, justo

donde se unía con el muslo superior. «El punto de asiento», se llamaba. Solo un par ahí. Prefería guardar esa zona para el final, como una especie de golpe de gracia. Como el nombre indicaba, era la parte del trasero de Nisha en la que se sentaría… o más bien evitaría sentarse durante un buen rato. Pero todavía no, pensó Lenk. Solo una advertencia de lo que vendría.

Cuando la mano de Lenk aterrizó en su punto de asiento, Nisha sintió que su torso se elevaba ligeramente hacia delante, menos de un centímetro. En lugar de traer la fuerza hacia abajo, Lenk había usado el ángulo más bajo de este último golpe para cambiar el ritmo. No tenía la misma fuerza resonante, pero cubría más superficie. Nisha sintió realmente la fricción de la palma contra la nalga, como un picor ardiente un momento después de rascarse. Y justo antes de que Nisha tuviera tiempo de sentir que el escozor no se desvanecía inmediatamente, Lenk aterrizó un segundo golpe idéntico en su punto de asiento derecho.

Sin prisa particular, Lenk volvió al ritmo antiguo y más suave, dejando que Nisha reflexionara sobre su situación. Mientras sus pensamientos se volvían hacia adentro, pensó en todas las veces que había molestado y menospreciado a Lenk mientras era lobo. Nunca había pensado en cómo sus acciones podrían haberlo herido. Ahora, mientras sentía el escozor de su mano en su trasero, pensó en cómo le había dado palmadas en la grupa para hacerlo avanzar.

Con dos palmadas, Lenk mantuvo el ritmo constante pero aumentó la fuerza, logrando de alguna manera dejar que su mano permaneciera en su trasero una fracción de segundo sin perder el compás.

Nisha se estremeció por el impacto, pero solo soltó un pequeño zumbido mientras contenía el rugido de furia que quería soltar. Su trasero estaba de un rosa claro después de solo unas pocas palmadas, pero Lenk sabía que no era suficiente para enseñarle una lección.

—¡Ay! ¡Lenk, eso duele! —protestó Nisha, retorciéndose sobre su regazo.

—Bien, se supone que debe doler —respondió Lenk con severidad, continuando la azotaina.

Nisha siguió retorciéndose y protestando, pero su resistencia solo alimentaba la determinación de Lenk de castigarla como era debido. Su mano conectaba con su trasero a un ritmo más rápido, cada golpe haciendo que su piel se pusiera más roja.

Nisha luchaba por mantener su fachada dura. Podía sentirla tensarse mientras él empezaba a azotarla con más fuerza, pero rápidamente intentaba cubrir su incomodidad con sarcasmo.

—Vaya, vaya, vaya. Mira quién es ahora el gran héroe fuerte, azotando a la pobre de mí —se burló Nisha.

Lenk apretó los dientes y apuntó uno de los «lanzamientos de ángulo bajo» justo en el centro de su trasero, casi cubriendo ambas nalgas. Luego cambió a un patrón menos predecible. Palmadas rápidas, palmadas fuertes, pequeños cambios aquí y allá. Lenk pensó en los pasos de un baile animado que una vez compartió con Irya, en contraste con el vals lento y predecible que preferían los visitantes de Castle Town. Ahora, Nisha era su pareja de baile. Su mano y el trasero de ella parecían bailar al ritmo de su propio tambor.

Mientras daba cada firme palmada, las burlas de Nisha se volvían cada vez más furiosas.

—¿Crees que eres tan poderoso y superior, verdad? —escupió —. Ni siquiera estarías aquí si no fuera por mí. Me debes una, ¡y solo estás desquitando tus frustraciones conmigo!

Lenk hizo una pausa en el castigo y miró a Nisha con severidad.

—No te debo nada, Nisha. No quería ayudarte porque pensara que era tu esclavo. Quería ayudarte porque pensaba que eras mi amiga. Pero luego actúas como si fueras mi enemiga. Claro, puede que me hayas ayudado a romper la maldición, pero eso no te da derecho a tratarme como a un perro.

Nisha bufó y cruzó los brazos.

—Bien. Solo termina este estúpido castigo para que podamos continuar.

Lenk asintió y reanudó la azotaina, preguntándose si había ido demasiado lejos. Nisha no hablaba mucho de sí misma, pero él había escuchado cada palabra que dijo durante las largas semanas, y su sentido del orgullo era innegable. Tal vez

buscaría venganza más tarde por azotarla como a una niñita traviesa. Pero entonces recordó todas las veces que Nisha lo había molestado y pateado mientras estaba atrapado como lobo, y supo que necesitaba aprender una lección.

Nisha por fin empezó a soltar un chillido con cada golpe, un sonido que realmente hizo que algunos pájaros cercanos salieran volando en pánico entre las ramas susurrantes de los árboles. Intentó empujarse hacia arriba de nuevo, pero Lenk la mantuvo firmemente en su lugar, cada golpe de su mano cayendo más fuerte que el anterior.

Mientras continuaba el castigo, el trasero de Nisha empezó a ponerse de un rojo brillante y ella se estremeció y soltó un silbido.

—¡Para, Lenk! —rugió Nisha, con la voz quebrada.

Lenk hizo una pausa un momento, con la mano aún descansando sobre su trasero caliente y rojo cereza.

—¿Entiendes por qué estoy haciendo esto? —preguntó Lenk con severidad.

Nisha bufó y asintió con la cabeza.

—Porque he sido una idiota —gruñó.

Lenk asintió satisfecho y ayudó a Nisha a levantarse. Ella se frotó el trasero dolorido, estremeciéndose de dolor.

—Ahora, quiero que vayas a buscar una vara —dijo Lenk, señalando un árbol cercano—. Aún no hemos terminado.

Nisha se quedó helada. ¡No podía estar hablando en serio!

—Lenk, por favor, para, ¡no puedes hacerme esto! ¡Soy una…! —Se detuvo antes de admitir demasiado—. Quiero decir… ¿Lo siento? —suplicó Nisha, intentando deliberadamente que su voz se quebrara de emoción. Un poco de la rutina de cachorrito herido no podía hacer daño, ¿verdad?

Lenk hizo una pausa y la miró con severidad.

—Aún no lo sientes de verdad —dijo—. Ahora ve y trae tu vara. Asegúrate de que sea resistente.

Nisha lo miró con furia, pero sabía que era mejor no discutir. De mala gana, se dirigió al bosquecillo cercano, aún frotándose furiosamente su trasero rojo brillante. Le lanzó una mirada ardiente, pero al encontrarse con su mirada notó que su furia parecía derretirse.

Parpadeando para contener una lágrima, lo miró casi con timidez. Era la misma mirada que solía darle mientras lo molestaba por estar atrapado como lobo. Con un sobresalto, Nisha apartó la cara, claramente más avergonzada por su lágrima que por su trasero. Lenk encontró el gesto extrañamente lindo, sorprendido por la rareza del pensamiento.

Mientras Nisha desaparecía entre los árboles, marchando como un soldado obediente, Lenk no pudo evitar reflexionar sobre la situación. No estaba seguro de querer perdonar a Nisha por cómo lo había tratado, pero también sabía que no podía simplemente dejarla atrás. Ahora era parte de su viaje y estaba decidido a llevarlo hasta el final. Al mismo tiempo, descubrió que sentía un extraño respeto por ella. De alguna manera, habría sido más fácil si fuera completamente terrible. Su fuerza y astucia hacían que sus horribles palabras fueran aún más cortantes.

Recordó cómo Russel y los demás padres le habían pedido que ayudara a castigar a los niños del Pueblo Odhrán ocasionalmente. Turo, Muro, Bess, incluso Conner. Todos habían terminado sobre el regazo del «Hermano Mayor Lenk» en al menos una ocasión. Hubo un incidente especialmente memorable en el que Turo los había llevado al Bosque Eterno. Cuando sus padres descubrieron su ausencia y todo el pueblo se unió al grupo de búsqueda, Lenk fue quien encontró a los niños perdidos, llorando en el bosque. Más tarde, después de regresar sanos y salvos a casa, lloraban por una razón diferente cuando Lenk azotó a cada uno por turno antes de enviarlos a casa a esperar el regreso de sus padres. Hasta el día en que Lenk dejó el Pueblo Odhrán, los padres de Odhrán descubrieron que amenazar con enviar a un niño travieso con Lenk para un castigo tendía a fomentar un comportamiento perfecto.

Russel le había enseñado que el propósito de una azotaina era ayudar a un niño a convertirse en una buena persona. El perdón era necesario para una azotaina adecuada. Lenk pensó

con tristeza que tendría que trabajar en la parte del perdón con Nisha.

[Fin del Capítulo I]

Nisha Finalmente Recibe Su Merecido

Capítulo II: La Princesa y el Caballero

Intentando ignorar el escozor en su tierno trasero, Nisha saltó para alcanzar una rama que parecía fuerte. Con un movimiento de su cabello mágico, la rompió con un chasquido seco. «Los efectos de ese hechizo de protección deben de estar desapareciendo por fin», pensó. Probó a esconderse en las sombras y descubrió que no podía. «Debe tener un efecto más prolongado en mi magia de sombras más compleja», se dio cuenta Nisha. Pero con su cabello, ¿sería suficiente para un ataque sorpresa? Nisha sostuvo la vara en la mano, sintiendo su peso y su corteza resistente. No temía que Lenk la lastimara, pero definitivamente era capaz. Convertirlo de nuevo en lobo era su mejor oportunidad para retomar el control de la situación. «¿Y si termina esta pequeña sesión disciplinaria y decide abandonarme aquí?», se preguntó. Pero no, Lenk era del tipo simple y de buen corazón. Estaba tramando intrigas contra alguien que probablemente moriría antes de romper su palabra con ella.

Un pensamiento le vino a Nisha. Se dijo a sí misma que no le tenía miedo a Lenk, pero ¿era eso completamente cierto? ¿Se estaba mintiendo a sí misma, como había ocultado la verdad a Lenk estas últimas semanas con sus insinuaciones cuidadosamente elegidas y sus burlas? De una forma, no podía temer a un alma tan bondadosa. Pero ¿realmente no le temía que la lastimara? Una brisa fresca rozó el ardor punzante de una marca roja en forma de mano en su trasero. ¿Y si lo atacaba sin contenerse? ¿Podría dominarlo? ¿Y si lo acorralaba? ¿Desenvainaría él su espada contra ella? ¿La mataría? ¿Estaba dispuesta a arriesgar eso solo para evitar una pequeña azotaina y un golpe a su orgullo? Había tanto en juego, más de lo que Lenk podía imaginar.

Al final, solo era cuestión de si quería volver, enfrentar su azotaina y confiar en él para ayudarla como hombre libre, o intentar forzarlo a la servidumbre solo porque le convenía.

«No soy una cobarde», dijo en voz alta, y cortó las ramitas sueltas de la vara con un floreo de su magia.

Nisha salió del bosque con una vara delgada de abedul que entregó a Lenk de mala gana. Lenk la examinó con cuidado, asegurándose de que tuviera el tamaño y la forma adecuados para el castigo que tenía en mente. Un poco corta, pensó, pero fuerte y flexible.

—Has encontrado una vara excelente, Nisha. Servirá perfectamente.

La hizo silbar en el aire para probar su tacto. Nisha se tensó al oír el sonido, imaginando ya cuántas veces iba a escuchar ese mismo swish seguido de un agudo crack. Pero Lenk no empezó el castigo de inmediato, dejando que el momento flotara en el aire.

—Nisha —dijo con voz seria—, ¿por qué me trataste así? ¿Solo porque estaba maldito y no podía hablar por mí mismo?

Nisha bajó la mirada, con el rostro lleno de vergüenza y rabia.

—No lo entiendes, Lenk. Para mí solo eras una herramienta, un medio para un fin. No te veía como una persona, solo como una forma de ayudarme a romper la maldición de mi pueblo.

La expresión de Lenk se ensombreció.

—Eso no es una excusa, Nisha. Podrías haberme tratado con algo de respeto, aunque no te importara. No había necesidad de patearme y burlarte de mí como si fuera un perro.

Nisha se erizó.

—Bueno, ¡técnicamente eras un perro! Y de todos modos, no es como si no te hubiera sido útil cuando estabas atrapado en tu forma maldita.

Lenk negó con la cabeza.

—Eso no lo hace correcto, Nisha. Me hiciste daño y necesitas asumir la responsabilidad. No puedes simplemente restarle importancia y fingir que no importaba.

Nisha miró hacia otro lado, incapaz de sostener la mirada de Lenk. Sabía que tenía razón, pero no quería admitirlo. Siempre se había considerado dura e independiente. La idea de disculparse y admitir que estaba equivocada le parecía un golpe a su orgullo.

Pero mientras estaba allí, viendo a Lenk sostener la vara de abedul, empezó a sentir algo más. Arrepentimiento. Tanto por lo que estaba a punto de ocurrirle a su trasero como por lo que había hecho para merecerlo. Se dio cuenta de que el dolor que sentía era el mismo tipo de dolor que Lenk debió de sentir con sus patadas.

Finalmente, levantó la vista hacia Lenk.

—Lo siento, Lenk —murmuró con voz baja—. Estuve mal al tratarte así. Fue cruel e injusto, y me arrepiento.

Lenk asintió, pero no bajó la vara.

—Acepto tu disculpa, Nisha. Pero creo que aún tenemos un asunto pendiente aquí.

Los ojos de Nisha se abrieron con sorpresa cuando Lenk le indicó que se diera la vuelta.

—¿Ves ese tronco caído? —le preguntó con intención—. Ve y inclínate sobre él. Necesito usar todo el brazo para manejar bien esta vara.

—¿Tenemos que hacerlo? ¿No basta con que haya dicho que lo siento? —exigió ella, reemplazando sus sentimientos temporales de arrepentimiento por su vieja rebeldía.

La expresión de Lenk era severa.

—Decir que lo sientes no es lo mismo que sentirlo de verdad. Vas a recibir tu castigo, Nisha. Es la única forma de dejar esto atrás.

Nisha dudó, pero sabía que tenía razón. Aun así, sintió la necesidad de volver la cabeza y hacer un puchero desafiante mientras marchaba hacia su destino. Aceptaría su suerte, pero no tenía por qué gustarle.

Se inclinó sobre el tronco con cuidado, apretando los dientes mientras Lenk daba unos golpecitos experimentales con la vara contra su trasero. Nisha era dolorosamente consciente de lo alto que tenía el trasero en comparación con la cabeza. Haber estado inclinada sobre el regazo de Lenk como una niña ya había sido vergonzoso a su manera. Pero con el trasero aún ardiendo, sobresaliendo al aire libre del bosque como una ofrenda a las diosas, Nisha sintió una sensación diferente. Vergüenza. Nisha no se había sentido tan avergonzada de sí misma desde... bueno, desde que dejó su hogar.

Lenk por fin soltó el primer latigazo de la vara sobre su trasero, con un sonido agudo y seco.

Nisha descubrió con disgusto que una vara podía producir un escozor más doloroso y duradero que solo una mano. Cuando la vara conectó de nuevo con su trasero, Nisha soltó un chillido de dolor. Casi parecía que le cortaba la piel con cada línea fina, y luchó por quedarse quieta mientras Lenk continuaba el castigo.

Nisha apretó los dientes y se dijo a sí misma que no lloraría. Estaba tan concentrada en contener las lágrimas que el tercer golpe la pilló desprevenida. Con un chillido, echó las manos hacia atrás para protegerse el trasero. Sin apoyo para la cabeza, cayó de bruces sobre el tronco caído, con los pies colgando en el aire.

Lenk detuvo el siguiente golpe en el último momento.

—Quédate quieta, Nisha.

—¡Lo estoy, lo estoy! —lloriqueó Nisha, con la voz teñida de frustración al darse cuenta de que no se estaba quedando quieta en absoluto. ¡Menuda imagen de compostura! Quería tanto tomar su castigo con valentía, como una adulta. Quería que Lenk la mirara y viera a una mujer fuerte, no a una niña temblorosa. Con el cuarto latigazo cortante de la vara, esa esperanza desapareció, al sentir que se levantaba un verdugón en su piel mientras la rama parecía despegarse lentamente. Tras el quinto golpe fresco, sintió que sus piernas pateaban sin control.

—Pon los pies en el suelo —ordenó Lenk. Nisha no obedeció, levantando el pie derecho y echando las manos hacia atrás para poner cualquier cosa entre su trasero y la terrible vara.

Sintió que él le apartaba suavemente el pie. Luego bajó la vara, no sobre su trasero como esperaba, sino sobre la planta del pie derecho. Jadeó ante este cambio. Tras dos golpes más punzantes en la planta del pie derecho, lo colocó en el suelo y, para no dejarla de lado, levantó el pie izquierdo.

Después de dar el primer golpe en el pie izquierdo, hizo una pausa.

—¿Ves? Si pataleas, tus pies pueden recibir el golpe de la vara. Si desobedeces de nuevo, te enviaré al bosque a buscar un manojo entero de varas y empezaremos desde el principio. — Dio los dos últimos golpes en el pie izquierdo y lo colocó firmemente en el suelo—. Lo mismo para tus manos —añadió, y tomando su mano derecha por la muñeca, dio tres golpes en la palma.

Por alguna razón, Nisha se encontró gritando con renovada fuerza ante este nuevo aprieto. Había concentrado tanta atención en su trasero últimamente que era como si el resto de su cuerpo no existiera. Cuando Lenk soltó su mano derecha, la apartó y sopló sobre ella, intentando enfriar las tres marcas rojas furiosas que la cruzaban. El aire fresco no hizo más que hacer que le picara la palma.

Como era de esperar, sintió que Lenk le agarraba la palma izquierda y se preparó, queriendo mostrar una fachada más valiente de la que había tenido. «No le tengo miedo a una pequeña azotaina», pensó ferozmente, antes de que Lenk diera tres rayas en su palma izquierda.

Cuando soltó su mano izquierda, la colocó obedientemente delante de ella, sacándola del alcance de la vara. Bailoteó un poco de un lado a otro, intentando apoyarse en las plantas de los pies y las manos, y descubriendo que cada una le dolía demasiado para soportar su peso. Pero ahora no sentía ninguna tentación de ponerlas delante de su trasero. «Lo siento, trasero, tendrás que defenderte solo un rato», pensó Nisha con un bufido.

Lenk dejó que Nisha se moviera incómoda sobre sus manos y pies un momento mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Esto no iba bien. ¿Había olvidado algo? Intentó recordar sus experiencias en el Pueblo Odhrán. Muro era bien portado, pero en las raras ocasiones en que Lenk lo había

castigado, el pequeño Muro actuaba como un profesional estricto. Azotar podía ser un asunto desagradable, pero Muro lo trataba con toda la seriedad de un negocio. Conner era parecido, un niño tan bien portado y tan sensible que Lenk se sentía culpable después del primer golpe. Ninguno de sus recuerdos con esos dos parecía útil en este momento.

Por otro lado, Turo había sido un problemático y sus padres habían encontrado trabajo frecuente para Lenk como «mano contratada». Como Nisha, Turo tenía tendencia a actuar con dureza y no ceder ni un centímetro, pero al menos sabía quedarse quieto. Bess le recordaba a Nisha también, pero de forma diferente. Siempre una reina del drama en el fondo, Bess tendía a llorar y berrear antes incluso de que empezara la azotaina, con la esperanza de convencer a Lenk de que fuera suave con ella. Lenk acabó aprendiendo a ignorar las lágrimas de cocodrilo de Bess hasta oír las de verdad. Nisha tenía ese mismo dramatismo, pero también era mucho más dura que Bess. Ya había castigado a Nisha con más severidad de la que nunca había castigado a ninguno de los niños de Odhrán. Bueno, excepto a Irya. Lenk tragó saliva al recordar.

«Una buena azotaina debe terminar en lágrimas», le había dicho Ulrike una vez con naturalidad cuando él estaba recibiendo. Como niñero y «mano contratada», Lenk había encontrado la sabiduría en las palabras de Ulrike. Las lágrimas reales eran señal de que el mensaje había calado. No se podían fingir, ni siquiera por Bess con su método actoral para recibir azotainas. Había visto un par de lágrimas en Nisha, pero su fuerza de voluntad para ocultarlas era increíble. La única vez que Lenk había visto esa clase de fortaleza fue… Irya.

Sí, incluso la dulce y compasiva Irya había necesitado disciplina a lo largo de los años. De hecho, fue el padre de Irya, Bo, quien empezó la tradición de convertir a Lenk en «mano contratada» para la disciplina infantil en Odhrán. Cuando Irya visitó las cabras de Odhrán y olvidó cerrar la puerta detrás de ella, todo el rebaño escapó. Después de la desesperada recogida, Irya confesó su culpa a Lenk antes de hablar siquiera con su padre. Cuando él la instó a decirle la verdad a Bo, Irya prometió que lo haría si Lenk la acompañaba. Como era de esperar, Bo se decepcionó.

Pero para sorpresa de Lenk, Bo no perdió tiempo en azotar a Irya delante de él, y luego propuso que Lenk terminara la azotaina de Irya, ya que había sido su duro trabajo el que Irya había destruido. Lenk se negó al principio, horrorizado ante la idea de lastimar alguna vez a una amiga como Irya. Pero Irya argumentó que si de todos modos iba a recibir otra tunda, se sentiría menos culpable si Lenk lo hacía. Parecía tan sinceramente arrepentida que Lenk no soportaba la idea de dejarla enfrentar una segunda azotaina sola. Bo lo guió a través del proceso de azotar a Irya con la misma preocupación paternal que usaba para enseñarle el arte de pastorear cabras. Y tal como Ulrike le había enseñado, Lenk había azotado a Irya hasta las lágrimas. Durante la quincena siguiente, Irya fue enviada a Lenk para una azotaina adicional cada mañana para reforzar el mensaje. La tradición quedó establecida. Bo alabó la habilidad de Lenk como «mano contratada» por el pueblo. Lenk nunca entendió por qué, hasta que Irya admitió con orgullo que nunca había llorado durante una de las azotainas de su padre. Lenk había sido el primero en lograrlo.

Lenk tragó saliva ante los recuerdos de azotar a Irya a lo largo de los años. Irya y Nisha no eran iguales cuando se trataba de aceptar el destino de recibir una azotaina. Irya era educada, arrepentida, complaciente, casi servicial de una forma extraña. Pero con todo eso, Irya nunca lloraba fácilmente. Si solo hubiera una forma de convencer a Nisha de adoptar la mentalidad de Irya de «inclínate y acepta tu destino con dignidad».

Al pensar en Nisha, los pensamientos de Lenk volvieron al momento presente. Captó un vistazo del ojo naranja de Nisha mirándolo. Había estado demorándose lo suficiente. Darle unos momentos para recuperar la compostura y pensar en los verdugones frescos de sus manos y pies había sido buena idea, pero una buena azotaina nunca debía ser aburrida. Lenk encontró la mirada curiosa de Nisha con una sonrisa cómplice. Avergonzada de ser pillada mirando, ella volvió la cabeza hacia delante con mal humor. Lenk sintió que había resuelto un rompecabezas especialmente complicado. Había esperado que Nisha simplemente aceptara su azotaina y aprendiera de ella, pero lo que necesitaba aprender primero era cómo aprender de una azotaina.

—Está bien, Nisha, esa fue la segunda vez que desobedeciste una orden y forcejeaste. ¿Cómo se sienten tus manos y pies?

Nisha sopló un mechón salvaje de cabello naranja de su cara con un bufido y puso los ojos en blanco.

—Me duelen. Me duelen las manos, me duelen los pies, me duele el culo. ¿Qué esperas…?

¡SWISH!

Nisha aulló tan bellamente como él lo había hecho en forma de lobo, con su grito convirtiéndose en un gemido al final. Igual que con la mano, Lenk descubrió que usar una vara requería un preciso movimiento de muñeca. Un poco de variedad no hacía daño, pero apuntando para que la punta de la vara aterrizara en el objetivo, podía reunir más fuerza y levantar un verdugón más grueso. Igual que un agarre invertido en una espada, pensó Lenk, admirando los efectos.

—Eso es otra cosa, tu actitud. La rebeldía y la grosería no te van a ayudar en absoluto en esta situación, Nisha. Crees que es valentía, pero es pura terquedad. ¿Has visto alguna vez a una mula?

Nisha mostró su sonrisa malvada y miró hacia atrás.

—¡Creo que he montado una recientemente! —La expresión pícara de Nisha desapareció con una mirada de comprensión repentina. Lenk se había movido a su lado izquierdo, apuntando un silbante golpe de revés para que la punta de la vara aterrizara justo en su nalga derecha, dejando un verdugón perfectamente igual al de la izquierda.

Resultó que la única respuesta al comentario ingenioso de Nisha fue el crack de la vara al partirse por la mitad.

Lenk la miró un momento, luego la arrojó a un lado con un encogimiento de hombros.

—Lástima, no había terminado del todo. No importa, irás a buscar una vara nueva y puedes esperar una azotaina adicional con el cepillo de Rhiannon. Eso debería bastar para que el mensaje cale, por hoy.

En pánico, Nisha se levantó del tronco y se volvió hacia Lenk, ocultando su trasero de la vista.

—¡No es justo! ¡Dijiste que solo me enviarías a buscar otra vara si pateaba y rompía la última!

—En realidad, dije que si desobedecías de nuevo te enviaría a buscar un manojo entero de varas. Gracias por recordármelo.

—¡Pero no desobedecí! ¡No es culpa mía que la vara se rompiera!

Lenk señaló con el dedo enfáticamente, con una mirada firme que silenció a Nisha.

—Primero, se rompió porque te azoté con ella. Te azoté con ella porque me contestaste, inmediatamente después de advertirte sobre tu actitud. La rebeldía deliberada es desobediencia. Segundo, no dije que no recibirías otra azotaina si obedecías, dije que irías a buscar ese manojo de varas si desobedecías. Ya había decidido presentarte al cepillo desde el principio, independientemente de cómo te comportaras durante la vara. Tercero, azotar es un castigo para niños. Termina cuando el niño travieso ha aprendido su lección. Esa eres tú, Nisha, y aún no has aprendido nada. He conocido a algunos niños que eran unos mocosos, pero al menos eran lo bastante listos para portarse bien cuando se encontraban inclinados sobre una rodilla, mía o de sus padres. Nunca había visto a alguien tomar una azotaina tan mal como tú. ¿Tienes tanto miedo?

Nisha mostró los colmillos.

—No le tengo miedo a nada, y menos a algo tan infantil como una azotaina.

—Entonces ir a buscar esas varas no debería ser problema, ¿verdad?

Nisha sintió que algo se le atragantaba. Abrió la boca y la cerró de nuevo haciendo un puchero. ¡Maldita sea! ¿Por qué no se le ocurría una réplica? Debería estar llevando a este aldeano de vuelta al agua por la nariz.

—Muy bien, amo, iré a buscar tu manojo de varas y puedes desgastarlas todas en mi traserito, si te place. Pero no te daré la satisfacción de verme llorar.

—No soy tu amo, Nisha, soy tu aliado. O al menos, quiero serlo. Y no obtengo ninguna satisfacción de esto. No quiero lastimar a nadie, nunca. Me trataste mal. Me atacaste, trayendo una maldición sobre ti misma. Y luego desquitaste tu frustración conmigo. Si vamos a ser amigos… ah, aliados… entonces debe haber un entendimiento entre los dos.

—Así que el entendimiento es que si no hago nada que te guste, me azotan el culo. ¡Menuda asociación!

—Tienes magia, ¿no? Tienes un cristal con el que puedes amenazarme. Bueno, justo es justo. Si puedo confiar en que no abuses de ese cristal, puedes confiar en que nunca te azotaré de nuevo. Pero el hecho de que pueda azotarte, bueno, esa es mi magia especial, Nisha.

Al mencionar su magia, Nisha pensó en su cabello. Probó el suelo de nuevo con el pie, intentando ver si podía deslizarse en una sombra. Sin suerte. Captó un vistazo del rostro de Lenk mientras él se concentraba en su pie. «¡Mierda! ¿Lo sabe?»

Por fin le tocó a Lenk darle una sonrisa cómplice.

—¿Todavía no puedes deslizarte en las sombras? Bueno, al menos tu cabello ha recuperado su magia. Tenía su brillo interior cuando volviste con la vara.

—Bueno, para alguien inútil detectando trampas, no pareces perderte nada cuando se trata de un oponente. Supongo que eso viene bien como espadachín… ¡y como lobo!

—Gracias, así es. Y el hecho de que hayas vuelto sabiendo lo que pasaría significa que no eres una cobarde. Podrías haber usado ese cabello tuyo para detener esto en cualquier momento. ¿Por qué no lo hiciste?

Nisha se mordió el labio inferior.

—Yo… te dije que no le tengo miedo a una azotaina. Y… te necesito.

Lenk dejó que su respuesta flotara en el aire. Nisha sintió la incomodidad de ello. «El tipo fuerte y silencioso».

Nisha suspiró.

—Iré a cortar más varas. ¿Diez serán suficientes? —Lenk solo asintió en respuesta.

Desesperada por al menos ganar una pequeña victoria, Nisha usó la magia de su cabello para arrancar diez ramas resistentes de los árboles más cercanos, limpiarlas y presentarlas en un abrir y cerrar de ojos. Solo deseó tener una cinta para atarlas con un lazo.

Lenk examinó cada una y asintió con aprobación. Luego sacó, de todas las cosas, una cinta para el cabello de mujer de su equipo y las ató en un manojo ordenado. «Probablemente un regalo de alguna linda flor de una chica del campo», pensó Nisha furiosa.

Lenk por fin rompió su silencio pétreo.

—Ahora estamos llegando a alguna parte. Lo único que queda es darte algo de práctica para recibir tus golpes. —Nisha se acercó al tronco para asumir la posición, pisando con cuidado al recordar intentar equilibrar su peso sobre sus manos y pies aún doloridos.

Pero antes de que pudiera inclinarse sobre él, Lenk la detuvo.

—No solo te inclines sobre él. Cometí un error dejándote hacerlo la última vez. No eres un bulto en un tronco. Coloca los pies firmemente delante de él, inclínate y apoya las manos encima del tronco para sostenerte. —Nisha dio la apariencia de obedecer, moviendo los pies incómodamente y flotando las manos justo encima de la superficie áspera de la corteza. Los verdugones gritaban en protesta.

Un golpecito suave del manojo de varas de Lenk contra los verdugones frescos de su trasero devolvió la atención de Nisha a Lenk.

—Eso no sirve. Tienes que estar sólida. Piensa en ello como tomar una postura de combate.

—Los verdugones… duelen demasiado…

—Solo porque crees que duelen demasiado. Los verdugones van a doler hagas lo que hagas. Bailotear sobre ellos probablemente lo empeora. Concéntrate en tu postura. Todo tu cuerpo, no la pequeña parte que duele.

Nisha obedeció, y tras un destello de dolor de los verdugones, descubrió que podía empujar a través de él. Era como si Lenk le estuviera enseñando esgrima por un momento. Casi… digno.

—Ahora levanta la cabeza y saca las nalgas.

Nisha frunció el ceño.

—Y… ¡se fue!

—Ojos al frente. Encuentra un punto en el que concentrarte y mantén tu atención en él.

Nisha encontró un nido de pájaros y fijó los ojos en él con furia. «¡Pájaros estúpidos!» pensó.

—Arquea un poco la espalda. Piensa en ti misma como un soldado: «¡Presenten armas!»

—¡Ugh! ¿Cómo se supone que esto me ayude?

En respuesta, Lenk dio unos golpecitos con las varas contra ella, no lo suficiente para doler (bueno, excepto que los verdugones dolían al mínimo toque). Pero lo bastante fuerte para que Nisha sintiera que su cuerpo se balanceaba ligeramente hacia delante.

—¿Sientes ese movimiento? Ahora que tu estómago no está presionado contra ese tronco, el impacto de las varas tiene que atravesarte. Tu objetivo es aceptarlo, pero también resistirlo.

—¿Estás seguro de que no te azotaron en la cabeza de niño? —bromeó Nisha, antes de maldecirse a sí misma por contestar de nuevo.

Lenk rio entre dientes.

—Buena esa. Como me has hecho reír, no te daré una azotaina adicional por contestar. —Pero sí dio un golpe juguetón con las varas, con un poco más de firmeza que el golpe de prueba anterior.

—No tientes a la suerte, Nisha —pensaron ambos.

—En la esgrima, una postura debe ser fuerte, pero también flexible. Debes ser como la roca y el río. Cuando sientas la vara,

te va a llevar hacia delante, así que necesitas resistirla para que no te envíe rodando sobre el tronco de nuevo.

Nisha puso los ojos en blanco, antes de sentir un tercer golpe, un poco más fuerte que el segundo. Esta vez sintió el movimiento ondulante y se contuvo. Al hacerlo, sintió que presionaba su peso contra las varas. «Es como si tuviera que ayudarte a azotarme», murmuró.

Lenk dio un cuarto golpe, esta vez lo bastante fuerte para que tuviera algo de escozor. «Exacto».

«Así que oyó eso. ¡Malditas orejas puntiagudas las suyas!» pensó Nisha, guardando silencio esta vez.

¡WHACK!

El quinto golpe probablemente estaba a la mitad de su fuerza completa. Nisha aspiró aire mientras los verdugones en ambas nalgas hormigueaban.

—No olvides relajarte, Nisha. No puedes mantener un músculo tenso por mucho tiempo. Respira. Inspira. Espira.

Nisha arrugó la cara y soltó el aire. Se sintió tranquila.

Y con el sexto golpe, supo que había comenzado. Ya sin contenerse, Lenk golpeó con la fuerza de un espadachín. Pero Nisha estaba lista. Descubrió que su cuerpo aceptaba cada golpe con gracia y, extrañamente, podía aceptarlos mentalmente antes de que aterrizaran. Pero el duodécimo golpe la pilló desprevenida y la envió hacia delante, sujetándose en el tronco con los codos. Miró hacia atrás, aterrorizada de que eso le mereciera otra azotaina. ¿Cuántas llevaba? Pero Lenk había hecho una pausa misericordiosa.

—Mucho mejor, Nisha. Pero te estás basando en predecir el ritmo. Necesitas moverte con el oponente.

—¿Vas a enseñarme a pelear con espada después? ¡Espero que no me tires de culo!

—No dolería. O mejor dicho, la parte de aprender a usar una espada no dolería. Intentar predecir el ritmo de un oponente es un juego perdedor. Para cuando hayas terminado de discutir contigo misma…

¡WHAP!

¡Un golpe sorpresa!

—… ¡ya te tienen! Intenta no pensar en lo que hace tu cuerpo. Deja que se mueva solo. Ahora quiero que te concentres en otra cosa.

—¿Qué, ese nido de pájaros en el árbol? Eso es lo que elegí para concentrar mi atención.

—Bien. Ahora quiero que cierres los ojos. Visualiza ese mismo nido de pájaros.

Nisha cerró los ojos y pensó en el nido, completo con pájaros, pero un rápido golpe de la vara la sacó de ello.

—¡Oye! ¡No estaba lista!

—¿Le reprocharías a un enemigo que te golpeara? Acepta y concéntrate.

¡THWACK!

Nisha tenía una réplica en mente, algo sobre apuñalar a su oponente en el culo mientras daba la espalda, pero eligió guardar silencio.

¡WHAP!

Por fin trajo la imagen mental del nido de pájaros de nuevo. Lenk parecía tomarse su tiempo. ¿Tal vez había terminado?

¡WHIP!

¡Pájaros! ¡Algo sobre pájaros! ¡Pajaritos estúpidos!

¡TWHIP! ¡WHUP!

Dos en rápida sucesión. Lenk había vuelto a su estilo libre.

¡THWAP!

¡Maldición! No había forma de que Nisha pudiera predecir esto.

¡WHACK!

¡Pájaros! ¡Pajaritos bebés en un nido!

¡TWHICK!

Nisha vio a los pajaritos bebés claramente en su mente.

¡THWUP!

Sobre la imagen, vio su propio cuerpo deslizándose hacia delante con gracia mientras el impacto de las varas ondulaba a través de ella.

¡SMACK!

Siempre le había encantado ver al chotacabras alzar el vuelo, el movimiento ondulante de sus alas.

¡CRACK!

Los ojos de Nisha se abrieron de golpe al sentir que algunas de las varas se rompían con el último golpe. Mientras miraba el nido de pájaros, vio a una madre pájaro regresando a él.

Mirando el manojo de varas casi gastado, Lenk silbó. Estaba impresionado de que Nisha fuera tan rápida en el arte de recibir una azotaina. Estaba aceptando su castigo bellamente.

—Bien hecho, Nisha. Solo cuatro de tus diez varas han sobrevivido. No tiene sentido usarlas ahora y pueden ser útiles más tarde. Como prometí, terminaremos presentándote al cepillo de Rhiannon.

Con un gesto rápido, sacó un cepillo de madera robusto de su mochila. Nisha se volvió a mirar mientras Lenk lo sostenía en su mano izquierda y lo palmeaba contra su palma derecha. Notó que estaba ornamentado con una imagen tallada de un caballo en el dorso. De alguna manera, le pareció adecuado. Era guapo, pero simple. También parecía adecuado que su castigo no hubiera terminado. Ahora que por fin había aceptado su situación, sentía que todo lo anterior no contaba de alguna forma. Nisha quería ser castigada como era debido, y quería mostrar que podía tomarlo como era debido también.

—Lenk, ¿puedes… por favor inclinarme sobre tu regazo otra vez? Me temo que no podré quedarme quieta mucho más sin tu ayuda. —Intentó levantarse del tronco y sintió que los verdugones se estiraban con una punzada. Sin mirar, sabía que

debía haber verdugones cruzados cubriendo la mayor parte de sus nalgas inferiores.

—Lo tomaste con valentía, Nisha. Te retorciste un poco, pero te quedaste en tu lugar. Pero no creo que te incline sobre mi regazo esta vez. Voy a ponerte sobre mi rodilla.

Nisha arrugó la cara.

—¿No es lo mismo?

—No exactamente. Encuentro que esta posición en particular es mejor para apuntar con un cepillo. Pero es más rápido mostrártelo que explicártelo —dijo Lenk, bastante complacido de tener la oportunidad de demostrar su experiencia en esta área. Se sentó en el mismo tronco y colocó una manta suave que usaba para viajar sobre el tronco a su derecha. Luego levantó suavemente a Nisha y la colocó de cara a él sobre su rodilla derecha, guiándola hacia delante para que su torso superior descansara sobre la manta.

Nisha se sonrojó al sentir que sus piernas se separaban, con la rodilla de Lenk proporcionando apoyo a la mitad inferior de su cuerpo. Nisha de pronto se sintió aún más expuesta que cuando estaba inclinada sobre el tronco, y agradeció a las diosas que al menos su trasero estuviera de espaldas a Lenk. El delicado equilibrio la hacía completamente dependiente de él para mantenerla en su lugar. Pero también era extrañamente cómodo, presionada contra la manta suave y la gruesa lana de los pantalones de Lenk.

Mientras Lenk hacía girar el cepillo de Rhiannon en su mano izquierda con un floreo practicado, lo atrapó hábilmente y dio unos golpecitos en cada una de las nalgas punzantes de Nisha. Incluso esas suaves palmaditas cariñosas fueron suficientes para enviar una sensación de escozor furioso a través de los verdugones, como los efectos posteriores de una quemadura solar.

Hacía solo un momento, Nisha había estado pensando en cómo se merecía esto. Cómo quería lo que le venía. Sintió que tenía que decir algo, parcialmente para retrasar el asalto unos preciosos segundos y parcialmente para hacer algo que restaurara su sentido del orgullo.

—No te atrevas a ir suave conmigo —espetó, con un toque de su voz burlona—. Casi me tenías llorando como un bebé antes de romper esa vara. ¿No te diste cuenta de que azotar así no era una buena idea? Claramente no debes tener mucha experiencia como disciplinador.

Nisha sintió que la bravata se desvanecía de su voz incluso mientras lo intentaba. Se dio cuenta de que, con ella en esta posición, Lenk podía apuntar golpes verticales desde lo alto de su cabeza. De pronto tuvo una visión de verlo partir el cráneo de un moblin con un estilo similar de golpe con su espada. Además, con sus piernas colgando a cada lado de su muslo, no podía tensar el trasero como antes. Esa extraña sensación de relajación volvió sobre ella.

—No muestras miedo ni por un segundo, te lo concedo — respondió Lenk, impresionado.

Sin perder más tiempo, bajó el cepillo con un agudo pop sobre su nalga derecha, justo donde se unía con el muslo superior. Nisha no tenía ni idea de qué era un «punto de asiento», pero Lenk había decidido que era hora de volver su atención a esa zona para el gran final. «Una posición perfecta en el trasero para colocar un castigo de paliza perfunctoria», había bromeado Russel una vez.

El segundo golpe aterrizó en el punto de asiento izquierdo de Nisha. El escozor fue más intenso que antes y Nisha gritó más fuerte, ya incapaz de fingir que estaba dotada de un trasero invulnerable. El tercer golpe sordo se hundió profundamente en su carne, cubriendo la mayor parte de su nalga inferior y rozando algunos de los verdugones de la vara. El pensamiento de lo diferente que se sentía esto de una vara fue interrumpido por una segunda ola de dolor punzante de los verdugones, como una protesta furiosa.

Nisha sentía todo el impacto ondulando a través de su trasero, combinado con el escozor agudo que normalmente solo una vara podía proporcionar. Lenk era realmente un maestro en más que la espada.

Nisha había estado tan cerca de derrumbarse completamente durante la vara que no tardó mucho en que el argumento final del cepillo tuviera su efecto deseado. Las lágrimas volvieron y, instintivamente, Nisha aún quería luchar contra ellas.

Pero ¿por qué? ¿Por qué quería luchar contra las lágrimas? ¿Para demostrar que era fuerte? Ya sabía que era fuerte. Pero ¿realmente lo era? Había usado a Lenk. Usado su fuerza como su herramienta, porque en el fondo sabía que su fachada audaz no era suficiente.

Toda su vergüenza y arrepentimiento se acumularon en su corazón, derramándose en olas en sus lágrimas, rodando por sus mejillas. Al tercer golpe punzante, cerró los ojos con fuerza, y el mundo desapareció en la negrura.

Todo el tiempo, solo había estado fingiendo. Su «fuerza» había sido una mentira, ocultando su miedo. Ocultándose detrás de la fuerza de Lenk. Pero ahora no tenía nada que ocultarle a Lenk. Todo estaba al descubierto ante él. Y con cada ola de dolor fresco sentía la fuerza de este hombre.

Por primera vez en su vida, sintió que no tenía que fingir ser fuerte para alguien más. Y mientras Nisha aceptaba su debilidad, aceptaba el dolor, era como si el fuego en su carne estuviera quemando esa debilidad.

Después del cuarto golpe lento y deliberado, Lenk aumentó gradualmente el ritmo, igual que montar a Rhiannon de un paso a un trote, a un medio galope, a un galope. Para el décimo golpe, Lenk había alcanzado el «tempo de medio galope» y se concentró en pintar su objetivo con un bonito y uniforme abrigo de rojo-violeta.

Para entonces, se volvió imposible para Nisha contar más allá. El escozor de cada golpe bien merecido se desvanecía en el siguiente. En su mente, todo se desvanecía en un vacío negro, perforado por estrellas brillantes. Su trasero. ¡Su pobre, pobre trasero! El mundo entero había dejado de existir. Era como la oscuridad eterna del crepúsculo.

Con un esfuerzo de voluntad, abrió los ojos y el mundo entero parecía brillar con estrellas a su alrededor, las mismas estrellas que había visto en la negrura.

Mientras Nisha captaba un vistazo de sus lágrimas goteando, brillando sobre la hierba debajo de su cara, sintió una extraña sensación nueva llenando su corazón. Alivio. Era el alivio de saber que era una niña mala y que Lenk la estaba castigando

exactamente como se merecía. Sabía que él se preocupaba por ella y que quería que fuera una mejor persona.

Nisha cerró los ojos mientras las lágrimas regresaban, pero esta vez no luchó contra ellas. Las recibió con agrado. Y con un largo y tembloroso sollozo, lloró hasta que todas sus lágrimas se derramaron por fin.

—Lo siento, Lenk —sollozó Nisha, con la voz apenas un susurro. Luego respiró hondo y habló con la voz autoritaria de una reina —. ¡Lo siento tanto, tanto! No debería haberte molestado así. No quise ser tan cruel contigo. Solo… a veces no sé cómo actuar…

El cepillo se detuvo cuando Lenk lo levantó bien alto, con los ojos encontrándose con los de Nisha. Ella se estremeció al oír sus propias palabras, dándose cuenta de que aún estaba poniendo excusas.

—No, no es eso. Todo el tiempo supe que estaba siendo cruel contigo. Lo… disfrutaba. ¡Solo soy una niña consentida y traviesa! ¿Puedes perdonarme? ¡Puedes azotarme todo lo que quieras! ¡Por favor, por favor, perdóname!

Lenk detuvo el castigo y ayudó a Nisha a levantarse, abrazándola mientras lloraba.

—Está bien, Nisha —susurró—. Has aprendido tu lección. — Dudó antes de añadir finalmente las palabras que sabía que eran necesarias—. Te perdono.

Nisha se sorprendió por el perdón de Lenk, pero también se sintió agradecida. Había esperado que guardara rencor y siguiera tratándola con el desprecio que ella nunca había fallado en mostrarle. Sabía que necesitaba mejorar, ser una mejor amiga para Lenk. Y con esa realización, juró cambiar sus formas.

—Gracias, Lenk —dijo, secándose las lágrimas—. No olvidaré esto y prometo que te trataré mejor en el futuro.

Lenk asintió, con la expresión suavizándose.

—Sé que cumplirás tu promesa, Nisha. Confío en ti. Nunca quiero tener que volver a hacer esto.

Nisha sintió un escalofrío ante las últimas palabras. Sintió la sinceridad en ellas, pero también entendió el significado implícito. «Idiota», pensó Nisha, pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

Decidiendo que no podía resistirse a burlarse un poco de Lenk por este desliz, se apartó de su abrazo para mirarlo a los ojos con desafío.

—Eso significa que estás dispuesto a hacerlo de nuevo si es necesario. Me pregunto si siquiera pensaste en esa posibilidad. ¿Vas a azotarme cada vez que me porte mal de ahora en adelante?

—Yo, bueno, realmente no quiero. No obtengo ningún placer de ello —balbuceó Lenk, dándose cuenta de pronto con un sonrojo de que había dicho algo que era lo opuesto a lo que había querido decir.

—Realmente no, ¿verdad? ¿Ni un ápice de disfrute? ¿Qué hay de todo ese asunto con la vara y el cepillo? Eres realmente bueno en esto. Un día harás feliz a alguna chica de campo, y probablemente mantendrás al menos a diez niños en línea con toda esa rutina… y tal vez a tu esposa también —siseó con deleite, mostrando sus dientes afilados en una sonrisa malvada.

—¿Qué? No, no a mi esposa. Nunca… quiero decir, es un castigo para niños.

—¿Eso es lo que soy? ¿Eso es lo que ves cuando me miras? ¿Una niña? Ese castigo fue bastante severo para una niña, chico lobo. Creo que fue un castigo adecuado para una mujer adulta. ¿Estás seguro de que no disfrutarías azotando a una bonita esposa de granja, aunque sea un poco? ¿Tal vez si ella lo pidiera?

Lenk tragó saliva. No había querido admitirlo, pero el pensamiento de que Nisha no era una niña se le había ocurrido antes. Su ingenio, su forma con las palabras. En algún nivel, siempre había sentido que debía ser mucho mayor de lo que parecía. ¿Realmente se le había olvidado eso? Y no lo había disfrutado, ¿verdad? «Yo… no quiero lastimar a nadie. Nunca. Ni a ti, ni a las criaturas con las que lucho, ni a nadie, a menos que…»

—A menos que sea necesario, ¿verdad? —terminó Nisha.

—Sí —respondió Lenk, torpemente. De pronto se le ocurrió que sin Nisha podría no haber llegado muy lejos en esta misión.

Nisha inclinó la cabeza, sonriendo radiante.

—Bueno, si nunca quieres volver a hacerlo, ¡solo tendré cuidado de portarme bien para que nunca tengas que hacerlo!

Con una tos, Lenk se enderezó rígidamente.

—¡Sí! Si alguna vez vuelves a tratarme como a un perro, ¡te encontrarás de nuevo sobre mi rodilla! Pero eso no será realmente un prob… —Nisha lo silenció con un gesto autoritario de la mano.

—Entonces, no es realmente justo que solo tú decidas cuándo es necesaria una azotaina, ¿verdad?

—¿Qué estás sugiriendo? ¿Que tú puedes azotarme?

—Oh, en absoluto. Eres un chico de campo tan inocente que no eres capaz de ser nunca tan travieso como yo.

—Bueno, en el futuro, si no estás dispuesta a aceptar una azotaina, entonces prometo que nunca te azotaré de nuevo.

—¡Eres tan lento! Eso tampoco es lo que quise decir. ¿Y si creo que necesito una azotaina y eres demasiado caballero para ver que me la merezco?

—Bueno, ¿qué se supone que debo hacer si eso pasa?

—No te preocupes, si alguna vez creo que necesito una azotaina, prometo pedírtela. Piénsalo. Sería mucho mejor tener una azotaina rápida y terminada que dejar que se acumule durante meses como hicimos con esta, ¿verdad?

—Supongo. Espera, ¿me estás pidiendo que te azote de nuevo?

—¿Estás bromeando? Después de la severa corrección que acabas de darme, no podré montarte en la espalda durante una semana. Pero si alguna vez te pido una azotaina, es justo que me la des, ¿verdad? Tal vez un poco menos severa que esta, pero pareces tener un don para elegir un castigo que se ajuste al crimen.

—Está bien, Nisha. No lo entiendo del todo, pero tiene sentido. Si me pides una azotaina, quiero decir, realmente me la pides con sinceridad, supongo que puedo darte una si eso te ayuda a portarte bien.

—Oh, gracias a los dioses. Por un segundo me preocupé de que nunca volviera a recibir una azotaina. Bueno, te haré cumplir esa promesa, maestro azotador.

Lenk ponderó la petición de Nisha. De alguna manera, sentía que había algo raro en toda la situación. Era como si Nisha fuera una reina dando órdenes a un sirviente con naturalidad, pero la orden no tenía mucho sentido para él.

—Oh, y por cierto, tendrás que cargarme. Apenas puedo caminar después de esa paliza brutal.

—¡Oh! Por supuesto, déjame ayudarte. —Lenk se inclinó disculpándose y alcanzó a levantar a Nisha.

—Oh, espera, no seas tan ansioso por recibir una orden. ¡Eres como un cachorrito! Déjame hacerlo bien. ¡Ahem! —Nisha se aclaró la garganta y dio un paso atrás. Luego hizo una reverencia—. Mi noble caballero, ¿tendría la bondad de honrar a su dama cargándola? Su mano más generosa de instrucción, y su vara de corrección, y su maestría con el cepillo han dejado a su dama con un trasero más que castigado y dolorido.

Con un elegante giro sobre un pie, Nisha giró y se inclinó con un floreo. Con las manos en las rodillas, arqueó la espalda, oh, tan ligeramente, para que su bien azotado trasero se presentara como un contenedor de corazón a Lenk.

Por primera vez, de pronto le cayó la ficha a Lenk de lo adulta que era realmente esta duende aparentemente infantil.

—Muy bien, mi dama, permíteme ayudarte.

Rodeándola con el brazo izquierdo bajo la cadera, la levantó suavemente para que pudiera sentarse con los brazos alrededor de su cuello y su peso inferior apoyado en su brazo.

Nisha se estremeció al sentir la tela de su túnica presionando contra sus puntos de asiento, pero antes de que Lenk pudiera disculparse, ella colocó delicadamente un dedo contra sus labios.

—Ahora, ahora. Es bueno para mí recordar mi castigo, ¿verdad? No se puede cambiar el pasado, solo aprender de él.

Lenk no pudo pensar en nada que decir, así que solo asintió, con esa terca fuerza que empezaba a golpear a Nisha como estúpidamente dulce. Los dos continuaron su viaje, con un nuevo respeto y entendimiento entre ellos.

Los poderes de sombra de Nisha regresaron esa noche. «Los efectos del hechizo de protección pueden haberse fortalecido por ese templo. O tal vez esa espada tuya sabe que estoy arrepentida y ha aceptado mi disculpa», meditó en voz alta. Se levantó del abrazo de Lenk y se deslizó entre las sombras.

Lenk descubrió que sentía un nuevo respeto por Nisha. Había tomado su castigo sin queja.

Bueno, no exactamente sin queja, pero ciertamente lo había tomado heroicamente y hasta se había disculpado por su comportamiento. Se dio cuenta de que la había juzgado mal antes y que era más que solo un duende burlón.

Mientras acampaban para la noche, Lenk tumbado de espaldas sobre la hierba alta y la cabeza de Nisha acurrucada en su pecho como almohada, Nisha no pudo evitar pensar en el castigo que había recibido. Había sido vergonzoso y doloroso, pero también había sido una llamada de atención. Mientras sentía el pecho de Lenk subir y bajar debajo de su cabeza, Nisha se dio cuenta de que había dado a Lenk por sentado y que él merecía algo mejor.

Resolvió tratarlo con más respeto en el futuro y compensar su comportamiento pasado. De pronto sintió un sobresalto cuando la mano de Lenk descansó sobre su trasero dolorido. Nisha se despertó sobresaltada, lanzándole una mirada furiosa, solo para encontrar a Lenk roncando, profundamente dormido. Mientras el dolor inicial se desvanecía, Nisha encontró el cálido zumbido extrañamente reconfortante. «Idiota, ni siquiera sabe qué está sujetando su mano».

Cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño, sintiendo una sensación de paz y contento que no había sentido en mucho tiempo.

[Fin]

Lenk Conoce a Láquesis

Por Yu May y Gojira

Cuando Lenk terminó de tocar las notas finales de la Música de la Eternidad en su flauta de barco, salió de un charco de luz hacia el extraño templo de otro mundo. Esto era. Después de descubrir la antigua variación de la melodía original, Lenk había aprendido no solo a atravesar los pasillos del tiempo en su propio mundo, sino también a través de mundos.

El Templo de los Destinos era una estructura imponente, sostenida por sólidas columnas de mármol talladas para parecer hombres y mujeres. Era como si estuvieran en desesperación mientras luchaban por sostener el edificio. Lenk sintió un escalofrío recorrerle la espalda. El estilo era diferente a todo lo que había visto en Avalón. Era antiguo, hermoso, pero también extrañamente frío. Los rostros desesperados de las esculturas parecían mirarlo directamente, gritando para advertirle que no entrara.

Lenk desenvainó su vieja espada corta y su escudo de madera de saúco, y avanzó hacia el templo. Mientras vagaba por los vastos y vacíos corredores, buscó monstruos y trampas en cada esquina, pero el Templo de los Destinos estaba inquietantemente desierto. Finalmente, Lenk llegó a una sala central. El único suelo era una gran plataforma circular, apoyada en un pilar que se elevaba desde el agua nublada y gris. Junto a la plataforma había un pesado ariete, también colgando de cadenas, apuntando hacia una gran campana al otro lado de la cámara. En el centro de la sala, una gigantesca estatua que representaba el rostro de una hermosa mujer se extendía desde el suelo hasta el techo.

Después de examinar cada rincón de la sala, Lenk encontró una palanca y la tiró. Al instante, el pilar se balanceó hacia delante y golpeó la campana con un tremendo y resonante clang. Lenk se quedó helado y sintió que el aire de la sala se aquietaba a su alrededor. Luego, el sonido de la campana comenzó a ralentizarse, pero no se apagó, y Lenk vio que también estaba imposiblemente congelada. Lenk sintió un cálido resplandor proveniente de su flauta de barco, la que le había regalado la

Princesa de Avalón, y comprendió al instante. Este lugar estaba tocado por una magia similar a la del Templo de la Eternidad.

Cuando Lenk alcanzó la flauta de barco, el tiempo comenzó a fluir de nuevo y la campana tembló y sonó una vez más. Después de unos minutos, Lenk había descubierto la intención del arquitecto. Había dos campanas en la sala, pero solo un pilar. Esta sala era un rompecabezas, una prueba de fuerza e ingenio destinada a disuadir a ladrones y intrusos imprudentes. Si había dos campanas, tenía que haber una forma de tocar la segunda, ¿verdad?

Sumergiéndose bajo el agua, Lenk encontró un torniquete oxidado debajo de la plataforma central. Tiró de él, pero no cedía, antes de verse obligado a salir a tomar aire.

Rápidamente, Lenk nadó hasta la orilla, agarró su mochila y sacó el equipo de sus aventuras anteriores.

Con una mueca, Lenk se puso los brazaletes dorados y sintió su fuerza antinatural fluir en su cuerpo. Deseó no estar atrapado en su cuerpo infantil, antes de que la Princesa Isolde lo enviara de vuelta en el tiempo y restaurara su juventud perdida.

Lenk tuvo que ponerse un par de pesadas botas de hierro para llegar al fondo acuático y se esforzó por mover el antiguo mecanismo. Cuando emergió del agua, vio que había girado la plataforma y el ariete ahora apuntaba a la segunda campana. Después de tirar de la palanca, la segunda campana sonó como un gong y Lenk sintió de nuevo un extraño escalofrío subirle por la espalda cuando el tiempo se congeló a su alrededor. Pero de nuevo se desvaneció y la campana terminó de sonar su profunda y inquietante nota.

Lenk golpeó el puño contra su muslo. Al mirar la estatua de la hermosa mujer sin expresión, de alguna manera parecía burlarse de él. Su rostro le recordaba a la Princesa Isolde, pero no había ni rastro de la bondad de Isolde en los ojos blancos y vacíos de la estatua.

Después de que Lenk y la Princesa Isolde apenas hubieran sobrevivido a su batalla contra Madoc Dracomere, antes de que el loco Rey del Mal quedara completamente poseído por la bestia demoníaca Magog, Isolde le había advertido que no usara los poderes de la flauta de barco de nuevo, excepto en

caso de extrema necesidad. Pero Lenk recordaba la última advertencia de Magog, su promesa de que volvería con venganza. Lenk no tenía elección. Tenía que matar a Magog de una vez por todas.

De pronto, Lenk tuvo un destello de inspiración. Subiendo hasta la segunda campana, Lenk usó toda su fuerza para tocarla. En el momento en que sintió que el aire se aquietaba, Lenk agarró la flauta de barco y tocó la primera nota, igualando el tono de la gran campana. Luego tocó la antigua Música de la Eternidad. En el momento en que terminó la canción, el sonido de la campana desapareció. No se desvaneció naturalmente. Todo el sonido de la sala se había ido.

Lenk quiso vitorear de alegría, solo para descubrir que no podía respirar. Era como si el aire fuera espeso y pesado a su alrededor. Ahogándose, Lenk intentó correr hacia la palanca que controlaba el ariete, pero sintió que nadaba en el aire. La flauta de barco ardía caliente a su lado, pero Lenk la ignoró. Mientras sus pulmones gritaban pidiendo aire, Lenk alcanzó la palanca y la tiró. Luego tocó la flauta de barco de nuevo y el mundo volvió a la vida. El ariete golpeó la segunda campana y, mientras ambas campanas sonaban en armonía, Lenk se cubrió los oídos. En el centro de la sala, la estatua de la mujer comenzó a agrietarse.

Lenk jadeó buscando aire y examinó el resultado de su trabajo. El hermoso rostro de la mujer ahora estaba marcado. Al comprender la clave del rompecabezas, Lenk sonrió.

Después de que el ariete atravesara el rostro de piedra de la mujer, Lenk se arrastró entre los escombros y corrió por el camino oculto detrás de la estatua. El largo corredor llevaba a una sala vacía de techo alto, con tres espejos gigantes como puertas, cada uno enmarcado ornadamente con oro y plata deslustrados. Lenk lo reconoció por un dibujo en el antiguo libro donde había encontrado la melodía alternativa para la Música de la Eternidad, que hablaba de dioses y diosas tan poderosos como las diosas de Avalón, pero sin amor ni piedad por su pueblo. Este era el Trono de Láquesis.

Al acercarse al espejo central, Lenk vio su propio reflejo, pero estaba extrañamente borroso y envuelto en sombras. Luego,

Lenk oyó un aleteo y miró hacia arriba. Sobre él, una mujer alta de piel oscura y cabello blanco como la nieve descendió en picado, moviéndose como un halcón que cae sobre su presa, pero mucho más despacio.

Lenk se estremeció cuando ella aterrizó con ligereza frente a él. Vestía una toga decorada con una fina faja y llevaba una larga capa ondulante de plumas de águila. Su casco estaba decorado para parecer un águila con las alas extendidas. La mujer habló con una voz sedosa que parecía venir no de su garganta sino de muy lejos.

—Te estábamos esperando, niño de otro mundo. Soy Láquesis, Diosa del Presente, de las hermanas del destino.

Mientras Láquesis se acercaba, Lenk notó que uno de sus pechos estaba completamente expuesto y bajó la cabeza con torpeza. La mujer rio delicadamente.

—Eres educado, para ser un intruso.

Lenk levantó ligeramente la cabeza, frunciendo el ceño, pero antes de que pudiera disculparse, la mujer levantó una mano.

—No, no hables. Ya conozco la razón de tu venida. Sí… siempre lo he sabido. Está tejido en el tapiz de tu destino. Buscas el fin de un enemigo odiado.

La mujer agitó una mano y un disco de fuego y sombra se materializó en el aire. En lo profundo de sus profundidades, Lenk pudo distinguir el rostro de un hombre, retorcido en agonía y odio, gritando silenciosamente en el vacío. Detrás del fuego negro hirviente, el rostro del hombre parecía derretirse y reformarse en el de una gran bestia, como un jabalí.

Láquesis se bañó en el resplandor de las llamas infernales.

—Este hombre, Madoc Dracomere… ahora está poseído por el espíritu del mal, el demonio Magog. Has sellado su cuerpo en una prisión, pero no has destruido su espíritu. Temes su regreso y la destrucción de tu mundo… por eso has viajado a través del espacio y el tiempo, buscando el poder que solo yo y mis hermanas poseemos: el poder de tejer los hilos del destino. He visto la verdad escrita en tu corazón, ¿no es así?

Lenk se irguió, obligándose a parecer severo.

—Sí.

Se oyó un puñetazo contra el cristal. Lenk se tensó y empezó a desenvainar su espada, buscando el origen. A su izquierda vio un segundo espejo, pero detrás de su propio reflejo estaba el terrible rostro de otra mujer, tan hermosa como Láquesis, pero negra como el ébano. La mujer enloquecida gritaba, atrapada detrás de la superficie del espejo, golpeando con sus largas uñas garras. La segunda mujer aulló, con voz baja y gutural.

—Hermana… hermanita… ¡tengo sed! ¿Por qué no me escuchas? ¡Nuestro templo sagrado… nuestra imagen… profanada! ¡El responsable está frente a ti ahora! ¡Dámelo!

Láquesis levantó una mano y la superficie del segundo espejo se nubló.

—Silencio, Átropos. Perdona a mi hermana mayor. Es bastante anticuada. Podrías decir que vive en el pasado. Es ella quien mide el hilo de la vida de cada hombre, sea dios o mortal, y lo corta.

Lenk parpadeó.

—Entonces… ¿ella puede ayudarme a impedir que Magog regrese?

Láquesis negó con la cabeza y miró la imagen silenciosa del hombre gritando, antes de que las llamas parecieran tragárselo y cambiar su forma a la de un jabalí de nuevo.

—Veo que no deseas la muerte de esta criatura por un deseo mezquino de venganza. Más bien, es él quien busca venganza contra ti, tu pueblo, tu mundo. Tu objetivo es noble. Sin embargo…

Láquesis se inclinó, como para susurrarle al oído, y luego lo agarró por la muñeca.

—… aunque pudiera salvar tu mundo de la destrucción, no lo haría, porque ese es tu destino. Verás, el tejido del destino no puede cambiarse. Y no puedo perdonar tu arrogancia, niñito…

Lenk intentó liberar su mano del agarre de hierro de la mujer, pero ella lo dominaba. Con la mano libre, Láquesis extendió los dedos y hilos brillantes y etéreos tejieron el aire,

entrelazándose para formar una figura de pura luz. Con un destello final, un alto trono apareció en el centro de la sala. Arrastrando al chico detrás de ella, Láquesis se dirigió al trono y se sentó.

—… así que, por destruir mi estatua, tendré que castigarte severamente…

Con eso, levantó a Lenk, lo colocó sobre su regazo con el trasero hacia arriba. Luego le levantó la falda de su túnica y le bajó bruscamente los calzones blancos, dejando al descubierto su pálido trasero desnudo. Lenk jadeó al sentir el aire fresco acariciándolo por detrás. Se retorció para mirar por encima del hombro y vio el rostro inexpresivo de Láquesis mientras levantaba el brazo bien alto.

—… Con una buena azotaina en el trasero desnudo, como corresponde a un niñito tonto.

Láquesis bajó la mano, produciendo un resonante clap cuando su palma golpeó las nalgas inferiores de Lenk, cubriendo una buena porción de ambas. Lenk rugió y se retorció desesperadamente para liberarse del agarre de la amazona, pero en vano.

Láquesis comenzó a azotar a un ritmo constante, como si contara cada segundo que pasaba: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete…

Al darse cuenta de que la azotaina apenas comenzaba, los gritos de sorpresa de Lenk se transformaron lentamente en aullidos de desesperación. Intentó patear, pero sus calzones se enredaron en sus rodillas.

Sin detener la azotaina, Láquesis empezó a sermonearlo con un tono maternal.

—Gracias al conocimiento del pasado de Átropos, sé todo sobre tus hazañas en tu mundo. Romper ollas, entrar en casas ajenas, hacer trampa en juegos de carnaval…

Láquesis sonrió suavemente, lentamente, rompiendo su habitual estoicismo, y rio melodiosamente.

—… ¿y molestar a las gallinas? Vaya, vaya, eres todo un niñito travieso, ¿verdad?

Los sonidos de los gritos forzados de Lenk se ahogaron con un chillido horrible. Detrás de su espejo, Átropos arañó la superficie de cristal con sus garras.

—¡No, idiota! ¡Dámelo! ¡Quiero su sangre!

Láquesis suspiró, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—Vamos, hermana. Eres innecesariamente cruel. Solo es un niñito, después de todo.

Abrumado por el dolor y la humillación, Lenk empezó a llorar libremente, exactamente como el niño que era. Pero sus llantos pronto fueron ahogados por el sonido constante de cada palmada resonante y la hermosa risa de Láquesis.

[Fin]

La Aventura de Lenk en Heelfall

Capítulo I: Captura

Por Yu May y Gojira

Rhiannon bajó la cabeza mientras llevaba a Lenk a través de los bosques brumosos de Taormina. El largo viaje de Lenk para encontrar a su amiga perdida Neviah los había llevado a un reino extraño donde las leyes del tiempo y la realidad funcionaban de formas misteriosas. Pero incluso después de rescatar al pueblo de Taormina, Lenk no se sentía más cerca de lograr su objetivo. Desde que Isolde lo había devuelto a su cuerpo infantil perdido, Lenk había sentido una extraña sensación de estar fuera de lugar. No, no fuera de lugar. Fuera de tiempo.

Las nieblas se abrieron y Lenk y Rhiannon emergieron a un paisaje abierto de colinas ondulantes y campos salpicados de asentamientos, unas cuantas cabañas con chimeneas humeantes. Demasiado humo. Entonces, Lenk vio a un grupo de hombres vestidos con ropas simples de campesinos huyendo de una figura blindada a caballo que se abalanzaba sobre los hombres desarmados.

Lenk espoleó a Rhiannon a un medio galope y agarró su escudo de madera de saúco mientras viraba para interceptar el camino de la carga del misterioso caballero.

El caballero no dudó, pero Lenk levantó su escudo para desviar la lanza entrante con un golpe de refilón. El caballo de guerra del caballero relinchó y se desvió a un lado, confundido. El caballero tiró de las riendas y se volvió hacia Lenk.

—¡Siervo! ¿Te atreves a desafiar a un caballero de la Reina…?

Lenk sacó su honda del cinturón y disparó una semilla chispeante al caballero. En el momento en que la semilla golpeó la visera del caballero, explotó en un estallido de luz. El caballero chilló y cayó hacia atrás del caballo de guerra sobresaltado.

Uno de los campesinos se detuvo ante el alboroto.

—¿Ese chico… está luchando contra un Caballero de la Reina?

Lenk desmontó y desenvainó su espada.

—¿Dónde están vuestros hombres de armas?

El campesino parpadeó y unos cuantos más de los siervos que huían se detuvieron a mirar a Lenk con curiosidad.

—¿Hombres… de armas? Pero… no hay hombres de armas. Solo las mujeres pueden ser caballeros.

La ropa de los hombres era extraña a los ojos de Lenk: finos chales de arpillera barata.

El caballero gimió y se quitó el yelmo, revelando un rostro delicado y largo cabello. Lenk entrecerró los ojos y apuntó la espada a la garganta de la mujer. Cuando Lenk había sido atrapado por las guerreras de la tribu Garudan, había visto mujeres llevando espadas y armaduras. Una incluso había llevado la pesada armadura de hierro de un dreadnaught. Pero a diferencia de las robustas y bronceadas mujeres del desierto Garudan, esta mujer era extrañamente pálida.

Uno de los campesinos gimió.

—Oh no, ¿ese chico golpeó a una mujer? ¡Ahora todos estamos condenados!

Lenk desarmó al caballero y luego lo interrogó. Lenk había entrado en el dominio de Heelfall. La aldea sin nombre y todos sus habitantes eran propiedad real de la Princesa Charlotte. Los rumores de rebelión habían traído al solitario caballero a la aldea, donde había encontrado a un repugnante hombre dando un discurso sobre los supuestos «derechos de los hombres». Los hombres, por supuesto, no tenían derechos en Heelfall, ya que todos los hombres estaban sujetos a la autoridad natural y divina de sus madres y esposas. Así que el caballero había planeado sofocar la herejía atropellando a unos cuantos siervos varones antes de regresar a casa.

Finalmente, Lenk sugirió que la mujer caballero fuera enviada por su camino. Había esperado que los hombres de la aldea se opusieran, tal vez exigiendo la cabeza de la mujer en una pica, pero los hombres parecían demasiado ansiosos por dejarla ir. Algunos se postraron con la cara contra el suelo, rogando a la mujer que los perdonara, pero ella solo rio mientras montaba su caballo.

—¡Perros! ¡Vosotros, hombres tontos, pagaréis caro por esta obstinación!

La mayoría de los hombres empezaron a lamentarse de desesperación, pero el campesino que se había detenido para ayudar a Lenk lo llevó aparte.

—Nunca había visto a un chico de tu edad mostrar tanto valor… De hecho, nunca había visto a un hombre derrotar a un Caballero de la Reina, fuera cual fuera su edad.

Los campesinos presentaron a Lenk al hombre que había dado el discurso público sobre los derechos de los hombres que tanto había ofendido al Caballero de la Reina: Lord Chapman.

Como barón menor en el fondo de la jerarquía nobiliaria, Lord Chapman era un vocal defensor del Frente de los Hombres, un grupo pacifista dedicado a la liberación de los hombres de la opresión matriarcal mediante medios no violentos.

Lenk fue invitado a visitar la fortaleza de Lord Chapman, una pequeña estructura de piedra en la cima de la colina, o motte, que dominaba el bailey circundante. Lenk escuchó la historia de Lord Chapman con interés, antes de levantar finalmente la mano para hacer una pregunta.

—Pero ¿cómo serán libres si no derrocan a esta Reina?

Lord Chapman había mirado algo nervioso hacia la ventana.

—¿Hombres débiles como nosotros? ¿Luchando contra mujeres? Todo el mundo sabe que las mujeres son vastamente superiores a los hombres en términos de fuerza física.

Lenk lo miró con curiosidad. Finalmente, Lord Chapman se secó la frente con un pañuelo y continuó.

—Además, todos seguimos siendo leales a la Reina. Una vez que nuestra querida Reina escuche nuestras legítimas quejas como hombres, seguramente me concederá una audiencia para exponer el caso de los Derechos de los Hombres. Pero rechazamos estrictamente cualquier forma de asesinato, más allá de lo necesario para la autodefensa. Pero como habrás notado… los hombres de mi país no están hechos para la violencia.

Lenk se acarició la barbilla.

—Entonces tal vez deberían aprender.

Pasaron semanas. Lenk intentó enseñar a los hombres campesinos el arte de la esgrima con un muñeco de paja, pero todos parecían completamente horrorizados ante la idea de usar una espada contra algo que vagamente se pareciera a una mujer. Al final, Lenk se conformó con enseñarles el arte del reconocimiento y el tiro con arco. Aunque todos los hombres seguían aterrorizados ante la mera idea de enfrentarse a una mujer en batalla, Lord Chapman sí tomó la sugerencia de Lenk de asaltar los carros de suministros en ruta a la fortaleza de la Reina. Afortunadamente, los hombres que conducían esos carros parecían demasiado ansiosos por rendirse de inmediato y entregar todo lo que transportaban. Comida, armas, armaduras, textiles, todo representando diezmos e impuestos de las aldeas circundantes. Pronto, la aldea de Lord Chapman estaba bien equipada con todo lo que un ejército propiamente dicho podría pedir.

Después de un mes, Lenk despertó y paseó por las murallas de madera del fuerte, observando a los hombres trabajando en el bailey. El martillo del herrero resonaba, el creciente grupo de milicianos voluntarios se había reunido para la práctica de tiro con arco matutina. Lenk sonrió. Parecía que, por fin, los pacíficos hombres de esta tierra habían aprendido el arte de la guerra.

Se oyó el trueno de un cuerno de guerra. Lenk miró por encima de la muralla de madera y vio a un pelotón de soldados acercándose a las murallas del bailey. Tres caballeros cabalgaban al frente del pelotón. El caballero en el centro del grupo llevaba armadura negra y montaba una magnífica yegua

blanca. Elevándose por encima del resto de los soldados, la caballero negra sostenía en alto un estandarte de batalla con una larga bandera ondeante. La líder de los caballeros se quitó el yelmo, revelando una cascada de cabello rojo sangre vívido.

—¡Hombres cobardes! ¿Pensasteis que vuestra bandidaje pasaría desapercibida?

El rostro de Lord Chapman palideció.

—¡Mi Diosa! ¡Esa es la General Alexandra!

La alta mujer plantó su bandera y levantó una pesada lanza.

—¡Lord Chapman! Tus tierras y tu título son confiscados. Abre las puertas y sométete a la misericordia de la Princesa Charlotte. Tal vez, si besas sus pies, nuestra gloriosa princesa aún pueda perdonarte la vida.

Uno de los campesinos miró al pelotón temblando.

—¿Esas tres mujeres son todas caballeros?

Lenk sonrió mientras contaba a los soldados, luego se volvió para llamar a los milicianos.

—Así es... ¡Oye, todos! Solo hay quince. ¡Y solo tres son caballeros! ¡Eso no es nada!

Los milicianos se quedaron helados, mirando a Lenk como un rebaño de tímidos ciervos.

—¿La Princesa Charlotte envió a quince mujeres? ¿Y tres caballeros? —Entonces, todos a la vez, soltaron sus armas y empezaron a correr de un lado a otro, gritando como niñitas mientras chocaban entre sí y resbalaban en el barro—. ¡Aaaagh! ¡Tienen tres mujeres caballeros! ¡Todos vamos a morir!

—¡O peor! ¡Si nos toman vivos, nos encerrarán en la mazmorra de la Princesa Charlotte y nos condenarán a una vida de esclavitud y humillación!

—¡Mami! ¡Lo siento, mami!

Uno de los campesinos corrió hacia las puertas.

—¡Dejadlas entrar! ¡Si nos rendimos ahora, tal vez nos dejen con una buena paliza! ¡Oh, por favor, General Alexandra! ¡Ten misericordia! ¡Yo no quería nada que ver con esta rebelión!

Lord Chapman agarró los hombros de Lenk.

—Lenk, ¡no hay esperanza! ¡Nosotros, hombres débiles, patéticos y cobardes, no podemos hacer nada ante tan abrumadoras probabilidades! ¡Sabes cómo son las mujeres, cada vez que un hombre empieza a discutir con ellas, se vuelven locas!

El campesino enloquecido abrió las puertas de par en par y agarró la rueda que controlaba el puente levadizo de madera. Lentamente, las cuerdas empezaron a bajar el puente hacia la orilla opuesta del foso.

La General Alexandra dejó que su caballo se encabritara dramáticamente, luego lo condujo al paso hacia la puerta abierta, justo debajo del puente levadizo.

—¿Lord Chapman? Baja, principito. Quiero hablar contigo.

Lenk se sacudió a Lord Chapman.

—¡Estos hombres son inútiles! Pero tú eres su única esperanza. Debes escapar, Lord Chapman, y reunir más hombres para tu causa.

—Pero... ¡dieciocho mujeres! ¡Son demasiadas!

Debajo de ellos, el campesino lloriqueaba mientras giraba la rueda para bajar el puente.

—¡Perdóname, señora! ¡Seré bueno!

Lenk sacó su arco y colocó una flecha.

—Entonces huye, Lord Chapman, ¡y vive para luchar otro día!

Lenk disparó una flecha a una de las cuerdas de suspensión que sostenían el puente levadizo. Cuando la cuerda se partió en dos, el puente levadizo se torció en el aire y se detuvo con un estrépito cuando la segunda cuerda se tensó. Debajo de ellos, el cobarde campesino fue lanzado hacia atrás cuando la rueda se sacudió. El caballo de la General Alexandra relinchó

antes de que ella tirara de las riendas para calmar al animal. Pero entonces Lenk soltó otra flecha, cortando la última cuerda restante, y cuando el puente levadizo cayó con un golpe, el caballo entró en pánico. La General Alexandra se aferró a su silla mientras su corcel empezaba a corcovear.

—¡Woooaaah!

Lenk oyó a una de las otras caballeros ladrar una orden y vio a una de las soldados de a pie levantar su ballesta. Con precisión practicada, Lenk tensó y disparó una flecha, apuntando a la propia ballesta. La mujer gritó, tropezando hacia atrás mientras la flecha de Lenk se hundía profundamente en su arma, y cuando apretó el gatillo, el virote se atascó con un sonido metálico seco.

La General Alexandra aseguró su agarre en las riendas de su caballo y se volvió para señalar a Lenk en lo alto de la muralla de madera.

—¡Atrapad a ese chico!

Lenk corrió hacia el norte a lo largo de la muralla, acercándose al motte de piedra, y se dio una palmada en su propio trasero.

—¡Nyah, nyah!

Lenk se agachó cuando un virote de ballesta pasó zumbando junto a su cabeza, rozando su gorra.

Debajo, la General Alexandra rugió con voz de mando militar.

—¡No! ¡No disparéis!

Lenk corrió a ciegas, luego miró atrás. Fuera de la muralla, la mitad de los soldados de a pie lo seguían, pero las tres caballeros se habían separado del resto del grupo, cargando sus caballos dentro de la ciudad. Los hombres campesinos gritaban de terror mientras los caballos arrollaban carros y cestas de sus alimentos.

El resto del pelotón seguía a las caballeros montadas a pie, con espadas y ballestas listas.

La General Alexandra se adelantó al grupo.

—Jovencito, baja de ahí ahora mismo.

Lenk se detuvo cuando el camino se acababa repentinamente en la base de la torre de piedra en lo alto del motte, la última línea de defensa de la aldea. Lenk se volvió y no vio rastro de Lord Chapman. Solo podía esperar que hubiera tenido el sentido común de huir, junto con cualquiera de sus fieles seguidores, mientras las feroces y temibles mujeres seguían desconcertadas.

La General Alexandra se detuvo debajo de Lenk y gesticuló a sus mujeres para que subieran la escalera de cuerda que colgaba de la muralla.

—No sirve de nada, chico. No tienes adónde ir.

Lenk desenvainó su espada corta con velocidad relámpago y cortó una de las cuerdas a sus pies, luego balanceó casualmente su espada y la envainó a su espalda. Debajo de él, una de las soldados de a pie chilló y se aferró a la única cuerda restante. Lenk vio algo de hiedra creciendo a lo largo del lado de la muralla de piedra y empezó a escalarla.

Con un rugido, una de las otras caballeros montadas clavó su lanza, hundiéndola profundamente en la puerta de madera en la base del fuerte de piedra. Luego la sacó y ladró a las soldados de a pie detrás de ella.

—¡Tras él! ¡Vosotras cuatro, buscad cualquier cosa que pueda servir como ariete!

Lenk hizo una mueca al oír dos virotes de ballesta astillar la torre de piedra, por encima y por debajo de él, antes de llegar a lo alto de la torre. Lenk rodó detrás de las almenas, jadeando en busca de aire, luego se arriesgó a mirar por encima de la piedra. Debajo de él, se dio cuenta de que las soldados de la General Alexandra habían encontrado una artesa de cerdos y la golpeaban contra la puerta de madera con poco éxito. Se tensaron cuando la General Alexandra desmontó de su caballo, sus pesadas botas de hierro levantando polvo mientras pateaba el suelo. Incluso las otras caballeros montadas parecían nerviosas mientras la gigantesca mujer las miraba a todas con furia.

—¡Idiotas! La madera es demasiado sólida para eso. Buscad una palanca. Una barra de hierro. Cualquier cosa que pueda abrirla por las bisagras.

Lenk agarró su bolsa de semillas chispeantes y las derramó por la muralla. Rebotaron y rodaron por la pared, y cuando golpearon el camino de abajo, cada semilla explotó con un destello cegador de luz. Los caballos de las dos caballeros montadas salieron disparados, junto con sus furiosas jinetes, mientras las soldados de a pie se agachaban para cubrirse. En medio del caos, la General Alexandra se mantuvo firme, con la boca apretada en una fina línea. Finalmente, levantó su bota y derribó la sólida puerta de roble de una patada.

—Basta.

En la armería de Lord Chapman, Lenk examinó su entorno. Solo había una escalera de caracol en la torre, y el pelotón de la General Alexandra seguramente la estaba subiendo ahora. Lenk vio un barril de vino robado (es decir, robado por los recaudadores de impuestos de la Princesa Charlotte antes de que la valiente banda de cobardes hombres lo robara de vuelta para devolvérselo a sus legítimos dueños). Rodando el barril de lado, Lenk lo empujó hasta el borde de las escaleras y lo hizo rodar hacia abajo.

Mientras las soldados de a pie subían los escalones, oyeron un sonido de golpes y se congelaron. Luego, la primera soldado chilló cuando un barril de vino rebotó hacia ella, derribándola de espaldas, antes de rodar sobre las siguientes dos mujeres con facilidad. Una tuvo la presencia de ánimo de apretarse contra la pared, solo para que el barril le aplastara el pie. Saltó sobre un pie, chillando de dolor, antes de perder el equilibrio y caer de culo.

La General Alexandra subió los escalones de piedra pisando fuerte, luego se detuvo a escuchar el alboroto que venía de delante. Armándose de valor, agarró su lanza, esperando ver a un guerrero armado. Entonces, un barril rodó a la vista, junto con tres soldados. Rápidamente, Alexandra clavó el extremo de su lanza en los escalones de piedra en un ángulo agudo. El

barril golpeó la barra de hierro con la fuerza suficiente para enviar una onda a través del metal, antes de que todas las soldados chocaran contra él, pero Alexandra mantuvo la lanza firme, con los brazos temblando. Luego golpeó el barril con el puño, dejando que el vino se derramara como sangre roja a sus pies.

Lenk cerró la puerta de golpe y la atrancó. Al examinar su entorno, Lenk vio armaduras completas de placas, espadas, lanzas, ballestas, toda clase de armas adecuadas para un ejército de hombres. Pero todas eran demasiado grandes para él. Estaba atrapado. Mirando por la ventana, Lenk se preguntó si podría escalar de nuevo la muralla, solo para ver a una soldado de a pie apuntándole directamente con su ballesta desde la base de la torre.

Lenk se agachó justo a tiempo antes de que un virote de ballesta atravesara la ventana abierta.

Luego oyó un suave golpe en la puerta y una voz profunda y sonora de mujer desde fuera.

—Está bien, soldadito. Estás atrapado. Abre esta puerta de inmediato.

Lenk desenvainó su espada y se preparó, esperando a que la puerta se abriera de golpe.

Pasaron unos segundos más. La voz de la mujer era extrañamente calmada.

—Te doy mi palabra, como caballero, de que no te haré daño.

Algo en la voz de la mujer golpeó a Lenk. Lentamente, envainó su espada y descorrió el cerrojo de la puerta. Esperó unos segundos más y, finalmente, abrió la puerta para ella. Alexandra se elevaba casi hasta el techo detrás de la puerta, antes de agachar la cabeza para entrar en la sala.

—Te felicito por tu valiente esfuerzo. Fácilmente podrías haber matado a mis tropas. ¿Por qué no lo hiciste?

Lenk levantó la cabeza para encontrarse con la mirada de la alta mujer.

—Lord Chapman y sus hombres no tienen deseo de hacer la guerra contra tu Princesa. Solo quieren ser tratados con los derechos y la dignidad que les corresponden como hombres de su reino.

Alexandra levantó una ceja.

—¿Hombres? ¿Haciendo la guerra? Absurdo. La guerra es trabajo de mujeres. Y el derecho de todo hombre es someterse a su reina. Puedo ver que eres un extraño en esta tierra. Es evidente por tu ropa, tu forma de hablar. ¿Por qué involucrarte en este asunto? Cómo tratamos a nuestro ganado no es de tu incumbencia.

Lenk cruzó los brazos.

—Soy un Caballero Real de Avalón. Juramos defender a los débiles y proteger a los inocentes.

—¿Un caballero varón? Qué extraño. Admiro tu valentía. Sin embargo…

Alexandra se puso en una postura defensiva, sosteniendo su lanza.

—… sigues siendo un rebelde, y un chico además, y por tanto debes ser disciplinado.

Lenk dudó, luego se lanzó contra la mujer con una estocada hacia delante. Ella desvió su golpe con tanta fuerza que Lenk sintió el impacto subirle por el brazo y apenas mantuvo el agarre de su espada corta. Lenk saltó hacia atrás, intentando mantenerse fuera del alcance de la lanza. Esperó, esperando que la mujer respondiera con un rápido contraataque. Pero ella solo se quedó de pie, como una estatua de piedra, con la lanza lista.

—Los hombres de aquí conocen su lugar. Nunca se atreverían a golpear a una mujer, y menos a un caballero. Pero veo una mirada extraña en tus ojos. Tienes ojos de guerrero. No como los débiles hombres de esta tierra. Has visto el color de la sangre antes, ¿verdad, chico?

De pronto, Lenk recordó el momento en que había asestado el golpe final a Madoc Dracomere, antes de que el Rey del Mal se transformara en la monstruosa forma del demonio jabalí,

Magog. Lenk había hundido la Espada de la Perdición del Mal en la garganta de la bestia, hasta la empuñadura. Luego vio que la mujer sonreía y Lenk cargó. Su lanza atravesó limpiamente su escudo, sacudiendo su brazo derecho. Lenk se retorció y se agachó, pasando el mortífero extremo de la lanza. Estaba en rango. Saltó y lanzó un golpe horizontal a la cara de la mujer. Los ojos de Alexandra se abrieron de par en par al ver el golpe entrante. Luego soltó su lanza, agarró a Lenk por la cintura y lo sostuvo en el aire. El golpe de Lenk cortó una fina línea en el aire, con la punta de la espada atrapando un mechón del cabello rojo sangre de la mujer que colgaba frente a su nariz. Entonces, Alexandra lanzó ligeramente a Lenk al aire, agarró su brazo de la espada por la muñeca y lo retorció hasta que se vio obligado a soltar la hoja. Esta cayó al suelo con estrépito. Mientras Alexandra lo miraba, su expresión era una burla de inocencia coqueta.

—Casi.

Gruñendo, Lenk pateó los pies, pero la mujer lo sostuvo a distancia de brazo como si no fuera más que un bebé.

Alexandra negó con la cabeza.

—Ah, ah. Has perdido este duelo. No te sientas avergonzado. Ese fue un hermoso ataque. Si solo fueras un poco más alto, me habrías matado. Sin embargo, sigues siendo solo un niñito y, por tanto...

Lenk miró hacia abajo y vio que Alexandra empujaba un taburete de madera hacia el centro de la sala con su bota. Luego se sentó y lo dejó caer sobre su regazo. Cuando Lenk golpeó contra sus gruesos muslos, se dio cuenta de que ella era tan fuerte como cualquier guerrera gorgona que hubiera conocido. Sintió un escalofrío y se retorció buscando el origen. Entonces, para su horror, notó que la mujer le había levantado la falda de su túnica y le estaba bajando bruscamente los calzones blancos con su enorme mano.

—... he decidido perdonarte la vida. Pero te voy a dar una buena azotaina, justo en tu trasero desnudo.

Alexandra descargó su pesada palma sobre el trasero de Lenk, cubriendo fácilmente ambas nalgas.

Lenk chilló de sorpresa, solo para que la mujer lo golpeara de nuevo. Esta vez, Lenk rugió un grito de guerra y se esforzó por liberarse de su agarre.

Alexandra solo negó con la cabeza mientras levantaba lentamente el brazo bien alto.

—Nada de eso, soldadito. A pesar de haber nacido chico, tienes el corazón valiente de una mujer. Ahora, intenta soportar tu castigo con gracia y resolución, como corresponde a un guerrero.

Pero cuando Alexandra dio el tercer golpe, Lenk jadeó y agitó brazos y piernas para protegerse el trasero.

—¡Auuu! ¡Duele!

Mientras le agarraba la muñeca y la retorcía en un firme agarre contra la parte baja de su espalda, Alexandra gruñó.

—Entonces, supongo que sigues siendo solo un niñito tonto, después de todo. Y todo el mundo sabe que los niñitos no pueden soportar una pequeña azotaina sin llorar como un bebé recién nacido. Está en tu naturaleza. Las Diosas solo nos dieron a nosotras las mujeres la capacidad de soportar el terrible dolor del parto. Estoy segura de que para tu sensible trasero de chico, una ligera azotaina debe sentirse peor que la mayoría de las torturas para una mujer fuerte.

Lenk pateó los pies.

—¡Noooo!

Alexandra levantó el pie y atrapó los pies de Lenk entre sus muslos, y plantó otra feroz palmada.

—Aun así, no toleraré tal obstinación. Si alguna de mis soldados de a pie mostrara tanta insolencia, le pondría el culo rojo y en carne viva. Así que te mostraré el mismo respeto que le mostraría a una guerrera propiamente dicha.

Con eso, Alexandra comenzó a azotar a un ritmo rápido e implacable, manteniendo un ritmo constante. Lenk gritó una vez, antes de que el ritmo de la azotaina lo obligara a recuperar el aliento. Se oyó un sonido de pies arrastrándose y un grupo

de soldados de a pie apareció en la puerta, lideradas por una de las caballeros blindadas.

—¿General? Perdónennos por seguirla, pero oímos gritos de angustia y vinimos a ver… ¿qué está pasando?

Alexandra entrecerró los ojos hacia las mujeres.

—Os di a todas órdenes estrictas de esperarme en la base de la torre mientras yo lidiaba con nuestro rebelde renegado. Marchad directamente a nuestro campamento y esperad mi juicio. En cuanto termine de azotar a este niñito travieso, me reuniré con vosotras. Espero ver todos vuestros traseros desnudos y listos para una vara cuando llegue.

Los ojos de la caballero se abrieron de par en par detrás de su visera.

—Pero, General, solo pensé que querría que yo…

Para entonces, Lenk estaba apretando los dientes, silbando en busca de aire después de cada palmada.

Alexandra continuó azotando al chico sin perder el ritmo.

—Cuando doy una orden, espero que se cumpla. En este caso, una simple azotaina bastará como castigo por tu indiscreción. ¿O preferirías un consejo de guerra por insubordinación, teniente?

La caballero saludó.

—¡No, señora! ¡Por favor, castígueme por mi estupidez como considere apropiado, señora!

—Hmmph. ¿Y de qué otra forma te castigaría, teniente? No importa. Ve a recoger un buen manojo de varas. Y si alguno de los siervos locales pregunta qué estás haciendo, espero que les expliques exactamente para qué se van a usar.

La caballero tembló, pero mantuvo el saludo.

—¡Sí, señora! ¡Para azotarme en mi trasero desnudo, señora!

—Correcto. De hecho, más vale que os bajéis los calzones ahora. Vosotras, soldados de a pie, ayudad a la teniente a quitarse la armadura y luego desnudaos vosotras mismas.

Para entonces, Lenk sentía lágrimas humedeciendo su visión y cerró los ojos con fuerza, intentando aspirar un aliento. Se sentía como si estuviera atrapado bajo el Templo del Agua.

Alexandra hizo una pausa en la azotaina medio segundo, luego descargó una feroz palmada que envió ondas profundas a través de los glúteos tensos de Lenk. Finalmente, el chico lloró y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Alexandra sonrió.

—Reunid al resto del pelotón. Estaré con vosotras en unos minutos.

Los minutos se alargaron, segundo tras doloroso segundo. Alexandra dejó de sermonear, dejando que la implacable azotaina hablara por ella. Lenk lloró libremente, pero mientras la azotaina se prolongaba, su voz se quebró y sus sollozos se volvieron más desesperados. Entonces, finalmente, la azotaina se detuvo y sintió algo fresco presionando contra su trasero. Parpadeando para contener las lágrimas, Lenk miró por encima del hombro y vio a Alexandra trazando círculos a lo largo de sus nalgas con el dedo índice.

Alexandra sonrió mientras examinaba los resultados de su trabajo. Luego soltó el bloqueo de pierna sobre Lenk y ajustó su agarre en su cintura, acariciando suavemente su trasero levantado como para consolarlo.

—Qué nalguitas tan lindas tienes. Y ya están bastante rojas, aunque el color es un poco irregular. Si fueras un niñito normal, débil y travieso, estaría más que satisfecha. Sin embargo, también te prometí que te trataría como trataría a una mujer adulta.

Lenk se tensó y negó con la cabeza. Esta vez, su cara estaba acurrucada contra el muslo grueso de Alexandra, pero no tenía energía para luchar. Intentó decir algo, pero un hilo de mocos le goteó de la nariz y balbuceó.

—N… nooo…

Alexandra aterrizó una firme palmada en la nalga derecha de Lenk, luego en la izquierda, alternando entre cada una para cubrir cada centímetro de sus nalgas con palmadas frescas. Lentamente, las marcas rojas moteadas se volvieron de un tono

más uniforme de rojo, coincidiendo perfectamente con el vívido tono de un rubí gorgón.

Lenk no sabía cuánto duró la azotaina. Había perdido toda noción del paso del tiempo. Pero cuando por fin terminó, apenas podía moverse de agotamiento.

Alexandra pellizcó ligeramente cada nalga de Lenk, silbando al sentir el calor radiante.

—Con eso basta. Por supuesto, si fueras culpable de traición, tendría que verte colgado... o arrojado a la mazmorra...

Lenk gimió. Este era el fin. Había fallado. Entonces, Alexandra levantó al chico desnudo de su regazo y lo sostuvo contra su pecho.

—... Pero creo que tengo una idea mucho mejor para un chico valiente como tú.

En el patio fuera del fuerte de piedra, la teniente y sus soldados de a pie recogían varas de abedul frescas. La teniente solo llevaba su camisa de cota de malla, que le habían subido por la espalda para dejar al descubierto sus nalgas desnudas. Las soldados de a pie habían sido obligadas a ir sin calzones, con sus pantalones de cota de malla atados alrededor de los hombros. Unas cuantas de sus compañeras las observaban con una mezcla de genuina simpatía y alivio descarado.

Entonces, la General Alexandra salió de la torre, acunando a un chico sollozante en sus brazos.

—¿Dónde está Lord Chapman y el resto de sus rebeldes traidores?

El resto de la tropa se miró nerviosamente. Una de las caballeros arrastró los pies, luego dio un paso adelante.

—Um... temo que escapó en todo el alboroto.

—¡Idiotas! ¡Ese chico era el único verdadero guerrero entre estos cobardes! ¡Nos ordenaron sofocar esta rebelión!

—Tal vez… podríamos masacrar a los aldeanos restantes y tomar a sus hombres como concubinos.

Alexandra resopló.

—No. Los siervos serán más útiles en la temporada de cosecha. Olvidad a los débiles. Venid conmigo. Debemos recordar a estos cobardes hombres el precio de la traición.

Alexandra bajó la colina hacia la plaza del mercado en el centro del bailey y subió los escalones para pararse en el cadalso, que sostenía cepos y una horca. Lenk se tensó cuando la mujer gigante lo sostuvo con fuerza contra su pecho, antes de que su voz retumbara, resonando claramente por encima de los sonidos de la multitud murmurante.

—¡Escuchad, escuchad, leales súbditos del Reino de Heelfall! ¡Regocijaos, pues estáis libres de la amenaza de insurrección! La Princesa Charlotte es misericordiosa. Sabe que vosotros, gente común, no tuvisteis parte en la traición de la revuelta de Lord Chapman. Todos los que se arrodillen y besen el estandarte real serán graciosamente perdonados.

Alexandra levantó a Lenk en alto con ambas manos, luego lo giró para exponer su trasero a la multitud reunida. Lenk se tensó al notar por primera vez que Alexandra le había levantado la falda, metiéndola en su cinturón para revelar sus nalgas desnudas, rojas y brillantes para que todos las vieran. Alexandra ignoró los ojos suplicantes de Lenk, con voz firme y rostro compuesto.

—Los líderes rebeldes pueden haber escapado, pero les hemos quitado una de sus mejores armas… y yo he ganado un hijo.

Las soldados vitorearon con entusiasmo y los campesinos reunidos se unieron a medias. Alexandra apoyó la cabeza de Lenk en su hombro, acunándolo con un brazo mientras le daba palmaditas en el trasero con la mano libre. Las suaves palmadas cariñosas fueron más que suficientes para despertar el furioso escozor de su reciente azotaina.

—Aprenderá el verdadero significado de la disciplina y la obediencia. Y algún día, aunque solo es un joven, puede que se convierta en un verdadero caballero. ¡Un caballero digno de servir a la Princesa Charlotte y a nuestro glorioso Reino!

Mientras Alexandra saludaba a la multitud, se inclinó cerca del oído de Lenk y susurró con voz suave y baja.

—Por supuesto, si te portas mal, tendré que azotarte de nuevo. ¡Pero sé que crecerás para ser un caballero como es debido, un día!

El labio de Lenk tembló. Quería liberarse y luchar contra todo el pelotón de soldados. Si solo tuviera su cuerpo adulto, sabía que podría haberlos derrotado a todos. Todavía cargando a Lenk, Alexandra montó su caballo blanco y lo condujo hacia las puertas del bailey.

Entonces, Lenk oyó un relincho familiar de caballo. Una soldado de a pie salió del establo de la aldea, llevando a una joven yegua Clydesdale por las riendas.

—¡General Alexandra! Encontramos un extraño caballo de guerra. Demasiado noble para estos campesinos. ¡Creemos que pertenece a uno de los líderes rebeldes!

Los ojos de Lenk se abrieron de par en par al reconocer a Rhiannon. Era la única amiga que le quedaba en esta extraña tierra. Alexandra miró hacia abajo a Lenk con una mirada curiosa.

—Hmm… muy bien, soldado. Creo que ese caballo perteneció efectivamente a un líder rebelde. Pero ya no. Lenk, hijo mío, ¿cómo te gustaría ser el amo de ese hermoso caballo?

Lenk sintió que las lágrimas le brotaban.

—¡Por favor, no le hagas daño!

Alexandra sonrió suavemente.

—¿Hacerle daño? Por supuesto que no. Es una yegua leal. Por supuesto, espero que cuides bien de ella. Porque si no… Mamá tendrá que azotarte. ¿Entendido?

Lenk sintió un destello de rabia. Pero entonces recordó que solo era un niño de nuevo. No podía recordar el rostro de su madre. La última vez que había estado cerca de alguien que se sintiera como una madre fue cuando se despidió de Saria en el borde del Bosque Nibelung. Lenk hundió la cara contra el enorme pecho de Alexandra.

—Sí, mamá…

El dormitorio de Lenk tenía todo lo que un chico valiente y aventurero podría soñar. Una espada y un escudo montados en la pared. Una estantería llena de magníficas historias de aventuras y grandes guerreros. Un muñeco de entrenamiento, construido para resistir años de uso diario.

Pero en ese momento, lo más notable era la cama en el centro de la sala. Le habían quitado todas las mantas y sábanas, que habían sido atadas en una cuerda improvisada que salía por la ventana abierta.

Vestida con su pijama, la General Alexandra estaba sentada en el borde de la cama desnuda, azotando el trasero desnudo de Lenk con un pesado cepillo de madera. Su túnica estaba doblada ordenadamente al pie de la cama, junto con sus fieles botas de cuero. En ese momento, Lenk estaba tan desnudo como un bebé recién nacido y gemía y berreaba como uno también.

—¡Por favor, mamá! ¡No el cepillo! ¡Duele!

Alexandra resopló, pero no detuvo la azotaina ni un momento. Cada crack del cepillo enviaba ondas a través del trasero de Lenk.

—¿Duele? ¿Y si tu agarre se hubiera resbalado y te hubieras roto el cuello? ¿Qué tan malo crees que habría dolido eso?

Lenk aulló mientras la fuerza de la azotaina aumentaba lentamente hasta un crescendo.

—¡Yiiipe! ¡Lo siento, mamá! ¡Lo siento taaanto!

Alexandra sonrió. Su hijo adoptivo era tan lindo que no podía seguir enfadada con él. Pero tenía un deber maternal que cumplir y pensaba hacerlo a fondo.

—Lo sientes ahora, pero no tanto como vas a sentirlo, soldadito.

Alexandra aumentó el ritmo de la azotaina sin reducir la fuerza implacable. Lenk chilló, su resolución derrumbándose por completo.

—¡Aaauu! ¡Bahaw! ¡Waaaaah... augh!

Alexandra apuntó el cepillo en círculos, cubriendo los lados del trasero de Lenk y las curvas inferiores donde sus nalgas inferiores se unían a los muslos superiores. Luego apuntó otros seis de los golpes más feroces hasta ahora, directamente en el centro de cada nalga. Alexandra estiró el brazo, ignorando los lastimeros aullidos de Lenk.

—Con eso basta por esta noche. Pero conoces la regla por intentar escaparte de casa. Puedes esperar otra azotaina mañana por la mañana. Al amanecer, te enviaré directamente al bosquecillo a tallar una vara del tamaño adecuado para tu próxima azotaina. Recibirás una buena vara en el patio, para que todos los sirvientes varones puedan ver qué les pasa a los niñitos traviesos que intentan escaparse de sus habitaciones después de oscurecer.

Lenk sorbió por la nariz.

—¡Por favooor! ¡No volveré a escaparme nunca más!

Alexandra levantó al chico desnudo y lo acunó.

—Hmm. Me gustaría creerte. Pero tendré que vigilarte esta noche.

Lenk hipó mientras intentaba recuperar el aliento, cubriéndose el frente con ambas manos.

Alexandra llevó al chico a su austera y sencilla cámara, y lo dejó de pie. Luego sacó un camisón y se lo pasó por la cabeza al chico. Lenk extendió las manos para que Alexandra lo vistiera, luego se agarró el trasero, sorbiendo por la nariz.

Alexandra lo observó atentamente.

—¿Eres infeliz, Lenk? ¿Quieres escaparte porque no quieres vivir aquí más?

Lenk bajó la cabeza.

—No… no es eso. No iba a escaparme para siempre. Solo un ratito.

Alexandra levantó una ceja.

—¿Oh? ¿Y exactamente qué planeabas hacer?

Lenk arrastró los pies.

—Solo… llevar a Rhiannon a dar un paseo alrededor del castillo. Solíamos ir a todo tipo de lugares, solos. No tienes que preocuparte por mí.

Alexandra acarició la mejilla de Lenk.

—Bueno, es mi trabajo preocuparme por ti, porque ahora eres mi soldadito. Si querías salir de casa a explorar un poco, solo tenías que pedirlo. Pero espero que pidas permiso para salir y te presentes en el cuartel general antes de que oscurezca, como debe hacer un buen soldado.

Lenk miró a Alexandra con ojos llorosos.

—¿Quieres decir… que no estás enfadada conmigo?

Alexandra besó a Lenk en la coronilla.

—Por supuesto que no. A veces puedes ser un niñito tonto y travieso. Pero eres mi niñito tonto y travieso. ¿Entendido?

Lenk se secó la nariz con la manga y sonrió.

—Sí, señora.

Alexandra levantó a Lenk y lo sentó en su regazo, secándole las últimas lágrimas.

—Buen chico.

[Fin del Capítulo I]

La Aventura de Lenk en Heelfall

Capítulo II: Entrenamiento

Por Yu May y Gojira

Las manos de Lenk temblaban mientras le ofrecía a su nueva madre adoptiva, la General Alexandra, la vara de abedul que él mismo había cortado y limpiado. Alexandra tarareó y examinó con cuidado la pesada vara. Como había pedido, era más gruesa que el ancho del pulgar de Lenk. Cada golpe de esta vara levantaría un verdugón grueso, furioso y rojo; al menos, lo haría en las manos adecuadas y contra el trasero adecuado.

Detrás de ella, Alexandra oyó las risitas de las soldados y vio a unas cuantas guardias del castillo susurrando detrás de sus manos. Alexandra frunció el ceño. Tendría que reportarlas al Capitán de la Guardia por romper el decoro. Se librarían con una simple correa pública. Pero por ahora, Alexandra estaba contenta de dejarlas divertirse. Unas cuantas testigos risueñas harían que esta experiencia fuera aún más humillante para su joven pupilo descarriado. Alexandra hizo silbar la vara señalando un largo banco de madera al lado del patio del castillo.

—Muy bien, soldado. Has preparado una vara excelente, pero ahora debes prepararte para tu azotaina. Desnuda tu trasero de inmediato, luego marcha directo a ese banco y apoya tu peso en los codos. Mantén las piernas rectas y la cabeza alta.

Las mejillas y las orejas de Lenk se pusieron rojas como tomates al oír las risitas de las guardias y soldados de a pie. Con cuidado, se bajó sus propios calzones, sujetando el dobladillo de la falda de su túnica, y caminó torpemente hacia el banco, con la ropa interior enredada en los tobillos. Sumisamente, Lenk se levantó su propia falda, la metió en la parte trasera de su cinturón para dejar al descubierto sus nalgas —que ya estaban marcadas con moretones rojo-violeta moteados de su última azotaina— y asumió la posición para su próxima azotaina. Lenk gimió al sentir su trasero dolorido estirarse y hormiguear.

Oyó pasos pesados de botas mientras la General Alexandra se acercaba y daba golpecitos con la vara contra su grupa.

—Está bien, jovencito. Quiero que todos aquí sepan por qué estás recibiendo esta vara.

Lenk murmuró en voz baja, pero con un rápido movimiento de muñeca Alexandra hizo chasquear la vara sobre su trasero.

—Habla más alto.

Lenk silbó, pero resistió el impulso de encogerse.

—Intenté escaparme de casa anoche. Y casi lo logro.

Alexandra dio dos golpecitos con la vara en el trasero de Lenk.

—Nada de insolencias. Ahora, dinos qué les pasa a los niñitos traviesos que convierten sus sábanas en cuerdas de escape y bajan escalando por las murallas del castillo.

—Recibimos azotainas, en nuestro trasero desnudo, por ser traviesos.

Alexandra acarició la vara hecha a mano a lo largo del trasero de Lenk.

—Así es. Recibirás seis de los mejores por cada ofensa. Seis por intentar escaparte… y otros seis por haber hecho un desastre con tu cama. Ahora, ¿qué dices cuando es hora de una azotaina, jovencito?

Algunos de los espectadores rieron abiertamente ante esta escena. Sabían por experiencia que la General tenía un don para hacer que los castigos fueran humillantes para cualquier soldado que fallara en su deber. Lenk respiró hondo.

—Sí, mamá. Por favor, azótame, tal como me merezco.

Inmediatamente, Alexandra descargó un golpe fuerte con la vara sobre las nalgas de Lenk con fuerza temblorosa. Lenk aulló y levantó un pie al sentir la vara cortándole como un cuchillo a través de mantequilla caliente. Alexandra tocó con la punta de la vara la bota de Lenk.

—Pie abajo. Ese no cuenta.

Lenk gruñó y luego estampó el pie con fuerza. Las soldados que observaban se congelaron de terror, preguntándose cómo Alexandra lidiaría con esta obstinación. Pero para su sorpresa, Alexandra sonrió, se volvió para mirar a las espectadoras con una mirada significativa. Luego, sin mirar, descargó un golpe de revés con la vara, apuntando precisamente al centro de las nalgas de Lenk. Alexandra esperó unos segundos y contó.

—Uno.

Lenk resistió el impulso de patear mientras Alexandra daba el siguiente grupo de golpes. Después del sexto, hizo una pausa de casi un minuto completo, estirando el brazo y cambiando la vara a la otra mano. Lenk respiró con dificultad y sintió los siete verdugones palpitantes y hormigueantes, todos en líneas ordenadas.

Finalmente, Alexandra comenzó la azotaina de nuevo. Esta vez apuntó un golpe en diagonal, cruzando varios de los verdugones anteriores.

—Uno.

Lenk se estremeció cuando el último golpe despertó un escozor fresco sobre el conjunto actual de rayas, antes de que el siguiente aterrizara justo debajo del anterior. Lenk se sacudió, con las rodillas chocando, pero no pateó. Alexandra sonrió.

—Dos.

Inmediatamente, descargó el tercer golpe sin darle a Lenk tiempo para recuperar el aliento. Él gritó de sorpresa, con su gorra balanceándose mientras arqueaba la espalda. Las rodillas de Lenk se doblaron, pero enderezó las piernas y obedientemente levantó el trasero. Alexandra quedó impresionada. Había esperado que Lenk le diera una razón para empezar la cuenta desde el principio hacía mucho.

—Tres.

Alexandra caminó al otro lado de Lenk y examinó su trabajo. Esta vez decidió apuntar un golpe en un nuevo ángulo para crear un patrón de verdugones cruzados sobre el conjunto anterior. Alexandra levantó el brazo bien alto y balanceó la vara con un chasquido de codo. Esperó hasta que Lenk terminara de aullar y contó.

—Cuatro.

Para los últimos dos golpes, Alexandra cambió de táctica otra vez. Esta vez usó más seguimiento, asegurándose de que la vara se hundiera profundamente en la carne de los glúteos de Lenk. Lenk casi se atragantó y se sujetó bruscamente con los codos para evitar golpearse la cabeza contra el banco. Alexandra respiró temblorosa.

—Cinco.

Descargó el último golpe con igual fuerza. Lenk gritó y se derrumbó de rodillas. Los espectadores jadearon. Los ojos de Lenk se abrieron de par en par al darse cuenta de su error. Rápidamente se puso de pie, esperando el terrible juicio de la General.

Los segundos se alargaron. Finalmente, Lenk se atrevió a mirar por encima del hombro. La General Alexandra parecía severa e implacable.

—Jovencito, abandonaste tu posición. Si fueras una de mis espadachinas, empezaría tu azotaina desde el principio, justo por eso.

Lenk sorbió por la nariz, luego bajó la cabeza, manteniendo el trasero bien alto para que la azotaina comenzara de nuevo.

—Lo siento, mamá. Por favor, termina mi azotaina.

Pareciendo furiosa, Alexandra dio golpecitos con la vara contra el trasero de Lenk y la mantuvo allí. Luego, finalmente, Alexandra sonrió y se encogió de hombros.

—Pero, por otro lado, no eres una de mis espadachinas. Los chicos son chicos, después de todo.

Lenk parpadeó.

—¿Quieres decir… que mi azotaina ha terminado?

Alexandra se arrodilló y le dio una palmadita en la cabeza a Lenk.

—Por supuesto que la azotaina ha terminado, niñito tonto. Hay espacio para mejorar, pero tomaste tu primera vara más o menos tan bien como esperaba.

Alexandra atrajo a Lenk a un suave abrazo, luego extendió la mano para acariciar sus nalgas aún expuestas.

—Ahora, cúbrete.

Lenk se sonrojó y se agachó rápidamente para subirse los calzones. Las mujeres estallaron en risas mientras Lenk se arreglaba la ropa, antes de que una extraña mujer de cabello negro entrara en el patio. Era casi tan alta como la General Alexandra, pero de complexión más esbelta. Llevaba una chaqueta militar roja con hombreras doradas con borlas y un delicado par de gafas.

—¡Basta de ese alboroto! Vosotras, vergüenza. Mujeres de la Guardia Real actuando como un grupo de colegialas. Espero veros a todas en el poste de flagelación, con solo vuestras camisas y nada más, antes de la comida.

Alexandra se volvió hacia la oficial de cabello negro.

—Buenos días, Capitana Anita.

Anita se enderezó y saludó.

—General Alexandra. Por favor, perdone la falta de modales de mis guardias.

—¿Oh? ¿Y si las perdono, tomarás tú la flagelación por cada una de ellas?

Anita mantuvo el saludo con perfecta resolución.

—¡Sí, señora! Si ese es su juicio.

Alexandra se volvió hacia las guardias reales.

—¿Y qué dicen las acusadas? ¿Dejaréis que vuestra oficial al mando tome el castigo que os corresponde?

Las guardias blindadas saludaron rápidamente. A pesar de que todas llevaban cascos que ocultaban sus rostros, de alguna manera se notaba claramente que estaban avergonzadas. Una de las guardias habló.

—General Alexandra, señora. Si es su voluntad, por favor permítanos el honor de aceptar nuestras propias flagelaciones.

Alexandra asintió.

—Así sea. Presentaos en los postes de flagelación de inmediato, como se os ordenó. Capitana Anita, la lealtad de tus mujeres habla bien de ti. Así que dejaré el destino de sus traseros en tus manos.

—¡Gracias, señora!

Alexandra agitó una mano.

—Descansen, Capitana. Tengo un favor que pedirte. Recientemente adopté un hijo, Lenk. Le gusta jugar a combatir con espadas y quiero que tú personalmente te encargues de su entrenamiento en esgrima.

Anita miró a Lenk, levantando una ceja.

—¿Un chico? ¿Aprendiendo a pelear con espada?

Alexandra rio.

—Lo sé. El niño es todo un marimacho. Por supuesto, espero que seas estricta con él. ¿Qué dices, Lenk? ¿Te gustaría aprender a esgrimir como es debido?

Lenk apretó los puños y miró con el ceño fruncido a la Capitana Anita, haciendo pucheros.

Anita se inclinó por la cintura para mirar a Lenk cuidadosamente a los ojos y trazó un dedo a lo largo de su larga oreja puntiaguda.

—Qué extraño. ¿Es un rasgo común en tu país de origen?

Lenk se tapó la oreja con la mano.

—Es solo una oreja. Todo el mundo tiene.

—Ninguno de los hombres de aquí tiene orejas en forma de cuchillo. Espero una respuesta adecuada a mi pregunta, soldado.

Lenk bajó la cabeza, con el rostro ardiendo.

—Sí, señora. Todos en Hy—

Lenk tartamudeó antes de soltar accidentalmente el nombre del Reino de Avalón.

—… mi país de origen. Todos tenemos orejas así.

Anita curvó el labio.

—¿Y cuál es el nombre de tu país de origen?

Lenk levantó la cabeza, intentando no parpadear mientras sostenía la mirada de Anita. Finalmente, ella sonrió.

—Vamos, niño, ¿qué daño hay en decir el nombre de tu hogar? ¿Temes que lo conquistemos?

—Soy un Caballero Real del Reino de Avalón, nombrado por la propia Princesa Isolde. Nunca conquistaréis nuestro hogar.

—¿Un reino? Qué extraño. Al menos tenéis una Princesa adecuada para nombraros caballeros. Aunque si todos los caballeros son tan pequeños como tú, dudo que sea una conquista difícil.

—No soy… —Lenk casi negó ser pequeño, pero se contuvo—. No tengo miedo.

Anita dejó que el momento flotara, luego rio.

—Qué valor. Trae una espada de entrenamiento y podemos empezar.

—Prefiero mi propia espada y escudo.

—¿Un luchador con espada y escudo? He visto tu adorable espadita. Una hoja bien hecha, pero usarás una espada de madera de práctica, como todos los demás.

—Lucho mejor con mis propias armas.

—Y yo lucho mejor con una lanza. Oí que tu duelo con la General Alexandra terminó bastante rápido. Pero empezaremos por lo básico. Si no quieres una azotaina antes de la lección de esgrima, trae una espada de entrenamiento.

Lenk apretó los dientes y recogió una espada de madera de los soportes. Sintió los ojos de las mujeres caballeros y las escuderas siguiéndolo mientras pausaban su entrenamiento.

Cuando Lenk regresó al área central, Anita desenvainó su propia espada de madera y adoptó una postura defensiva.

—Tu primera lección: siempre evalúa a tu oponente. No hay vergüenza en ser el luchador más débil, siempre que resistas la cobardía. Intenta romper mi defensa.

Lenk adoptó una postura lista, sosteniendo la espada detrás de él. Apretó la empuñadura con tanta fuerza con la mano izquierda que sintió sus nudillos temblar.

Anita sonrió.

—¿Eres zurdo? Qué peculiar. Imagino que eso desconcertaría a un oponente menos hábil.

Lenk cargó, haciendo girar la espada en su mano izquierda. Las cejas de Anita se fruncieron antes de parar su primera estocada salvaje y saltar hacia atrás. Lenk presionó el ataque, fluyendo con gracia hacia una combinación de ataque bien practicada. Tuvo que seguir avanzando para mantenerse en rango, obligando a Anita a salir casi del área. Ella giró con ligereza para evitar el golpe final de su ataque y retrocedió hacia el centro del ring.

—Buen ataque feroz. Aunque un poco salvaje en tu acercamiento. Ahora, intenta…

Lenk saltó hacia atrás, girando salvajemente para presionar su ataque sin perder ni un ápice de su impulso anterior. Anita jadeó y sostuvo la espada en una guardia cercana, apenas parando cada nuevo ataque. Finalmente, respondió con un golpe diagonal bajo apuntando al cráneo de Lenk. Lenk saltó a un lado, inclinando el cuello para que la espada rozara su cuero cabelludo, e intentó flanquear a Anita por su lado derecho. Solo la footwork de Anita la salvó de recibir un pinchazo en el estómago. Se vio obligada a tropezar torpemente hacia atrás, pero justo fuera de rango. Lenk saltó en el aire para dar un golpe descendente volador a su cráneo.

En el último momento, Anita se dejó caer al suelo, bloqueando el ataque de Lenk con tanta fuerza que sintió que su brazo se

trababa por el impacto. Anita rodó hacia atrás y se puso de pie con ligereza. A su alrededor, unas cuantas mujeres y chicas empezaron a murmurar.

—Nunca había visto a nadie presionar tanto a la Capitana.

Lenk jadeó en busca de aire. Había puesto todo lo que tenía en ese ataque implacable y ya sentía que el esfuerzo le pasaba factura a sus músculos.

Anita respiró temblorosa.

—Increíble. Puro instinto. Claramente te has entrenado solo… pero tus ataques no alcanzan su objetivo. Ese es el tipo de estilo agresivo de «lucha de perros» que esperaría de un gran bárbaro. No estás teniendo en cuenta tu pequeña estatura.

Lenk tragó saliva. La espada de madera era más larga que su espada corta. A pesar de su humilde apariencia, algo en el peso de la sencilla espada activó un recuerdo: le recordaba sostener la Espada de la Perdición del Mal cuando aún tenía su cuerpo adulto como el Héroe Eterno. Pero no tenía escudo con el que trabajar. Lenk estabilizó su respiración y sostuvo la espada en una guardia a dos manos, la que usaba con armas más grandes.

Los momentos se alargaron y, mientras esperaba el ataque de Anita, Lenk vio que su expresión cambiaba. Pero, extrañamente, Anita no parecía enfadada. Su rostro estaba perfectamente calmado.

Ella entendió su desafío silencioso. Era como si Lenk estuviera diciendo: «Ven a por mí».

Entonces Anita se lanzó hacia delante, sosteniendo la espada con una mano. Lenk desvió sus ataques, retrocediendo para mantenerse fuera de su rango de golpe. El ataque de Anita era casi como un baile: fluido, compuesto. Le recordó a Lenk la forma de pelear de las Ladronas de Garudan, todas mujeres, que luchaban con elegantes cimitarras curvas.

Después de que Anita diera tres ataques elegantes, Lenk intentó sorprenderla con una rápida estocada, pero ella se deslizó fuera del alcance de la punta de su espada y giró para enfrentarlo.

—Así que sí sabes algo más que lanzarte como un perro salvaje. Bravo. No se puede fingir una defensa sólida. Así que llegamos a la última lección del día, que es la misma que la primera: siempre evalúa a tu oponente.

Pero Lenk no respondió.

Anita cambió su postura para igualar la de Lenk, incluso imitando su agarre a dos manos.

—Tengo una confesión que hacer. Cuando oí que la General Alexandra había capturado al infame chico salvaje que se unió a la rebelión de Lord Chapman, estuve muy tentada de darte una buena paliza, solo para enseñarte una lección. Esos perros rebeldes no merecen piedad. Pero has luchado tan admirablemente que… solo por esta vez… estoy dispuesta a ofrecerte un empate.

El público contuvo la respiración. Lenk entrecerró los ojos.

—¿Y si no quiero llamarlo empate?

Anita se ajustó las gafas.

—Entonces podemos terminar nuestro duelo. Pero si continuamos, lucharé para ganar, y si gano, te castigaré como considere apropiado.

Lenk relajó su agarre en la espada.

—¿Y si gano?

Anita cerró los ojos y sonrió. Parecía casi infantil.

—Pues entonces podrás azotarme, por supuesto.

Lenk cambió de su agarre a dos manos a su estilo de lucha con la mano izquierda, pero con un giro. Imitó su acercamiento salvaje, luego fingió, agachándose a un lado para atacar a Anita por la izquierda, lejos de su brazo de la espada.

Anita pareció caer en la finta, dudando mientras intentaba bloquear. Lenk vio su oportunidad y, con un grito de guerra triunfal, golpeó.

Entonces, Anita cambió ligeramente su espada a la mano izquierda y desvió el ataque de Lenk. Los ojos de Lenk se

abrieron de par en par mientras tropezaba hacia delante, antes de que Anita girara su espada y golpeara con la parte plana de la hoja de madera el trasero de Lenk. Lenk jadeó al sentir que sus verdugones de la vara de esa mañana protestaban.

Lenk giró para defenderse, pero Anita había pasado al ataque, usando su mano izquierda para golpear con una serie de feroces y fluidos golpes. Era el propio estilo de lucha de Lenk. Lenk bloqueó tres de los golpes antes de que el último chocara contra él con tanta fuerza que lo derribó hacia atrás, aterrizando de plano sobre su trasero dolorido.

Entonces, Lenk sintió la punta de una espada de madera contra su garganta. Anita negó con la cabeza.

—Tut, tut. Has fallado tu primera prueba. Siempre evalúa a tu oponente. Me temo que has desarrollado algunos malos hábitos como espadachín. Luchas como un perro salvaje. Así que tendré que entrenarte, igual que a un cachorro, para romperte esos hábitos. Y la mejor forma de entrenar a un cachorro tonto…

Anita le quitó la espada de la mano a Lenk de un golpe y lo agarró por el cuello de la camisa.

—… es darle un azote en su colita linda.

Lenk negó con la cabeza y agarró bruscamente la muñeca de Anita.

—¡No! ¡No puedes!

Anita frunció el ceño mientras Lenk la obligaba a soltar su espada de madera, luego lo agarró por el cuello de la camisa.

—Demasiado tarde, cachorro. Me temo que sí puedo. Creo que una buena azotaina te enseñará a parar mientras vas ganando. Busquemos un lugar adecuado para el «asiento de aprendizaje».

Anita lo llevó fuera de la sala de esgrima, a la muralla de un baluarte de piedra que dominaba el patio. Lenk tuvo justo el tiempo suficiente para notar que el baluarte había sido preparado con sillas y taburetes para servir como un lugar de descanso para los habitantes del castillo, antes de que su

terrible temor a la azotaina que se avecinaba borrara el pensamiento de su mente.

Anita llevó a Lenk hacia una silla y se sentó. Las manos de Lenk se agitaron para romper su agarre, pero ella le bajó calmadamente los calzones y lo dejó caer sobre su muslo izquierdo, levantando la mano derecha bien alto.

—Un error como ese te habría matado en un duelo real. Por tanto, necesitas una motivación adecuada para enseñarte mejor. Esto es por tu propio bien, cachorro.

Con eso, Anita bajó la mano con fuerza sobre el trasero desnudo de Lenk. Él aulló de dolor, sintiendo el escozor con intensidad junto con el dolor de su azotaina anterior.

Las mujeres reunidas jadearon de deleite mientras veían a Anita comenzar a azotar a Lenk en serio. La Capitana Anita no era tan fuerte como la gigantesca General Alexandra, pero lo que le faltaba en músculo lo compensaba con precisión. En contraste con el enfoque «de mano pesada» de Alexandra, Anita mantenía la palma firme y usaba la muñeca para añadir un poco de fricción extra a cada golpe. Lenk notó inmediatamente la diferencia y, en ese momento, no estaba seguro de cuál era peor.

El hecho de que la azotaina no fuera abrumadoramente fuerte significaba que Lenk podía oír cada palabra mientras Anita comenzaba a sermonearlo con una voz gentil y cantarina.

—Me temo que esta azotaina es absolutamente necesaria para que nunca ni siquiera pienses en intentar algo tan tonto nunca más. Noté la mirada desafiante en tus ojos mientras esgrimíamos. Eres un chico voluntarioso.

Se oyó un sonido de pasos pesados y la General Alexandra apareció en la puerta.

—Oigo los inconfundibles sonidos de una mano aplaudiendo… Oh querida, ¿Capitana Anita? ¿Mi hijo ha sido un puñado para ti hoy?

Los ruegos de Lenk se derritieron rápidamente en balbuceos incoherentes. Anita asintió sin detener la azotaina.

—Me temo que sí, General. Por el estado de este trasero y su reacción a esta azotaina, puedo decir que tu disciplina ya ha tenido un efecto positivo en el chico.

Para entonces, Lenk había empezado a llorar suavemente. Alexandra suspiró mientras observaba el procedimiento.

—Gracias, pero está claro que Lenk necesita una buena azotaina, y muchas más. Como todavía es solo un niño, tendrá que aprender su lugar… aunque esté siendo entrenado para ser un caballero algún día. Lenk, querido, me temo que tendré que castigarte. Sabes que te prometí una azotaina antes de acostarte si ganabas una azotaina de tu instructora.

Lenk se atragantó e intentó gritar una protesta, antes de que otra palmada lo cortara y soltara un aullido vibrante de lamento. Anita rio.

—No veo cómo tienes corazón para castigarlo tan estrictamente. Es tan lindo que me rompe el corazón tener que azotarlo. ¡Solo escúchalo llorar! Suena exactamente como un pobre cachorrito desconsolado.

Alexandra asintió.

—Sí, odio tener que azotar al querido niño. Pero aun así, quiero que lo azotes con fuerza antes de cada lección de esgrima.

Anita rio.

—Oh, no te preocupes. Lenk puede ser como un cachorro sin entrenar y desobediente por ahora. ¡Pero estoy segura de que las visitas rutinarias a mi regazo le enseñarán a portarse bien!

Alexandra observó con interés cómo la mano de Anita subía y bajaba.

—Dios mío, escucha cómo se está portando. ¿Cómo lo haces? Es un chico tan voluntarioso que incluso a mí a veces me cuesta hacer que derrame lágrimas de verdad.

Anita aterrizó un golpe particularmente firme con un ángulo ascendente de su brazo, deslizándolo por la parte superior del trasero de Lenk, antes de levantar la rodilla para revelar los puntos de asiento ocultos de Lenk, justo debajo de la grasa de cachorro bajo su trasero.

—Oh, todo está en la muñeca. ¡Una buena azotaina siempre debe terminar en lágrimas después de todo!

Luego, Anita empezó la azotaina de nuevo desde el principio, concentrando su atención en la zona recién expuesta, y Lenk empezó a derramar gruesas y desordenadas lágrimas.

Alexandra arrulló con admiración.

—Capitana Anita, ¿me ayudarías a darle a Lenk su azotaina antes de acostarse esta noche? Siento que mi hijo se beneficiaría de tu mano guiadora.

Anita sonrió dulcemente y dio un golpe final resonante. Lenk aulló como un lobezno, luego se derrumbó con un gemido final y gorgoteó débilmente.

Anita dio palmaditas en las nalgas levantadas, brillantes y carmesí que tenía delante, luego se puso de pie, acunando a Lenk en sus brazos.

—Sería un honor asistirte, General Alexandra. Lenk tuvo mucha suerte de ser adoptado por ti. Fuiste amable al rescatarlo de esos perros rebeldes.

Lenk extendió débilmente los brazos hacia Alexandra y ella lo aceptó en sus brazos, dándole palmaditas en la espalda y besándole la mejilla.

—Bueno, siempre he creído que todo niño necesita un fuerte modelo femenino en su vida. Espero que llegue a pensar en ti como una segunda madre. ¿Has aprendido tu lección, Lenk?

Llorando suavemente, la respiración de Lenk se entrecortó mientras intentaba hablar.

—Sí, mamá.

Alexandra dejó a Lenk de nuevo en pie y le metió la parte trasera de su falda en el cinturón para dejar al descubierto su trasero desnudo y azotado.

—¿Y qué le dices a tu maestra?

Lenk arrastró los pies, luchando por mirar a la Capitana Anita a los ojos.

—Lo… lo siento por ser es… es… estúpido, p… pro… profesora. Gra… gracias por a… a… azotarme. Por… por favor… ¿me perdonas?

Anita sostuvo la mano de Lenk y le dio palmaditas.

—Aw, igual que un cachorrito triste, con la cola entre las piernas. Por supuesto que te perdono, querido Lenk. Y espero no tener que azotarte nunca más.

Alexandra rio.

—No seas absurda, Capitana. ¡Por supuesto que lo harás! Una antes de acostarse esta noche, y otra mañana a primera hora, antes de su próxima lección.

Lenk intentó secarse las lágrimas con el dorso de las manos, pero seguían brotando. Echó la cabeza hacia atrás y sollozó, antes de aferrarse a las faldas de la Capitana Anita. Ella se arrodilló y lo atrajo a un suave abrazo, calmándolo suavemente y dándole palmaditas en el trasero.

—Esta pobre colita necesitará algo de tiempo para sanar antes de esta noche. Ven, Lenk, tengo un ungüento calmante que ayudará a que se sienta un poco mejor. No es magia, pero adormecerá el dolor.

Lenk aceptó el abrazo con ansias, desesperado por cualquier forma de consuelo.

Desde el mirador en lo alto de la torre más alta, la Princesa Charlotte miró el patio con frío interés. Luego oyó el sonido de un llanto lejano y miró hacia abajo.

—Interesante. Ese es el chico que se creía un rebelde. El que la General Alexandra adoptó como suyo… Me pregunto si realmente tiene orejas largas y puntiagudas.

Incluso desde la distancia, Charlotte podía distinguir el trasero rojo brillante del chico mientras seguía a las dos mujeres al interior de los barracones. Charlotte sonrió.

—Bueno, al menos no lo están consintiendo.

[Fin del Capítulo II]

La Aventura de Lenk en Heelfall

Capítulo III: Promesa

Por Yu May y Goji

Era solo otro día en el castillo de la Princesa Charlotte. Las mujeres caballeros y sus escuderas salían de la sala de esgrima después de una dura mañana de entrenamiento. Algunas se detuvieron a reír mientras veían a la Capitana Anita depositar sin ceremonias al joven Lenk sobre su regazo, desnudarle el trasero y comenzar a azotarlo con fuerza.

Lenk había rendido especialmente bien en esgrima ese día. Ninguna de las caballeros adultas, con excepción de la Capitana Anita y la General Alexandra, podía resistirlo.

Pero desde la derrota de Lenk a manos de la Capitana Anita, ella había tomado un interés personal en entrenarlo, decidida a ver al chico alcanzar su máximo potencial. Y sin importar cómo rindiera Lenk, cada sesión terminaba de la misma forma.

Si Lenk lo hacía mal, Anita lo desnudaba ella misma, regañándolo por su pereza y estupidez mientras lo tumbaba bruscamente sobre su rodilla. Pero hoy, Anita lo había felicitado por su progreso, antes de invitarlo educadamente a desnudarse y tumbarse sobre su regazo.

Mientras la azotaina continuaba, Lenk gruñó y luego se quedó en silencio.

Sin detener el castigo ni un momento, la Capitana Anita asintió con aprobación.

—El cachorro es bastante voluntarioso… para ser un chico, al menos.

La General Alexandra suspiró mientras observaba el procedimiento.

—Esa es una forma educada de decir que mi chico es terco como un buey.

Un silencio cayó sobre la sala de esgrima y la mano de la Capitana Anita se detuvo en el aire. La General Alexandra se tensó y se volvió para encontrar que otra mujer había aparecido en la entrada.

La Princesa Charlotte caminó a paso relajado, con la cabeza bien alta. Era rubia y vestía una armadura decorativa que también servía como vestido de baile, pero su ropa primorosa solo complementaba su figura atlética y esbelta.

—Por la Diosa, Capitana Anita, ¿el chico lo hizo tan mal? Llevas azotando a ese patético niñito todas las mañanas durante la última semana.

Al instante, Alexandra se arrodilló.

—Su alteza.

Apresuradamente, Anita puso a Lenk de pie, con los calzones aún enredados en los tobillos, y presionó la parte posterior de su cabeza para obligarlo a inclinarse junto a ella.

La Princesa Charlotte miró a Lenk con atención.

—Ah, ¿así que este es tu hijo adoptivo, General Alexandra? ¿El famoso chico rebelde?

Alexandra asintió.

—Sí, mi señora. Lord Chapman llevó al tonto muchacho por mal camino con su traición masculinista. Le aseguro que Lenk ha sido castigado severamente.

—Quizá. Pero su ofensa es contra la corona, y la pena por traición debe ser severa. Será llevado ante nosotras para ser juzgado. ¿Sabe tu hijo cómo comportarse?

Lenk levantó la cabeza para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, la General Alexandra le pellizcó sutilmente el brazo. Rápidamente, Alexandra respondió:

—No es de esta tierra, y las costumbres de su pueblo son extrañas. Por favor, permítame instruirlo para que sepa hablar correctamente ante una hija de la realeza.

La Princesa Charlotte rio.

—Muy bien. Una semana o dos deberían ser más que suficientes para meterle unos cuantos modales en la cabeza… o quemárselos en el trasero, mejor dicho. Esperad mi convocatoria en quince días. Y, Capitana Anita, mantén su entrenamiento con la espada. Creo que echaré de menos la oportunidad de oír los sonidos musicales de un niñito travieso siendo azotado en mis paseos matutinos.

Alexandra y Anita inclinaron más la cabeza y respondieron al unísono:

—¡Sí, mi señora!

La Princesa Charlotte dejó que el momento flotara, luego se volvió en silencio y salió de la sala.

Durante la siguiente semana, Lenk continuó su práctica de esgrima todas las mañanas. Después de que la Capitana Anita terminara su azotaina diaria, era enviado a estudiar con la General Alexandra, quien lo instruía en etiqueta cortesana. Lenk ganó más de unas cuantas azotainas por ser lento en aprender, pero una vez que Alexandra le explicó el peligro de su situación, Lenk estuvo ansioso por recibir instrucción. Al participar en una rebelión contra la corona, Lenk había cometido técnicamente un delito capital. Aunque la pena de muerte había caído en desuso en el Reino de Heelfall, la Princesa Charlotte aún tenía el poder de absolver a Lenk o condenarlo.

La convocatoria de la Princesa Charlotte llegó después de una semana y dos días, mientras un Lenk con el trasero desnudo aún estaba inclinado sobre la rodilla de la Capitana Anita tras una actuación particularmente vergonzosa en la práctica de esgrima.

Anita y Alexandra marcharon junto a Lenk hacia los aposentos privados de la Princesa Charlotte. Fuera de la puerta, Alexandra se arrodilló para mirar a Lenk a los ojos.

—Recuerda, hijo mío, has cometido un crimen terrible. La Princesa Charlotte no carece de misericordia, pero debes mostrar la debida deferencia. Yo… no deseo perderte.

Lenk sorprendió a Alexandra con un abrazo.

—No te defraudaré, madre.

Alexandra le dio palmaditas en la espalda. Un sirviente abrió la gran puerta y se inclinó para dejar paso.

—Su alteza está preparada para recibir a Lenk, el chico rebelde.

La Capitana Anita entrecerró los ojos.

—¿Su alteza ha solicitado nuestra presencia?

El sirviente miró a Lenk una vez y luego negó con la cabeza nervioso.

—Mis disculpas, Capitana, pero su alteza solicitó específicamente ver al chico… a solas.

La General Alexandra apretó con fuerza la mano de Lenk, antes de que él le diera un apretón y la soltara. Lenk entró en la sala y oyó al sirviente cerrar la puerta detrás de él. Los aposentos privados de la Princesa Charlotte estaban impecablemente amueblados, con tapices, una estantería y una cama con dosel. La Princesa Charlotte estaba sentada en un escritorio de trabajo y dejó a un lado casualmente un libro grueso con bordes dorados.

—Ah, el chico guerrero salvaje. Acércate, muchacho, quiero verte bien.

Lenk asintió secamente, obligándose a recordar el rostro de la Princesa Isolde, y se acercó para pararse frente a la Princesa Charlotte. Esta horrible mujer no era su amiga, pero seguía siendo una princesa, y era deber de un caballero honrar a una princesa.

—Como ordene su alteza. Estoy a su…

De pronto, la Princesa Charlotte levantó a Lenk por las axilas y lo depositó sobre su regazo.

—Ahora, hablemos del precio de la rebelión contra la corona.

Sin más preámbulos, la Princesa Charlotte le levantó la falda a Lenk y agarró la cintura de sus calzones blancos. Pillado por sorpresa, Lenk empezó a forcejear, antes de que su memoria muscular entrara en acción y se obligara a quedarse quieto.

—¿Su alteza? ¿Qué está…?

La Princesa Charlotte le bajó bruscamente los calzones a Lenk, dejando al descubierto su trasero —todavía cubierto de marcas rosadas desvaídas en forma de mano— antes de darle una firme palmada.

—No te preocupes, niño, no te haré ejecutar por traición. Pero me temo que aún necesitas una buena y dura azotaina por el papel que jugaste en la traición de Lord Chapman. Eso debería bastar para recordarte tu lugar.

Con eso, Charlotte comenzó a azotar a Lenk a un ritmo firme y constante. Lenk jadeó, pero resistió el impulso de luchar.

Las palmadas de Charlotte no eran tan fuertes como el enfoque de mano pesada de la General Alexandra, ni tan precisas como los golpes bien dirigidos de la Capitana Anita, pero la Princesa Charlotte azotaba sin dudar, manteniendo la cabeza alta con cierta gracia real. Después de dar unas diez palmadas, Charlotte levantó una ceja y detuvo la azotaina.

—Verás, me temo que todos los niñitos como tú son inherentemente traviesos y deben ser azotados. Es una ley de la naturaleza. Tarde o temprano, todo niño travieso debe recibir una buena azotaina de su madre, así que es solo correcto que los jóvenes continúen recibiendo instrucción adecuada, mucho después de la niñez. Veo que la General Alexandra te ha entrenado bien en cómo aceptar correctamente un castigo…

Charlotte comenzó la azotaina de nuevo. Lenk chilló, pero se quedó quieto. Charlotte rio.

—¡Ji ji! No te avergüences de gritar. No tiene sentido fingir que no duele, ni intentar salvar las apariencias. Una vez que un niñito travieso está inclinado sobre la rodilla, ya no tiene dignidad que valga la pena preservar. Esa es la única forma de aprender humildad. En tu caso, la necesitas aún más por tu espíritu rebelde.

Lenk lloró y, a pesar de sus mejores esfuerzos, dos lágrimas rodaron por sus ojos. Charlotte rio con arrogancia y azotó más rápido, con la fuerza justa para que Lenk oyera su sermón.

—Después de toda la disciplina que te vi recibir, estaba bastante preparada para perdonarte. Pero cuando vine a

visitarte a la sala de esgrima, aún vi una pequeña chispa de resistencia en tus ojos. Pretendo extinguirla.

Charlotte dio una palmada feroz, luego hizo una pausa para admirar su obra. Lenk gimió al sentir que ella le daba palmaditas suaves en el trasero. Charlotte acarició el trasero de Lenk de una forma que habría sido gentil, de no ser porque despertaba el agudo escozor de las palmadas anteriores.

—No te preocupes, niño. Tu madre y tu maestra han hecho un buen trabajo. Veo que has aprendido a recibir una azotaina… muy propiamente.

Charlotte levantó la mano y tocó una campanilla atada a una cuerda detrás de su cabeza, y llamó:

—¡Hombre de la puerta!

La puerta se abrió lentamente con un crujido y el sirviente se inclinó al entrar.

—¿Su alteza? Estoy a su servicio.

Charlotte rio, ignorando los gemidos de Lenk mientras trazaba delicadamente el dedo a lo largo de su trasero levantado.

—¡Aw! ¡Sus reacciones son simplemente adorables… Oh, hombre de la puerta, haz pasar a la General Alexandra y a la Capitana Anita a mis aposentos.

El sirviente obedeció. Mientras se acercaban, Alexandra y Anita se arrodillaron. Charlotte gruñó y dio un golpe firme que hizo aullar a Lenk. Charlotte pareció saborear el sonido resonante.

—Oh, por favor, basta de formalidades. No tiene sentido usar modales cortesanos cuando tienes a un chico lloriqueando inclinado sobre la rodilla. De pie las dos.

Mientras Alexandra y Anita se ponían de pie, Charlotte dio otra palmada feroz. Lenk aulló, pero se quedó quieto sobre su regazo. Charlotte tarareó, con una expresión de admiración descarada.

—Había esperado que el chico salvaje se deshonrara, pero ciertamente sabe cómo someterse obedientemente a una azotaina. Realmente debo felicitaros a las dos. Vuestro hijo

bárbaro puede llegar a convertirse en un caballero como es debido, Lexi.

Alexandra asintió.

—Gracias, mi señora. ¿Eso significa que aprueba mi sincero deseo de adoptarlo como mi propio hijo?

—¡Por supuesto! Ya creo que este chico se ha beneficiado enormemente de tu guía maternal… Pero debo pedirte que me complazcas. Verás, le he tomado bastante cariño a este chico salvaje. Así que asumiré plena responsabilidad por su entrenamiento y disciplina a partir de ahora.

Alexandra y Anita se miraron nerviosamente. Al notar sus expresiones, Charlotte rio melodiosamente.

—Oh querida, ¿acaso pensáis que soy consentida? No temáis, General Alexandra. Como su madre adoptiva, tendrás plena autoridad parental sobre el muchacho. Y Anita, me gustaría que continuaras su instrucción en esgrima y sigas azotándolo tan a menudo como sea necesario para reforzar las lecciones.

Charlotte aterrizó otra palmada resonante sobre las nalguitas rosadas y calientes de Lenk, luego comenzó a azotarlo a un ritmo lento y constante.

—Pero cada noche, antes de que se ponga el sol, quiero ser yo quien le dé a mi pequeño Lenk su azotaina antes de acostarse. Eso debería bastar como castigo por su traición. La vista del trasero azotado de Lenk servirá como recordatorio duradero para todos los hombres rebeldes del precio de la desobediencia. Pero no soy despiadada. Lenk será entrenado para servir como consorte de la Reina.

Alexandra miró la cama de Charlotte.

—¿Un consorte? ¿Quieres decir… que deseas que el chico duerma en tu cámara?

Charlotte rio entre dientes, luego azotó a Lenk con más fuerza.

—Oh, no te preocupes. Nada indebido. Solo deseo conocer mejor al muchacho. Por supuesto, cuando alcance la mayoría de edad, puede ser diferente. Pero si consientes en entregármelo, juro por mi juramento real que guardaré y

apreciaré a tu hijo como si fuera mío. Si lo deseas, puedes unirte a nosotras para supervisar sus azotainas nocturnas antes de acostarse.

Alexandra asintió.

—Gracias, su alteza. Me alegraría entregar a mi hijo a tu cuidado. Lenk, le debes gratitud a la Princesa. Te hace un gran honor.

Lenk intentó decir algo, antes de que una palmada particularmente feroz lo cortara. Mientras rugía un aullido vibrante, Charlotte comenzó a azotarlo en serio.

—Te admito que tienes algo de habilidad. Pero fuiste demasiado arrogante al entrar en esta tierra pensando que podías derrocar el imperio tú solo. Ahora tu exceso de confianza te ha ganado un castigo.

Charlotte dio dos palmadas rápidas, luego cayó en un patrón constante, aumentando la velocidad de la azotaina.

—Una buena azotaina a mano desnuda para ponerte en tu lugar.

Lenk respondió con un feroz grito de guerra que se derritió en un gemido infantil. Charlotte negó con la cabeza, sonriendo.

—Esta es la consecuencia que debes soportar por ser irrespetuoso y grosero. Humillación que corta mucho más profundo que el hacha de un verdugo.

Lenk jadeó para recuperar el aliento y gritó:

—¡Pa... para!

Por un momento, Charlotte realmente se detuvo, presionando el dorso de la mano contra su boca mientras reía delicadamente.

—¡Fu fu fu! ¿Ya suplicando misericordia? ¿Pensaste que no sería tan malo? Otro error de cálculo. Aprende a dejar de pensar ya. ¡Los niñitos deben ser vistos y no oídos!

Lenk empezó a patear; todos los pensamientos de su anterior resolución de mantenerse fuerte ya estaban olvidados hacía rato.

—¡Noooo! ¡Por favor, no más!

Charlotte resopló y dio dos palmadas ligeras en cada uno de los puntos de asiento de Lenk.

—En cuanto a pedir clemencia, me temo que has perdido tu oportunidad. Una vez que comienza el castigo corporal, no puede haber indulgencia.

Charlotte aumentó el ritmo de la azotaina, dando cada palmada con velocidad relámpago. Lenk aulló y luego se derritió en lágrimas incontrolables. Charlotte asintió, saboreando el sonido de los llantos de Lenk.

—Sí, mientras mi mano guiadora de corrección cae sobre ti, deja que tus lágrimas caigan libremente también. No las contengas. Grita de agonía. Cuando termine contigo, te someterás completamente a la autoridad femenina. Nunca más podrás sentarte cómodamente en este culito lindo. Olvidarás que alguna vez fuiste un rebelde. ¿Entiendes, niñito? ¡Muéstrame que has aprendido tu lección!

Lenk bramó, esforzándose con todas sus fuerzas, antes de derrumbarse de nuevo sobre el regazo de Charlotte, demasiado exhausto para resistir.

Charlotte ralentizó el ritmo de la azotaina sin suavizar la fuerza de sus golpes.

—Así está mejor. Pero no te preocupes. Una vez que esté segura de que tu arrogante espíritu está completamente roto, te perdonaré. De hecho…

Con cuidado, Charlotte levantó a Lenk y lo sentó en su regazo, calmándolo.

—… creo que ya le estoy tomando bastante cariño.

Noche tras noche, semana tras semana, Lenk era convocado a los aposentos de la Princesa Charlotte. Cada noche, la General

Alexandra actuaba como testigo de cada sesión de azotaina antes de acostarse, a menos que la llamaran a la batalla. En esas noches, la Capitana Anita actuaba como testigo sustituta. Cada noche, Lenk era azotado con fuerza por la Princesa Charlotte, quien le recordaba su rebelión contra el Reino. Algunas noches, Charlotte le enseñaba a Lenk a leer y escribir, o le daba un sermón sobre la importancia de que los hombres se sometieran a las mujeres en el santo matrimonio, como complacería a la Diosa.

Lenk soportaba sentarse con el trasero dolorido durante las lecciones, pero al menos disfrutaba aprender el extraño nuevo idioma. Cada noche, después del atardecer, un sirviente ayudaba a envolver a Lenk bien apretado en mantas, bajo estrictas instrucciones de que no debía liberarse del fardo, antes de acostarlo junto a la Princesa Charlotte en su cama. Lenk no entendía el propósito de esta extraña ceremonia y lo atribuía a que las mujeres de Heelfall tenían costumbres peculiares.

Aprendió que la Princesa Charlotte roncaba terriblemente, pero aparte de las azotainas, encontraba el ritual de acostarse extrañamente reconfortante.

Esta rutina nocturna continuó hasta que llegó un mensajero real al castillo de la Princesa Charlotte con gran fanfarria. La Reina-Emperatriz deseaba visitar y la Princesa Charlotte recibió instrucciones de preparar una bienvenida real. Mientras Lenk escuchaba al mensajero leer secamente su pergamino, notó algo extraño. Al mencionar el nombre de la Reina Leda y sus órdenes de «tomar grandes molestias» para preparar el castillo, todas las mujeres presentes, incluida la Princesa Charlotte, se cubrieron lentamente el trasero, como si todas fueran un grupo de niñitas nerviosas y traviesas.

Lenk hizo pucheros mientras la Princesa Charlotte lo llevaba en brazos. Su vieja túnica había sido considerada inadecuada. Y así, después de soportar docenas de azotainas por desobediencia, Lenk finalmente se había dejado vestir con el absurdo atuendo formal para príncipes jóvenes de Heelfall. La General Alexandra y la Capitana Anita seguían de cerca, pareciendo nerviosas. Ese hecho perturbó a Lenk. Nunca las había visto tan intimidadas.

La Princesa Charlotte se inclinó para susurrarle al oído a Lenk.

—Lenk, querido, asegúrate de recordar tus modales. Madre puede ser bastante... estricta, pero tiene un corazón compasivo para los niños arrepentidos.

Los ojos de Lenk se abrieron de par en par al contemplar la sala del trono de la Reina-Emperatriz. Había una larga alfombra roja que llevaba al trono y las paredes estaban cubiertas de tapices que mostraban a hombres inclinándose ante una figura imponente y reina.

La Reina Leda estaba sentada en su trono, dominándolos a todos. Leda era incluso más alta que la General Alexandra y llevaba su cabello rubio en un estilo corto y primoroso. Su vestido formal era escotado, revelando un pecho maduro y maternal. La Princesa Charlotte se aclaró la garganta.

—Reina Madre, ¿puedo presentarle al joven Lenk, un visitante de la tierra de Avalón? Y si consiente en el matrimonio... ¿mi futuro esposo?

Leda examinó a Lenk con una mirada misteriosa y medio entrecerrada.

—Oh cielos, ¿no es la cosa más linda? Déjame verlo bien, Charlotte.

Charlotte se tensó antes de dejar a Lenk de pie.

Leda agitó su mano enguantada para llamar a Lenk.

—Sí, ven aquí, pequeñín.

Lenk marchó para acercarse al trono de la Reina. Internamente, ensayó el argumento que había preparado. No le importaba esta emperatriz estirada y sus reglas. Iba a suplicar por la causa de los hombres de Heelfall y exigir su libertad.

Entonces Leda se inclinó, le pellizcó la oreja y lo atrajo hacia delante, atrapándolo entre sus rodillas.

—Buen chico. Solo mira esas orejas puntiagudas. Tan fáciles de pellizcar. Ahora, niño, la Princesa Charlotte me ha informado de que has sido castigado severamente por tu travesura, pero me temo que no tengo paciencia para los hombres rebeldes. Ya

sean nobles o comunes, los niños desobedientes merecen un castigo adecuado. Y para un crimen tan traicionero, el castigo debe ser severo.

Lenk agarró la mano de Leda, solo para que ella soltara su oreja y le agarrara los pantalones, bajándoselos por debajo del trasero. Lenk chilló de vergüenza antes de que Leda lo levantara y lo colocara sobre su regazo.

—¡Qué delicioso! La expresión en su rostro mientras le bajaba los calzones fue simplemente adorable… por no mencionar el trasero en sí.

Leda dio la primera palmada y Lenk jadeó. Quería gritar, pero la fuerza del golpe le había quitado el aire. Era más fuerte que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Leda rio entre dientes.

—Fu fu fu. Es demasiado tarde para suplicar misericordia. Tus lágrimas y gritos no cambiarán nada.

Luego, Leda dio una segunda palmada atronadora. Esta vez, Lenk chilló de agonía. Leda dio palmaditas en el trasero de Lenk hasta que sus gritos se calmaron y dirigió su atención a la General Alexandra.

—¿Alexandra? Sé que has adoptado a este chico como tu propio hijo, pero espero que este niñito me llame «mamá» de ahora en adelante. Después de todo, se casará con la Princesa Charlotte una vez que crezca.

El rostro de la Princesa Charlotte se iluminó.

—¿De verdad, madre? ¿Entonces apruebas mi elección?

Leda aterrizó una tercera palmada con tanta fuerza que pareció enviar un temblor por toda la sala del trono.

—No hagas preguntas tan obvias, Charlotte. Ahora, en cuanto a mi futuro yerno…

Sintiendo que algo malo se avecinaba, Lenk pateó los talones detrás de él. Charlotte frunció el ceño, con las fosas nasales dilatadas.

—Nada de eso. Mamá no va a detener tu castigo hasta que esté segura de que tu actitud ha sido corregida.

Leda dio dos palmadas rápidas y luego levantó la mano bien alto.

—Demuestra tu arrepentimiento con obediencia. Responde a las preguntas de mamá con sinceridad. ¿Vas a tratar a mi hija con respeto, como corresponde a una Princesa de su rango?

Lenk rugió en respuesta.

—¡Sí! ¡Por mi honor como caballero, juro…!

Leda cortó a Lenk con una palmada tremenda, apuntando al centro de su trasero. Su pesada palma cubría fácilmente ambas nalguitas del chico.

—¡Feh! Tan fácilmente domado. Continuaremos tu disciplina más tarde, entonces. Mientras tanto, ve a pararte en el rincón, con la nariz contra la pared. Te haremos presentar tu trasero rojo y azotado a toda la corte real, como advertencia para cualquier amigo secreto de Lord Chapman que pueda albergar simpatía por su causa.

Le tomó unos momentos a Lenk comprender el significado de las palabras de Leda, que apenas podía distinguir. Su trasero hormigueaba tan locamente que apenas podía registrar nada más. Hipando, Lenk se arrastró hasta el rincón y se arriesgó a mirar su trasero rojo y en carne viva. Pronto, todos los nobles reales de Heelfall también tendrían un vistazo de él.

Leda chasqueó la lengua.

—Nada de mirar, jovencito. Piensa en lo que hiciste y en lo que te espera.

Rápidamente, Lenk apartó la cara. Leda lo observó unos momentos, luego dirigió su atención a la Princesa Charlotte.

—Para ser honesta, me sorprende que no se haya derrumbado suplicando y forcejeando desde la primera palmada. Pero aún hay espacio para mejorar. Charlotte, tendrás que ser firme con él si alguna vez va a convertirse en un consorte de la Reina adecuado. Tendré que instruirte en el arte de domar a un hombre.

Charlotte sonrió radiante.

—Sí, Reina madre. Me someteré a tu guía. Al igual que mi futuro esposo.

Leda rio entre dientes.

—Por supuesto que lo hará. ¿Acaso había alguna duda? Todos los hombres deberían temer a sus suegras.

La Princesa Charlotte suspiró mientras se examinaba en el espejo.

—¿Realmente crees que este vestido de novia seguirá estando de moda cuando Lenk alcance la mayoría de edad?

La Capitana Anita se ajustó las gafas.

—No soy experta en moda, pero ese vestido fue cosido por una maestra costurera. La buena artesanía nunca pasa de moda. ¿No estás de acuerdo, General?

Con un sobresalto, la General Alexandra levantó la vista del relicario que había estado admirando. Había encargado una miniatura pintada de ella azotando a Lenk, como recuerdo del día en que lo adoptó. Rápidamente, lo metió en su pecho y se aclaró la garganta.

—Creo que es un poco pronto para tomar medidas. Lenk todavía tiene unos años de crecimiento por delante.

La Princesa Charlotte levantó la nariz, arreglándose el corpiño.

—Por supuesto, pero nunca está de más estar preparada. El vestido de novia de una mujer es su última oportunidad de llevar algo tan… frívolo antes de verse obligada a llevar los pantalones en la casa el resto de su vida.

La General Alexandra asintió.

—Sí, los hombres pueden ser el sexo más débil, pero debo admitir que adoptar a Lenk como mi hijo ha empezado a cambiar mi perspectiva.

La Capitana Anita se encogió de hombros.

—Los hombres. No se puede vivir con ellos. ¡Y no se puede vivir sin ellos!

Charlotte rio entre dientes.

—¡Demasiado cierto! Ahora, me gustaría mostrarle a Lenk cómo me veo con mi vestido.

La Capitana Anita parpadeó.

—Pero… ¿no es eso mala suerte?

—No existe tal cosa como la mala suerte. Además, un joven debería tener todas las oportunidades de decirle a su futura esposa lo hermosa que se ve.

Antes de que nadie pudiera objetar, la Princesa Charlotte salió de la sala, sosteniendo un ramo delante de ella. Tarareaba la melodía de una marcha nupcial tradicional de Heelfall mientras caminaba por el pasillo hacia su cámara privada.

—Lenk, querido, tengo algo precioso que mostrarte. Ahora, asegúrate de elogiarme, pero no de forma obvia y tonta. Quiero que digas cosas que hagan flutter mi corazón, sin tener que deletrear cada pequeño…

La Princesa Charlotte abrió la puerta de su cámara, esperando encontrar a Lenk justo donde lo había dejado, inclinado con el trasero desnudo sobre su cofre personal de joyas. Pero el cofre estaba abierto y vacío.

La General Alexandra chocó contra la Princesa Charlotte por detrás y escaneó la sala con una mirada de horror. La cama había sido despojada y las sábanas atadas en una larga cuerda que salía por la ventana.

Sobre la cama de la Princesa Charlotte encontraron una nota.

«Querida General Alexandra, gracias por adoptarme. Nunca conocí a mi madre. Murió protegiéndome cuando aún era un bebé. No creo que nadie sea tan buena madre como ella, pero sé que intentaste lo mejor.

Capitana Anita, gracias por enseñarme a contrarrestar la escuela de esgrima de espada larga. Espero encontrarte en el

campo de batalla, aunque espero que sea como amigas de los hombres de Heelfall, en lugar de como enemigas.

A la Princesa Charlotte, eres una persona muy dulce y espero que encuentres el buen esposo que buscas algún día. Si alguna vez encuentro un buen esposo en mi viaje, le diré que venga y se case contigo, pero tienes que prometer ser amable con él.

¡Adiós!

Tu amigo,

Lenk»

Mientras los ojos de la Princesa Charlotte ardían de fuego, la nota de Lenk se quemó hasta convertirse en cenizas en su mano.

—¡Ese granuja! ¡Cuando lo atrape, le enseñaré a jugar con el corazón de una dama!

[Fin]